

Bianca

Maisey Yates

Novios de papel

Novios de papel

Maisey Yates

Compromiso fingido, pasión auténtica.

Cuando la experta en Relaciones Públicas Lily Ford firmó un contrato con el magnate Gage Forrester, sin darse cuenta también le estaba entregando su vida. Gage quería tenerla a su disposición las veinticuatro horas del día y, cuando necesitó buena publicidad para su empresa, encontró una solución tan inesperada como original: anunciar públicamente su compromiso con Lily. Todo por el negocio, naturalmente. Sería un compromiso falso, pero Gage era muy tradicional cuando se trataba de cortejar apasionadamente a una mujer…

Capítulo 1

A LILY Ford no le gustaba nada ver a Gage Forrester en su despacho, apoyado en su escritorio, su aroma envolviéndola y haciendo que su corazón se acelerase. No le gustaba nada ver a Gage, el hombre que había rechazado los servicios profesionales de su empresa de relaciones públicas, pero su cuerpo parecía tener mente propia.

–He oído que Jeff Campbell la ha contratado –empezó a decir, cruzando los brazos sobre su impresionante torso.

No, Gage Forrester no era de los que estaban todo el día detrás de un escritorio. Un físico como aquél no ocurría por accidente, ella lo sabía por experiencia. Tenía que ir cuatro veces por semana al gimnasio para combatir los efectos de un trabajo sedentario, pero debía hacerlo. Su imagen era importante porque su trabajo consistía en hacer que la imagen de sus clientes fuera perfecta a ojos del público.

–Ha oído correctamente –respondió, echándose hacia atrás en la silla para poner distancia entre ellos y sentir que tenía cierto control sobre la situación. Era su oficina, maldita fuera. Gage Forrester no tenía por qué estar allí.

Pero los hombres como él actuaban de ese modo: llegaban, veían y conquistaban a las mujeres.

Pero no a ella.

–¿Ha venido a felicitarme? –le preguntó.

–No, he venido a ofrecerle un contrato.

Eso la dejó sin habla, lo cual era raro en Lily.

–Pero rechazó mi oferta de representar a su empresa, señor Forrester.

–Y ahora le estoy haciendo una oferta.

Lily frunció el ceño.

–¿Esto tiene algo que ver con que Jeff Campbell sea su mayor competidor?

–No lo considero un competidor –Gage sonrió pero en sus ojos podía ver un brillo de acero, la dureza que lo hacía legendario en el mundo empresarial. No se llegaba a la cima siendo blando, ella lo sabía y lo respetaba por ello. No le gustaba Gage porque lo consideraba moralmente corrupto pero llevar la cuenta de la empresa Forrestation sería un enorme empujón para su agencia, la cuenta más importante que hubiera tenido nunca.

–Le guste o no, es su competidor. Y resulta fácil trabajar con él. No crea tantos problemas como usted.

–Y por eso no es un competidor. Está demasiado preocupado por su imagen pública.

–A usted no le haría daño preocuparse un poco más por su imagen –replicó ella–. Esa interminable lista de actrices y modelos con las que sale hacen que parezca un frívolo y últimamente ha tenido mala prensa.

–¿Ésta es una consulta gratuita?

–No, yo cobro por horas.

–Si no recuerdo mal, sus servicios son caros.

–Lo son, desde luego. Si quiere algo barato, tendrá que irse a la competencia.

Gage se sentó al borde del escritorio, descolocando sus cosas, y Lily frunció el ceño de nuevo. Le gustaría tanto colocar la grapadora como tocar su brazo para ver si era tan duro como parecía…

De inmediato, hizo una mueca ante tan absurdo pensamiento. Ella no fantaseaba con los hombres.

–Eso es algo que me gustó de usted cuando la entrevisté. Tiene confianza en sí misma.

–¿Y entonces qué fue lo que no le gustó de mí, señor Forrester? Porque contrató a la agencia Synergy, no la mía.

–No suelo contratar mujeres jóvenes. Particularmente, si son atractivas.

Lily lo miró, boquiabierta.

–Eso es absurdamente sexista.

–Tal vez, pero así no tengo que lidiar con un afecto que no deseo, como me pasó con mi antigua ayudante, que se enamoró perdidamente de mí.

Aquello era increíble.

–Tal vez lo imaginó. O tal vez usted mismo la animó –sugirió ella. Aunque debía admitir que Gage era un hombre muy atractivo, eso no significaba que todas las mujeres se enamorasen «perdidamente» de él. Sí, seguramente Gage lo creía. El poder le hacía eso a la gente, a los hombres sobre todo. Empezaban a ver a todo el mundo como una propiedad, como si tuvieran derecho a recibir devoción.

Algunos hombres ni siquiera necesitaban dinero, sólo a alguien más débil que ellos.

Lily intentó apartar de sí los recuerdos.

–No lo imaginé, se lo aseguro. Y nunca la animé –dijo Gage– no estaba interesado en ella. Los negocios son los negocios, el sexo es sexo.

–¿Y no deben mezclarse nunca? –preguntó Lily, irónica.

–Exactamente. Además, cuando la despedí me montó una escena.

–¿Por que la despidió?

Gage levantó una ceja.

–Una mañana llegué a la oficina y la encontré desnuda sobre mi escritorio.

Lily volvió a quedarse boquiabierta.

–¿Lo dice en serio?

–Desgraciadamente, sí. Pero desde entonces no he vuelto a contratar a una mujer joven y desde entonces no tengo problemas. Usted no estará prometida o esperando un hijo, ¿verdad?

Ella estuvo a punto de soltar una carcajada.

–No se preocupe, señor Forrester, no tengo planes de boda y menos de tener hijos. Mi carrera es lo más importante.

–He oído eso muchas veces. Pero entonces una mujer conoce a un hombre, oye campanas de boda… y yo termino teniendo que entrenar a otra persona.

–Si algún día oigo campanas de boda, saldré corriendo en dirección contraria.

–Estupendo –dijo Gage.

–Pero sigo pensando que es usted sexista. Suponer que en cuanto se case una mujer va a dejarlo todo para tener hijos es ridículo. Y aunque así fuera, hay millones de mujeres trabajando siendo madres.

–No soy sexista, hablo por experiencia. Yo no cometo el mismo error dos veces, pero he visto los comunicados de prensa que ha hecho para Campbell y he visto también que sus acciones subían.

–Las suyas también han subido –comentó Lily.

–Puede ser, pero las de Campbell estaban bajando antes de que la contratase.

Lily levantó una mano y fingió examinar sus uñas de color granate, esperando que no notase el ligero temblor de sus dedos.

–¿Y ahora quiere que renuncie a mi contrato con Campbell? Tendría que hacerme una oferta que no pudiera rechazar, señor Forrester.

–Eso es lo que pienso hacer –Gage dijo una cifra que aceleró su corazón hasta límites peligrosos.

Llevaba tanto tiempo trabajando, luchando para mantener a flote su agencia de relaciones públicas que pensar en todo ese dinero hizo que le diera vueltas la cabeza.

Y el dinero sólo era una parte del trato. La notoriedad de trabajar para la empresa Forrestation sería impagable. Gage tenía fama de ser un poco canalla y eso era a la vez atrayente y aterrador para los inversores. Se arriesgaba a veces a expensas de su popularidad y casi siempre acertaba.

Algunos de sus proyectos de construcción habían sido impopulares con una minoría muy ruidosa y, aunque los hoteles eran un éxito una vez terminados, había tenido piquetes protestando en la calle frente a sus oficinas de San Diego en más de una ocasión. Muchas de las protestas eran sencillamente contra una nueva edificación pero, para Lily, algunas veces eran comprensibles.

Sin embargo, por controvertido que fuera, Gage era también multimillonario y, aunque a veces hubiera simpatizado con las protestas, las cifras de negocio eran indiscutibles.

–Digamos que estuviera interesada –empezó a decir–. En la cláusula del contrato con Campbell hay una fecha de rescisión.

–Yo cubriré cualquier pérdida.

–Y necesitaría una cuenta de gastos.

Gage se inclinó hacia delante, su aroma masculino haciendo que el corazón de Lily latiera más deprisa por segunda vez en unos minutos.

–Mientras no incluya las manicuras –bromeó, tomando su mano.

Las de él eran duras, fuertes como las de un trabajador, aunque el roce no le resultaba desagradable. Al contrario, le hizo sentir un calor inesperado.

Lily apartó la mano, intentando fingir que no la había afectado en absoluto. A ella no la afectaba nada, especialmente cuando estaba trabajando.

–Por supuesto que no. Aunque la imagen es extremadamente importante en

mi trabajo. La imagen del cliente y la de la persona que se encarga de las relaciones públicas van unidas.

–¿Es el discurso habitual? –preguntó Gage.

Lily sintió que le ardían las mejillas.

–Sí.

–Muy bien ensayado. Pero creo haberlo escuchado el día que me ofreció sus servicios.

Ella apretó los labios, intentando controlar su temperamento. Algo en Gage Forrester la hacía sentir inquieta. Despertaba emociones que eran nuevas para ella, emociones que normalmente solía controlar con mano de hierro.

–Ensayado o no, es cierto. Cuanto mejor sea mi imagen, mejor será la imagen de la compañía a la que represento. Y eso significa más dinero.

–¿Esta charla es una forma de decir que sí?

–Sí –respondió ella.

–Quiero que trabaje para mí personalmente. No quiero a otra persona de su equipo, tiene que ser usted.

–Es así como suelo trabajar.

–El proyecto de Tailandia es controvertido y mis inversores empiezan a agarrarse la cartera.

–¿Por qué es controvertido?

–Temen que construyendo más hoteles distorsionemos la cultura de la zona, que algo tan occidental no muestre la verdadera Tailandia, que le estemos dando a los turistas un parque temático.

–¿Y es cierto?

Gage se encogió de hombros.

–¿Eso le importa?

–No tiene que caerme bien, señor Forrester, pero mi trabajo es hacer que usted caiga bien.

–Entonces, aunque tuviera un problema personal con el proyecto…

–Como las campanas de boda, daría igual –lo interrumpió Lily–. Mi negocio consiste en presentar su mejor cara al público y a sus accionistas.

–Muy bien. Necesito los detalles tan pronto como sea posible –de nuevo, Gage se inclinó para tomar su maletín del suelo–. Éste es el contrato. Si necesita cambiar algo, dígamelo y lo discutiremos. Pero debe rescindir el contrato con Campbell, su agencia no puede representarlo en ninguna capacidad. Sería un conflicto de intereses.

–Por supuesto.

Gage tomó el móvil que había sobre el escritorio y se lo ofreció.

–¿Quiere que lo llame ahora mismo?

–El tiempo es dinero.

Lily marcó el número de Jeff Campbell, intentando disimular su nerviosismo. No le gustaba que Gage Forrester la pusiera tan nerviosa y no ayudaba nada que Jeff Campbell hubiera intentando coquetear con ella. Aunque, por eso, rescindir el contrato le dolería un poco menos. Lo último que quería era

trabajar con un hombre que sólo pensara en el sexo.

El teléfono sonó dos veces antes de que Jeff contestase:

–Hola, soy Lily.

Gage levantó una ceja pero no dijo nada.

–Lo sé –Jeff parecía demasiado contento por su llamada, su tono de voz casi íntimo.

–Siento mucho tener que decirte esto, pero me han ofrecido un contrato mejor y no puedo rechazarlo.

Lily escuchó mientras Jeff expresaba su disgusto. Aunque, considerando que estaba rompiendo un contrato que habían firmado unas semanas antes, fue relativamente amable. Seguramente seguía esperando conseguir una cita… y se lo confirmó preguntando si podían cenar juntos para hablar del asunto.

–Lo siento, voy a estar muy ocupada.

Los ojos azules de Gage clavados en ella la ponían nerviosa. Pero los hombres nunca la ponían nerviosa, ni la alteraban. Ella no dejaba que la afectaran en absoluto.

–Hay una penalización económica por ruptura del contrato, tú lo sabes –estaba diciendo Jeff, con voz de hielo.

–Lo sé –Lily miró a Gage, intentando leer su reacción–. Pero es algo que debo hacer. Es lo mejor para mi agencia.

–¿De modo que la ética y los compromisos no significan nada para ti? ¿Lo único importante es el dinero?

Lily llevó aire a sus pulmones.

–Si estuvieras en mi posición, tú harías lo mismo. Los negocios son los negocios.

–Pero nunca lo habías tratado como si sólo fuera un acuerdo comercial.

Estaba dando a entender que había algo entre ellos cuando no era verdad. Los hombres parecían pensar que un saludo amable significaba que querías acostarte con ellos. Pero era su problema, no el suyo.

–Siento haberte dado una impresión equivocada –le dijo, consciente de que Gage seguía mirándola–. Pero sólo era un acuerdo comercial. Y me temo que debo romperlo.

Gage le quitó el teléfono de la mano, con una expresión demasiado satisfecha para su gusto.

–Sólo quiero confirmarte que la señorita Ford trabaja para mí ahora.

Lily se sentía como un hueso por el que peleaban dos perros y no le hacía ninguna gracia. No le gustaba estar en medio de dos machos alfa ni que Jeff pareciera pensar que estaba interesada en él como algo más que una fuente de ingresos.

Un segundo después, Gage cortó la comunicación y dejó el móvil sobre su escritorio.

–Ésta es mi oficina, señor Forrester –dijo Lily, levantándose–. Voy a trabajar para usted, pero espero que lo recuerde.

–Está trabajando para mí, señorita Ford, eso es lo importante, estemos en su

oficina o no.

Por fuera podía parecer la clase de hombre que no se tomaba la vida en serio. Se había forjado una reputación de playboy saliendo con una interminable sucesión de modelos y actrices, pero ella sabía que no era verdad. Gage Forrester había llegado a la cima siendo implacable y seguramente no hacía demostraciones de poder porque no tenía que hacerlas; aquel hombre irradiaba poder. Intuía que tenía el alma de un predador y que hubiera ido a buscarla a su despacho para ofrecerle un contrato si rompía el suyo con Jeff Campbell lo dejaba bien claro.

Antes, un hombre así la hubiera intimidado. Pero ya no. Empezaba a hacerse un nombre en el mundo empresarial y no iba a conseguir su objetivo mostrándose como un conejito asustado.

Tampoco ella había llegado donde estaba siendo una tonta y, aunque la molestase que Gage usurpara su autoridad en la oficina, no iba a pelearse con él.

–Disculpe –dijo entonces, intentando mostrarse calmada y segura de sí misma–. Pero debo confesar que soy un poquito territorial.

Gage intentó ignorar el efecto que su voz ejercía en él. Aquella mujer prácticamente susurraba y cuando se levantó de la silla su paso era tan grácil como el de una gata, sus curvas recordándole que era un hombre.

Era asombrosa, no como las mujeres con las que solía salir, con su estilo de la Costa Oeste y su bronceado falso. Era más bien como una pieza de museo: refinada, elegante y envuelta en terciopelo. Tenía el cartel de «no tocar» escrito en la frente y, sin embargo, como una pieza de museo, eso la hacía más tentadora.

Lily inclinó a un lado la cabeza y puso una mano de uñas perfectas sobre su redondeada cadera. El traje de chaqueta se ajustaba a sus curvas como si fuera hecho a medida, que seguramente lo era, destacando su figura pero no de una manera demasiado obvia. Tenía el pelo castaño, sujeto en un moño, y la piel pálida, algo raro en una California obsesionada por el sol, y llevaba la cantidad justa de maquillaje.

–¿Cuáles son sus condiciones? –le preguntó Lily entonces.

–¿Mis condiciones?

–¿Qué espera de mí para que merezca esa exorbitante suma de dinero?

Tenía personalidad pero eso era bueno, pensó Gage. Tendría que lidiar con los medios de comunicación en beneficio de Forrestation y para hacer eso hacía falta un carácter de hierro. Y Lily Ford parecía dispuesta a demostrar que lo tenía.

–Si de verdad cree que la suma es exorbitante, podría ofrecerle menos.

–Pero yo no podría rechazar una oferta tan generosa, sería una grosería –bromeó ella.

Gage soltó una carcajada.

–Por supuesto que sí. En cuanto al resto, espero que esté disponible las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Tengo varios proyectos por todo el mundo y, si ocurre algo, necesitaré a mi relaciones públicas a la hora que

sea, en el país que sea. No puedo esperar porque tenga una cita con su novio.

–Su naturaleza machista aparece de nuevo –dijo Lily–, pero le aseguro que nada tiene prioridad sobre mi trabajo. Ni siquiera una cita.

Le gustaba retarlo, pensó Gage. Y eso era bueno. Su última relaciones públicas había renunciado al trabajo en menos de un año, incapaz de lidiar con la presión. Era un negocio difícil y con un gran nivel de visibilidad en los medios. Que la señorita Ford pareciese disfrutar de un reto era una buena señal.

–En ese caso, ¿por qué no firmamos el contrato?

Sonriendo, Lily tomó un bolígrafo de su escritorio y se inclinó para firmar el contrato.

La falda lápiz abrazaba la curva de su trasero de tal forma que Gage no tuvo más remedio que admirarla. Y ella tenía que saberlo, las mujeres sabían eso. Era lógico que Jeff Campbell hubiera querido creer que estaba intentando coquetear con él. Menudo idiota.

Lily Ford no estaba en oferta, sino dispuesta a intimidar. Y seguramente funcionaría con la mayoría de los hombres, pero no con él.

Ella se irguió con expresión satisfecha antes de ofrecerle su mano, que Gage estrechó con firmeza, mirándola a los ojos.

–Estoy deseando trabajar con usted, señor Forrester.

–Eso lo dice ahora, señorita Ford –Gage rió, burlón–, pero aún no hemos empezado.

Capítulo 2

QUE LO primero que sintió al escuchar la profunda voz de Gage Forrester de madrugada fuera un escalofrío de emoción y no una punzada de irritación era turbador en todos los sentidos. Pero Lily estaba demasiado cansada como para analizarlo en ese momento.

–Es la una de la madrugada, Gage –Lily parpadeó para acostumbrarse a la luz del smartphone. Después de cuatro meses trabajando con él, una llamada a esas horas no debería sorprenderla.

–Son las nueve en Inglaterra y es allí donde está el problema.

–¿Tenemos una crisis entre manos? –Lily se incorporó, apartándose el pelo de la cara.

–Lo que tenemos es un piquete protestando en las calles por el último proyecto y necesito un comunicado de prensa que ayude a calmar las cosas.

–¿Ahora mismo?

–Preferiblemente antes de que la multitud se cargue el hotel, sí.

Ella saltó de la cama y pulsó el botón del altavoz.

–¿Cuál es el problema?

–Impacto medioambiental.

Lily tomó el informe, frotándose los ojos.

–Es un edificio ecológico construido en gran parte con materiales reciclados y está ayudando a estimular la economía.

–Pon todo eso en el comunicado y envíalo.

–Un momento. Estaba en la cama, dormida como una persona normal –dijo Lily, acercándose al escritorio, que había colocado a unos metros de la cama para tales ocasiones. Su ordenador estaba siempre encendido, de modo que escribió el comunicado y se lo envió inmediatamente–. ¿Qué te parece?

–Bien –respondió él unos segundos después–. ¿Qué sugieres, enviarlo o leerlo personalmente?

–Las dos cosas. Me pondré en contacto con las televisiones locales y entraremos en las ediciones online de los periódicos de mañana. Tal vez si dejamos claro que el proyecto te interesa de verdad, que estás comprometido con él, el público se calmará un poco.

–¿Qué haría yo sin ti? –bromeó Gage, su voz haciéndola sentir un ligero escalofrío.

Había pensado que se acostumbraría a él con el paso de los meses y, en cierto modo, así era, pero seguía teniendo la habilidad de inquietarla, de ponerla nerviosa.

–Soy la mejor –le dijo–. No lo olvides.

–¿Cómo voy a olvidarlo? Me lo recuerdas continuamente.

–Espero que te refieras a lo bien que hago mi trabajo.

–Por supuesto.

–Muy bien, voy a llamar a las televisiones locales y luego volveré a la cama.

–Pero te necesito en la oficina a las seis.

–Sí, claro.

Seguramente, él ya estaría allí, pensó. Entre el trabajo y sus líos con modelos no sabía cuándo dormía aquel hombre.

Cuando por fin pudo meterse en la cama de nuevo apenas tenía un par de horas antes de ir a la oficina…

¿Y por qué la voz de Gage parecía hacer eco en su cabeza mientras intentaba conciliar el sueño?

Lily entró en el despacho de Gage a las seis de la mañana, con dos tazas de café de tamaño industrial.

–He pensado que lo necesitarías –le dijo, dejando una taza sobre el escritorio.

Gage levantó la mirada del ordenador. A pesar de la hora y de la sombra de barba parecía fresco y recién levantado de la cama, aunque ella debía de tener los ojos hinchados.

–Sí, definitivamente necesito un café.

Lily no pudo evitar mirarlo mientras bebía, cómo cerraba los labios sobre el borde de la taza de plástico, el movimiento de su garganta mientras tragaba. Su boca la fascinaba. Como el efecto que su voz ejercía en ella, no sabía por qué.

Bueno, sí sabía por qué. Era la misma razón por la que salía con una interminable lista de mujeres guapas. La misma razón por la que hablaba con la prensa tanto de su vida privada como de su vida profesional. Gage Forrester era un hombre muy sexy. Incluso ella podía admitirlo.

En teoría, le gustaban los hombres atractivos, al menos a distancia. Cuando dicho hombre atractivo era su cliente, la vida era un poco más complicada, pero daba igual. Los negocios eran los negocios y Lily no tenía intención de cruzar esa línea divisoria. Además, ella no era su tipo. A Gage le gustaban las chicas alegres y frívolas con minifalda, cuanto más corta, mejor. Y él tampoco era su tipo. Por supuesto, no sabía muy bien cuál era su tipo y, a juzgar por su reciente lista de citas fracasadas, no parecía tener un tipo determinado.

–¿Cuántos cafés has tomado? –le preguntó él.

–Varios –respondió Lily, sentándose frente al escritorio y sacando un cuaderno del bolso.

–Va a ser un día muy largo… ¿por qué haces eso?

–¿Qué?

–Tomar notas en un cuaderno. Tienes un millón de artilugios, móviles, agendas electrónicas. Lo sé porque la mayoría han sido comprados con mi dinero.

–Anotarlo me ayuda a recordar, pero luego meto todos los datos en la agenda electrónica.

Gage esbozó una sonrisa.

–¿Qué te parece el comunicado que hemos enviado a Inglaterra?

–Me parece bien. Tienes una entrevista por satélite esta noche y el comunicado saldrá en los periódicos más importantes mañana. Y has hablado

personalmente con el organizador de las protestas, ¿no?

–Era una mujer… muy agradable, por cierto. Me ha llamado cerdo capitalista.

Lily levantó la mirada.

–Es que lo eres.

–Un cerdo muy rico.

–Desde luego. ¿Al final has solucionado el problema o no?

–Le expliqué que el hotel ayudaría a la economía local porque, además de la mano de obra, cuando esté terminado tendrán al menos cien puestos de trabajo fijo. Y que esté siendo construido sobre los restos de una antigua mansión y no en tierras de cultivo también le cayó bien.

–Estupendo –Lily anotó algo en su cuaderno antes de alargar la mano para tomar su taza de café.

Al principio le había parecido un poco extraño llegar tan temprano a la oficina, cuando no había nadie, y sentarse en el lujoso despacho de Gage, viendo el amanecer sobre la bahía y los barcos amarrados en el puerto de San Diego. Casi le había parecido un momento… íntimo. Gage solía estar sin afeitar e iba a su cuarto de baño privado para arreglarse antes de que llegaran el resto de los empleados, pero por ella no se molestaba.

Nunca había compartido sus mañanas con un hombre, de modo que presenciar aquella rutina masculina le resultaba interesante.

Luego, a las ocho, llegaba su ayudante y Lily se iba a su propio despacho. Su nueva oficina en el edificio de Gage Forrester. Su equipo y ella se habían trasladado allí porque ir de un edificio a otro, en puntos alejados de la ciudad, les robaría mucho tiempo.

–El hotel en Tailandia va bien –comentó Gage entonces.

–Estupendo. Has conseguido aplacar al público y a tus inversores.

–Eso espero.

–Vas a crear muchos puestos de trabajo en la zona y los salarios que pagas son más que justos. Es bueno para la economía local y el impacto medioambiental será mínimo. Y que hayas comprado tantas hectáreas de terreno para convertirlo en una reserva natural también te ayudaría mucho… si me dejaras anunciarlo públicamente.

Gage se encogió de hombros, la camisa marcando unos hombros de escándalo.

–Da igual lo que digan o la cantidad de gente que vaya a protestar. El público sigue yendo a mis hoteles y yo puedo dormir por las noches. Todo lo demás es irrelevante. No me importaría en absoluto si no fuera por mis inversores, la maldición de salir a Bolsa.

–¿Por qué lo hiciste entonces? No parece que te guste mucho dar explicaciones.

Gage se echó hacia atrás en el sillón, apartando el pelo de su frente.

–Te has dado cuenta.

–Es difícil no darse cuenta.

–Salí a Bolsa porque es la mejor manera de aumentar tu visibilidad y porque entonces tenía deudas. Eso ayudó inmensamente a aumentar mi capital y a pagar los préstamos que había pedido.

Gage provenía de una familia acaudalada y le sorprendía que hubiera pedido préstamos. Había creído que su familia lo apoyaba y el hecho de que hubiera empezado desde abajo, como ella, le resultaba sorprendente.

–Pero ahora tienes que ser diplomático.

–Lo sería de todas formas. Me dedico a construir resorts y hoteles, el público debe tener una opinión favorable de mí.

–Eso es cierto.

En general, el público tenía una opinión favorable de él. Era guapo y carismático y salía con las mujeres más guapas de Hollywood, de modo que solía aparecer en las portadas de las revistas del corazón, además de las revistas económicas.

También era un negrero, pero eso sólo lo sabían sus empleados. Y, para ser justos, nunca esperaba de los demás más de lo que daba él. De hecho, parecía esperar aún más de sí mismo. Y por eso, incluso cuando su teléfono sonaba a las tres de la madrugada, Lily se mordía la lengua para no decirle lo que pensaba.

–¿Alguna otra cosa más? –le preguntó.

–Necesito una cita para un evento al que debo acudir mañana. Una exposición benéfica en el Acuario de San Diego para recaudar fondos.

–¿Y has perdido tu agenda? –bromeó Lily.

–No, está guardada en mi caja fuerte para que nadie pueda usarla con fines diabólicos.

–Tú la usas para fines diabólicos.

–En ocasiones. Pero la cuestión es que ninguna de mis… amigas es apropiada para este evento.

–Supongo que es una cuestión de gustos –dio Lily. A veces le molestaba… bueno, le molestaba todo el tiempo que un hombre tan inteligente como él saliera con chicas tan tontas. Claro que no estaría interesado en sus cerebros precisamente.

–No, es más bien una cuestión de propiedad. Por eso quiero que tú vayas conmigo.

–¿Qué?

–Pero necesitarás un vestido apropiado…

–¿Cómo?

–Eres inteligente, sabes mantener una conversación con cualquiera.

–Y la mayoría de las mujeres –replicó Lily–. Lo que pasa es que tú sales con unas memas de mucho cuidado.

–No sabía que tuvieras una opinión sobre mis amigas.

Ella apretó los dientes.

–Da igual lo que yo opine. ¿Y qué pasa con mi ropa?

Se había gastado una obscena cantidad de dinero en ropa de buena calidad y siempre tenía buen aspecto, a cualquier hora del día. Era esencial para su trabajo

y se lo tomaba muy en serio.

–Nada si se trata de una reunión de trabajo o de leer un comunicado a la prensa –respondió Gage–. Pero pareces una mujer que se dedica a la política, no una chica que yo llevaría a una cena benéfica.

–Lo siento, no me interesa.

Gage frunció el ceño.

–Trabajas para mí y, si te necesito, espero que estés disponible. Firmaste un contrato, ¿recuerdas?

–Para ser tu relaciones públicas, no para ir de tu brazo a una gala benéfica.

–Ir a la gala es un acto de relaciones públicas. Puedo saltarme la cena y ser un cerdo capitalista sin conciencia o puedo ir con Shan Carter. Me dio su número la otra noche…

Lily recordó a la rubia y caprichosa heredera, con sus botas de tacón y sus vestidos ajustados.

–No puedes hacer eso –le advirtió, horrorizada.

–Lo sé –dijo Gage–. Por eso quiero que tú vayas conmigo.

–Muy bien, de acuerdo. Pero tú no vas a elegir mi vestido.

–¿Por qué no?

–Porque no –respondió Lily. No tenía ropa de fiesta en el armario pero Gage no tenía por qué saber eso. Ella tenía confianza en su buen gusto, sabía qué le quedaba bien y no necesitaba una compradora personal para decirle qué debía ponerse.

–Muy bien, pero nada de traje de chaqueta.

–Hay trajes de chaqueta preciosos. Armani los hace para la noche… claro que tú nunca sales con nadie que lleve más de medio metro de tela.

Gage se encogió de hombros.

–Me gusta pasarlo bien. Trabajo mucho, cumplo con mis obligaciones, no veo por qué no puedo vivir mi vida como me parezca.

Tenía razón, aunque Lily odiaba admitirlo. Pero no podía entender por qué una mujer querría salir con él. Bueno, eso era mentira, estaba claro por qué las mujeres querían salir con él. Era un hombre alto, atlético, guapo, millonario, inteligente… pero también un hombre que no se comprometía con nadie. Y ella nunca querría saber nada de alguien así.

Había visto lo que ese tipo de hombre podía hacerle a una mujer y había jurado no dejar que nadie controlase su vida.

Aunque, evidentemente, Gage tenía cierto control sobre su vida ya que trabajaba para él en exclusiva. Pero eso era diferente. Cuando una mujer le entregaba su cuerpo a un hombre, le entregaba también una parte de ella. Y por muy guapo que fuera Gage Forrester, eso no era suficiente para borrar los amargos recuerdos de su infancia. Los errores de su madre tenían que contar para algo; si no, sería una tragedia.

–Si esperas que lleve un vestido adecuado, tendrás que darme tiempo para ir de compras.

–Puedes tomarte la tarde libre. Lily negó con la cabeza.

–Necesito todo el día libre. Tengo que dormir.
–La mañana, hasta la hora del almuerzo –dijo Gage.
–Trato hecho.
–Ni negro ni beis.
–La mayoría de las mujeres irán de negro.
–Lo sé, por eso no quiero que tú vayas como las demás.
Lily frunció el ceño.
–No tengo por costumbre dejar que un hombre me diga lo que debo ponerme. Me gusta elegir a mí.
Gage se levantó entonces y, sin darse cuenta, Lily admiró ese cuerpo soberbio: cintura estrecha, torso ancho, piernas como columnas. Y sabía, aunque le diera vergüenza admitirlo, que también tenía el mejor trasero que había visto nunca.
Él la miró, con una ceja enarcada.
–Y si a tu amante le gustase… la ropa interior de color negro, por ejemplo, ¿tampoco estarías dispuesta a complacerlo?
Lily intentó no ponerse colorada. Nunca dejaba que un hombre la alterase. Había recibido piropos de todo tipo desde los trece años y luego, cuando se mudó a California para empezar una nueva vida, los hombres habían supuesto que estaba dispuesta a ir de cama en cama y medrar así profesionalmente. Como resultado, pensaba que había perdido la habilidad de ponerse colorada. Aparentemente, no era así.
Nunca le había preocupado su falta de experiencia sexual. Era una decisión que ella misma había tomado. En el ambiente en el que había crecido había sido una lucha seguir siendo inocente, física y psicológicamente, y estaba decidida a que nadie le robase esa inocencia.
Pero en aquel momento supo que preferiría caminar sobre cristales rotos antes de admitir que ningún hombre había emitido opinión alguna sobre su ropa interior.
–Tengo un gusto impecable –le dijo, intentando mostrarse fría–. Nadie se ha quejado nunca –añadió, tomando su maletín–. Y tampoco tú podrás hacerlo.
Luego se dio la vuelta y salió del despacho, intentando contener los latidos de su corazón.

Capítulo 3

GAGE nunca había visto a Lily con un aspecto menos que perfecto. Siempre estaba guapísima, incluso cuando tenía que ir a la oficina a las dos de la mañana para solucionar alguna crisis. Pero con aquel vestido azul marino con volantes en las mangas, escote discreto y espalda al aire estaba sencillamente espectacular.

Llevaba el pelo sujeto a un lado, los rizos cayendo sobre un hombro. Su maquillaje era más marcado que de costumbre y llevaba las piernas desnudas, sin medias. Y eran unas piernas asombrosas.

Gage tuvo que tragar saliva, un recordatorio de que llevaba demasiado tiempo sin sexo. Pero su trabajo era muy intenso y cuando no estaba concentrado en alguno de los proyectos en construcción estaba vigilando a Madeline, que acababa de mudarse a un apartamento después de terminar la carrera. Un apartamento que no quería porque no podía pagarlo, pero Gage no pensaba dejar que su hermana pequeña viviera en una zona peligrosa de la ciudad.

Maddy era cabezota y, aunque a él le gustaba ese aspecto de su personalidad, también podía ser una pesadez.

Y por eso estaba en el vestíbulo del acuario de San Diego, admirando las piernas de su relaciones públicas.

Cuando puso una mano en su espalda y sintió que daba un respingo esbozó una sonrisa.

–Te has vestido de azul marino porque te dije que no vistieras de negro, ¿verdad?

Ella frunció los labios, apartando la mirada.

–Podría ser.

–Te gusta retarme sin desafiarme del todo –siguió él, sus labios rozando la oreja de Lily.

Al hacerlo, Gage sintió el ligero temblor de su cuerpo. Interesante. No era tan fría como quería parecer…

–No me gusta que me despidan –susurró ella, sus ojos oscuros advirtiéndole que se apartase.

Gage frunció el ceño. Le gustaba ese lado peleón de su carácter, pero era su empleada y no tenía derecho a tocarla aunque se sintiera atraído por ella. Lily era una excelente relaciones Públicas y todo lo que hacía fabuloso trabajar con ella la convertía en la clase de mujer con la que no querría tener una relación.

De modo que bajó la mano y estudió su rostro. Tenía un aspecto diferente sin los trajes de chaqueta que solía llevar a la oficina. Más suave, más cercana.

Le gustaría tocar su pelo o esa piel que parecía tan suave… y pensar eso hizo que su cuerpo despertase a la vida.

–Como si yo fuera a despedirte –murmuró, dando un paso atrás–. Sabes demasiado, no podría hacerlo.

–Creo que debería enmarcar esa frase. Como halago no está mal.

Pasearon por la zona que habían convertido en galería de arte, la sala iluminada por la luz azulada de los acuarios. Los cuadros que iban a subastarse estaban colocados en caballetes, con papeles para anotar las ofertas de los invitados.

Gage se acercó a uno de ellos y, sin mirarlo siquiera, anotó una cantidad astronómica.

–Deberías ser menos discreto sobres estas cosas –dijo Lily–. O sobre las reservas naturales que has creado cerca de algunos de tus hoteles.

–¿Por qué?

–Porque ayudaría a tu imagen y lo necesitas. Ser constructor es una profesión poco apreciada por el público, siempre parecéis sospechosos. Podrías quedar bien con todo el mundo informando de tus contribuciones benéficas.

Gage arrugó el ceño.

–Tú eres testigo, cuéntalo.

–Pero no quieres que lo haga.

–Dar dinero para conseguir una buena reputación es pagar por buena publicidad.

–La mayoría de la gente no tiene ningún problema en hacerlo.

–¿Cuál es tu opinión, Lily? Y no me digas eso de que tu opinión no importa mientras al público le gusten los discursos.

Ella se mordió los labios. Esa cara de Gage siempre la desconcertaba. En cierto modo, parecía incomodarle que la gente pensara bien de él. No parecía importarle la mala prensa cuando salía con alguna modelo y luego con una actriz al día siguiente, pero no parecía querer que nadie supiera que también contribuía a causas importantes. Y eso hacía que a veces, sólo a veces, casi le gustase.

–Bueno, este tipo de eventos son siempre un poco falsos. La gente viene para ser vistos –Lily señaló discretamente a un grupo de famosos que sonreían a los fotógrafos.

–No me gusta ese juego –dijo él.

–Tienes que jugar un poco, Gage. Es bueno para el negocio.

–¿Y cómo es para ti hacer un trabajo que no tiene nada que ver con quién eres?

La pregunta era tan extraña y tan inesperada que Lily se dio la vuelta abruptamente.

–¿Yo… qué quieres decir con eso?

La Lily Ford de los suburbios de Kansas, que había salido de la pobreza por sí misma y había dejado atrás el pasado no iba a llegar a ningún sitio en el mundo de las relaciones públicas. Lo sabía porque lo había intentado. Pero la Lily Ford que sabía cómo presentarse ante los demás con fría dignidad, la Lily que llevaba elegantes traje de chaqueta y el peinado perfecto, esa Lily era un éxito. Y todo era debido a la imagen.

Quién fuera en realidad era algo que no importaba a sus clientes o al público. Lo único que importaba era lo que veían. Con esa filosofía había salido adelante.

–Pareces valorar mucho la integridad –dijo Gage–. Y crees que las veladas benéficas son falsas, pero tú insistes en que yo debo acudir.

Lily se encogió de hombros.

–Si el mundo fuera diferente… pero estamos en una sociedad obsesionada por los medios de comunicación y eso significa poner buena cara para llegar al público.

–No me gusta poner buena cara.

–Ya lo sé, pero sí te gusta el dinero. Y para conseguir dinero hay que tener una buena imagen.

Siguieron paseando por la sala y Lily notó que, aunque saludaba a todo el mundo, Gage parecía un poco distante. No tenía una relación cercana con nadie, que ella supiera. Solía tener buen olfato para la gente, pero después de varios meses Gage seguía siendo un interrogante. Estaban casi todo el día juntos, pero sabía muy poco sobre su personalidad.

La conversación que acababan de tener era seguramente la más reveladora que habían mantenido en todos esos meses.

Gage sabía cómo moverse en el mundo de los negocios. Decía lo que tenía que decir a la gente adecuada pero no había nada personal en sus relaciones con ellos. Se daba cuenta de eso por primera vez.

Una rubia con un tremendo escote tomó a Gage del brazo entonces para saludarlo.

–Me alegro muchísimo de verte. ¿Sabes que hay una orquesta en el jardín?

Lily se dio cuenta de que él no se molestaba en sonreír.

–Gracias por decírmelo, bailaré con mi pareja. Luego tomó a Lily por la cintura, el roce haciendo que le ardiese la cara. Y cuando la apretó contra su costado pensó que se le iban a doblar las piernas.

Nunca en su vida la había afectado de tal modo el contacto de un hombre. Claro que pocos se atrevían a tocarla.

Había visto a su madre con una sucesión de hombres. Hombres que le pedían que se mudase de un sitio a otro, que la humillaban, que siempre habían tenido el control sobre sus vidas. Lily no quería eso. Cuando cumplió los trece años había decidido que no quería saber nada de relaciones sentimentales.

Por fin, se había ido de casa a los diecisiete años y diez años después tenía su propio negocio, un apartamento precioso, controlaba su vida por completo y seguía sin un hombre. Nunca lo había lamentado. Algunas de sus amigas decían que estaba loca, que se estaba perdiendo una de las mejores experiencias de la vida. Pero cada vez que salía con alguien, normalmente alguien que le habían presentado sus amigas, se encontraba diseccionando su comportamiento, imaginando cómo intentaría controlarla en cuanto tuvieran una relación. Por eso no tenía segundas citas.

Eso estaba bien para sus amigas, bien para otras mujeres que no hubieran vivido lo que había vivido ella.

Pero, curiosamente, el roce de la mano de Gage no la hacía temer que quisiera controlarla. No pensaba en nada, sólo podía sentir el calor de esa mano.

–¿Quieres bailar? –le preguntó él, sus labios tan cerca que Lily tuvo que hacer un esfuerzo para disimular aquella extraña excitación. Y se alegró de haber comprado un vestido oscuro que, con un poco de suerte, escondería la reacción de sus pezones.

La rubia estaba fulminándola con la mirada y, por orgullo, Lily miró a Gage:

–Por supuesto –respondió.

En un momento de locura levantó una mano para tocar su cara… pero al notar el roce de su barba la apartó de inmediato, sintiendo que le quemaba.

Sin decir nada, Gage la llevó al jardín, entrelazando los dedos con los suyos, su expresión intensa.

El corazón de Lily latía con fuerza dentro de su pecho. No podía fingir que no se sentía atraída por él. La atracción más poderosa y peligrosa que había experimentado en toda su vida.

–Esto no es apropiado –murmuró, nerviosa al notar que le temblaba la voz.

–¿Preferirías que bailase con Cookie?

–¿Cookie? –repitió ella–. Eso no puede ser un nombre –dijo luego, intentando contener la risa.

–Podría ser un apelativo cariñoso, no lo sé.

–¿No se lo has preguntado?

–No era importante para mí en ese momento.

Eso dejaba bien claro lo que Gage pensaba de las relaciones sentimentales. De hecho, evitaba las relaciones serias saliendo con muchas mujeres. Ella las evitaba no saliendo con hombres, pero ambas eran tácticas de evasión, en eso al menos estaban a la par. En cualquier caso, las relaciones sentimentales estaban sobrevaloradas.

Cuando Gage puso una mano en su espalda sintió que Lily se estremecía. También ella sentía esa atracción, no había duda. Siempre le había parecido atractiva y más de una vez había pensado deshacer su moño y ver cómo la melena caía por su espalda…

Gage la apretó contra su cuerpo, dejándole claro lo que sentía mientras bailaban. Él no tonteaba con sus empleadas, pero Lily era una tentación y ésa era una nueva experiencia para él.

Las mujeres lo atraían, pero nunca las había considerado una tentación seria. Si no era el momento, no tenía el menor problema en despedirse con un beso y volver solo a casa. Muchas veces en su vida, el placer había tenido que esperar debido a sus responsabilidades hacia su familia o su negocio. Era un experto en retrasar el placer si era necesario, pero aquella sensación, aquella punzada de deseo, no parecía algo que pudiese controlar.

Lily levantó la cabeza.

–Eso, definitivamente, no es apropiado.

–Tal vez no, pero yo estoy disfrutando.

Ella se pasó la lengua por los labios, un gesto tan sensual que fue como un puñetazo en el estómago. Luego volvió a bajar la mirada sin decir nada pero apoyándose en él un poco más, sus pechos rozando el torso masculino…

No sabía cómo había pasado pero estaban a punto de besarse.

Pero, de repente, ella se apartó como si la hubiera quemado.

–¿Has hecho todas las pujas que querías hacer? –le preguntó, respirando agitadamente.

–Sí –respondió Gage.

–Entonces deberíamos irnos. Seguramente mañana también tendremos que levantarnos muy temprano.

Cuando volvió a entrar en el acuario Gage sacudió la cabeza. Había hecho bien en detener aquello, pensó, aunque su cuerpo se rebelara contra esa admisión. La valoraba demasiado como para perderla por una noche de sexo. Aunque el sexo fuera increíble.

A él le gustaba mantener su vida controlada. Estaban el trabajo, su vida familiar y la vida sexual. Y no las mezclaba nunca.

Aunque con el recuerdo de Lily entre sus brazos, lo suave y lo dulce que era, lo cerca que había estado de besarla, resultaba imposible recordar por qué.

Lily no podía dormir y era culpa de Gage. Y de ella. Había estado a punto de besarlo. Ella había estado a punto de besarlo. Curiosidad, eso era todo. Había querido descubrir cómo sería un beso de Gage Forrester porque era humana al fin y al cabo.

Gage era un hombre diferente a todos los que había conocido. Con más éxito, más masculino, más decidido. Y ésas eran cualidades que la atraían, pero nunca había sentido la tentación de abandonar sus principios por un momento de… lujuria.

No había sentido que él estuviera intentando manipularla en modo alguno. Había sentido… pasión. Por primera vez en su vida, había experimentado una pasión física real. Siempre había sentido pasión por su trabajo, el deseo de triunfar en la vida, pero nada más.

–No deseo a Gage –murmuró.

Era su cliente, su jefe. Si quisiera una relación, que no la quería, no sería con él. Su trabajo era demasiado importante y no estaba dispuesta a arriesgarse a perderlo. Los hombres nunca habían sido un problema para ella.

Sus clientes eran casi exclusivamente hombres, pero incluso cuando habían mostrado interés, como Jeff Campbell, ella les dejaba muy claro que no sentía la menor tentación de aceptar. Había una línea bien definida en su cabeza, el trabajo era el trabajo.

Pero Gage le hacía perder el control de una manera desconocida para ella. Había besado a otros hombres, desde luego, y la experiencia había sido a veces indeseable, a veces simplemente regular. Ninguno de esos besos había encendido un fuego en su interior, pero la proximidad de Gage la hacía sentir como si estuviera ardiendo.

Y lo peor de todo era que sabía que, si lo hubiera besado, habría perdido la cabeza. ¿Y cuándo había perdido ella la cabeza por un hombre? Ella creaba su propio destino, estaba a cargo de su vida.

Dejando escapar un gemido de frustración, Lily saltó de la cama para

sentarse frente al ordenador. Si no iba a dormir, lo mejor sería ponerse a trabajar.

Era importante comprobar qué decían los medios sobre Forrestation y Gage Forrester para poder emitir el comunicado necesario…

Pero una noticia hizo que se le encogiera el estómago y, aunque eran las tres de la mañana, Lily levantó el teléfono.

–Gage, tenemos un problema.

Capítulo 4

ESTO es ridículo! –Gage tiró el periódico sobre la mesa, furioso.

Sentía ganas de estrangular a la persona que había extendido tan repugnante rumor. Se había puesto enfermo al leer ese artículo lleno de falsas acusaciones… acusaciones contra Madeline, su hermana.

Maddy había terminado la carrera y por fin estaba dejando atrás su triste infancia. Había sido una niña tan silenciosa, como si tuviera miedo de molestar. Y miedo de que también él la abandonase. Había madurado mucho en los últimos años, pero aquello amenazaba con destruir todo lo que había conseguido.

–Estoy de acuerdo –dijo Lily–. Es una vergüenza que vivamos en una sociedad como ésta. Pero es así y la historia saldrá publicada en todas partes.

–Madeline ha sufrido mucho… acaba de terminar la carrera y esto no la ayudará a encontrar trabajo. No la contratará nadie.

Lily respiró profundamente.

–Lo sé, Gage. Yo sé muy bien lo difícil que es ser una mujer en el mundo empresarial y sé… que es muy difícil que la gente olvide un escándalo sexual. Para una mujer, al menos.

–Ella no tuvo nada que ver –insistió Gage, mirando el artículo con gesto de asco–. Maddy era una becaria y su jefe, Callahan, intentó conquistarla. Mi hermana se negó a acostarse con él y ahora que su mujer lo ha dejado porque es un caradura, culpa a Maddy haciendo que parezca que era ella quien intentaba destruir su matrimonio.

–Tuviera una relación con Callahan o no…

–Es que no la tuvo –la interrumpió Gage.

Lily levantó las manos en un gesto de rendición.

–Muy bien, tú conoces a tu hermana mejor que yo. Si tú dices que no la tuvo, te creo. Pero ahora que ha saltado el escándalo no podemos hacer mucho para pararlo. Aunque ella diera su propia versión de la historia, y yo creo que debería hacerlo, esto va a ser una explosión. William Callahan es un hombre muy conocido y su esposa, su futura ex esposa, es aún más famosa que él.

Gage conocía a esa mujer porque había intentando coquetear con él alguna vez. Pero, a pesar de ser una famosísima modelo, nunca le había interesado. A Gage no le gustaban las mujeres de otros hombres, pero ella parecía acostumbrada a coquetear y evidentemente, el señor Callahan no era mejor. Pero estaban intentando arrastrar a su hermana a sus sórdidas vidas…

–Lo arruinaré –murmuró Gage.

–Te entiendo, pero antes de que hagas nada, tenemos que decidir cómo vamos a controlar el escándalo.

Lily había visto a Maddy en un par de ocasiones. Era una guapa morena, bajita y delicada. Parecía muy joven y era evidente que Gage la adoraba y que,

aunque intentaba comportarse como un padre, Madeline quería ser independiente.

En el mundo empresarial no era fácil que una mujer fuese tomada en serio. No era fácil encontrar el equilibrio adecuado. Si te arreglabas demasiado, los hombres lo tomaban por un intento de coqueteo y si no, a veces podías ser invisible.

–Podemos crear una distracción –dijo Gage.

–No sé lo que estás pensando, pero intuyo que voy a tener mucho trabajo.

–Si podemos enterrar la historia de Maddy con otra historia, el golpe será menor.

–Dudo mucho que puedas encontrar algo que haga olvidar un escándalo de tal magnitud.

–He pensado anunciar mi matrimonio –dijo Gage entonces.

Lily lo miró, perpleja.

–¿Qué? No sabía que fueras a casarte.

–Y no voy a casarme. ¿Pero no crees que sería un titular interesante?

–Nadie lo creería. Tú no eres de los que se casan.

–¿Por qué no?

–Para casarse hay que ser monógamo –dijo Lily.

–Yo no engaño a nadie –se defendió Gage–. Si me siento atraído por otra mujer, termino la relación. No tiene sentido estar con una mujer cuando te gusta otra.

–Pero cambias de novia muy frecuentemente.

–Y por eso sería un titular que interesaría a todo el mundo. He salido con suficientes modelos y actrices como para que los paparazzi tengan interés por mí.

–Muy bien, eso es verdad. ¿Pero dónde vas a encontrar a una mujer que quiera casarse contigo? ¿Y que, además, mantenga la boca cerrada?

Gage estaba mirándola con una sonrisa en los labios…

–Lily.

No le gustó nada cómo pronunció su nombre, haciendo que sonara casi como una caricia. Como la noche anterior, cuando estaba entre sus brazos.

–No…

–Quiero que te cases conmigo.

Lily se quedó mirándolo, sin saber qué decir. Ella siempre sabía qué decir, siempre tenía una respuesta preparada.

Abrió la boca y la cerró de nuevo, intentando desesperadamente hacer que su cerebro funcionara.

–No lo dirás en serio.

–Sólo tendrías que ser mi prometida durante un tiempo.

–No, para nada. Me niego.

–¿Cuánto valoras tu trabajo, Lily?

–Es lo más importante para mí –respondió ella–. Me he esforzado mucho para llegar donde estoy.

–Sería una pena comprometer todo ese esfuerzo, ¿no te parece?

–¿Es una amenaza?

–No quiero que el esfuerzo de Madeline se vaya al traste por culpa de unos periodistas sin escrúpulos –dijo Gage–. No quiero que pierda la confianza que tanto le ha costado encontrar.

La amenaza era clara. Si quería conservar su trabajo, tendría que aceptar.

–Nadie lo creerá –dijo Lily.

–Estuvimos en la gala del otro día y todo el mundo nos vio juntos… y definitivamente no estábamos portándonos de manera muy profesional.

–Éramos dos personas que trabajan juntas y acuden juntas a un evento –protestó ella.

Gage levantó una ceja.

–¿De verdad? ¿Qué más consideras normal en la relación de dos personas que trabajan juntas? ¿Alguna vez te has prometido con alguno de tus jefes?

–No, por supuesto que no.

Esa idea la horrorizaba. Y no quería pasar más tiempo con Gage, no quería fingir que era su prometida. Pero si miraba el asunto objetivamente, sabía que era la mejor manera de hacer que los periodistas se olvidasen de Madeline.

–Tienes razón –dijo por fin–. Tal vez sea la única manera.

–No creo que sea tan difícil para ti, Lily. Eres una gran profesional.

–Si crees que me estás engatusando, te equivocas. No te hagas el encantador, conmigo no funciona.

–No tenemos alternativa –dijo Gage–. Si yo me hundo, tú te hundes conmigo. Tenemos que arreglar esto como sea.

–Siempre hay alternativas.

–Nadie te contrataría si supieran que has dejado a un cliente en la estacada. Pero si me ayudas a solucionar este asunto…

–Muy bien, de acuerdo –lo interrumpió Lily. Lo mejor para un relaciones públicas era tener buenas relaciones con la prensa. El menor escándalo y su carrera estaría en serio peligro.

–Estupendo –Gage tomó el móvil y marcó un número–. ¿Dave? Necesito un anillo de compromiso… no sé de qué talla, pero que sea bien visible.

–¿Has llamado a David a las cinco de la madrugada para comprarme un anillo?

–Ya sabes la repuesta a esa pregunta –dijo él.

Lily apretó los puños, imaginando un anillo en su dedo. El anillo de Gage. Era un símbolo de propiedad, marcándola como suya. Lo cual era absurdo porque ellos no tenían una relación y no la tendrían nunca. Pero todo lo que tuviera que ver con las relaciones y los matrimonios la ponía nerviosa.

–No me lo puedo creer…

–¿Cómo vamos a hacerlo?

Hora de ponerse a trabajar, pensó Lily. Debía enviar un comunicado de prensa.

–Llevamos algún tiempo trabajando juntos, somos amigos y esa amistad se

ha convertido en algo más. La noche de la gala me pediste en matrimonio, por eso aún no llevaba el anillo de compromiso. Ése es un detalle del que todos los fotógrafos se habrían dado cuenta.

–Estupendo, encárgate de eso. El anillo estará en tu despacho en menos de una hora.

–Una proposición irresistible –bromeó Lily–. Tanto como meter el anillo en un postre.

–Pensé que eso era lo que le gustaba a las mujeres –dijo él, burlón.

–No, el anillo se ensucia y, si no lo ves, te puedes romper un diente.

–Lo tendré en cuenta si algún día pido en matrimonio a alguien.

–¿Piensas hacerlo?

–No, la verdad es que no.

–Ya me lo imaginaba.

–¿Y tú? Dices que no te interesan nada las campanas de boda… ¿pero hay algún un novio por ahí al que tengas que explicarle todo esto?

–No –respondió Lily–. Y aunque lo tuviera, te dije cuando me contrataste que el trabajo era lo primero para mí y lo decía en serio.

–¿Dejarías a tu novio para medrar en tu carrera?

–Sí –contestó ella, sin vacilar–. No me digas que tú no harías lo mismo con tus amantes.

–Por supuesto que sí. Pero la mayoría de las mujeres no lo ven del mismo modo.

–Pasaré por alto lo de «la mayoría de las mujeres» por el momento. Tal vez a algunas mujeres no les importa que otra persona tenga demasiado control sobre sus vidas, pero a mí sí. Mi carrera es lo primero y, si saliera con alguien, tendría que ser alguien que entendiera eso.

–Ningún hombre va a entender que seas la prometida de otro.

–Entonces no sería el hombre adecuado para mí –Lily sonrió–. Al menos, no sería nada permanente –añadió después porque no quería contarle que ella no tenía relaciones de ningún tipo.

–Yo tampoco creo que vaya a encontrar a la mujer de mi vida por el momento y eso, irónicamente, nos hace increíblemente compatibles.

Ella sonrió de nuevo.

–Supongo que, irónicamente, eso es verdad.

–Bueno, ve a preparar el comunicado de prensa. Haremos el anuncio formal esta misma mañana. Empieza a llamar a los medios y diles que tenemos una historia que contar. Cuanto más los distraigas, mejor.

Lily asintió. Ése era su trabajo, lo que hacía mejor. Sólo era trabajo, nada más, no había razón para sentir nada en absoluto.

De nuevo, apretó los puños, intentando imaginar cómo sería sentir el anillo en el dedo antes de darse la vuelta para ir a su despacho.

La frenética energía de una rueda de prensa era algo que normalmente Lily disfrutaba. Le encantaban el caos, el ruido, los murmullos de emoción, los destellos de las cámaras. Siempre sabía lo que iba a decir o lo que su cliente iba

a decir.

Pero aquella mañana sentía ganas de vomitar. Gage apretó su mano y Lily sintió una especie de descarga eléctrica subiendo por su brazo. Le gustaría poder culpar a la rueda de prensa, pero sabía que no era eso. Gage Forrester ejercía ese efecto en ella.

Gage dio un paso hacia el micrófono, levantando su mano para que el anillo que le había puesto unos minutos antes en el dedo fuera visible para todos.

–Gracias por venir –empezó a decir–. Antes de que empiecen a volar los rumores, queremos hacer un anuncio: le he pedido a Lily Ford, la persona encargada de llevar las relaciones públicas de mi empresa que se case conmigo y ella ha aceptado.

Entonces, como si se hubiera roto una barrera invisible, los fotógrafos empezaron a hacer fotografías y los periodistas a hacer preguntas.

–¿Esto tiene algo que ver con la noticia que se ha publicado sobre su hermana, señor Forrester?

Lily notó que Gage se ponía tenso.

–No estamos hablando de mi hermana o de los ridículos rumores que se han publicado sobre ella. Cualquier otra pregunta sobre ese asunto y la conferencia de prensa habrá terminado.

–¿Han fijado una fecha? –le preguntó una periodista.

–No, seguimos buscando un sitio para casarnos –respondió Lily.

–¿Esto significa el fin de su vida de soltero? –le preguntó otro.

–Por supuesto –respondió Lily, con más sequedad de la que pretendía. Normalmente se mantenía fría y calmada en esas situaciones, aunque lamentaba el absurdo y exagerado interés de la prensa por las celebridades, pero ser el centro de atención no le hacía ninguna gracia.

–Jamás pensé que me casaría –empezó a decir Gage–. Pero cuando conocí a Lily… bueno, ella es todo lo que quiero –añadió, volviéndose para mirarla.

Lily se quedó sin aliento al ver el brillo de sus ojos azules.

Parecía decirlo de corazón, lo cual era completamente absurdo. Pero si era capaz de parecer sincero mientras mentía de ese modo, resultaba comprensible que fuera un rompecorazones.

Y lo peor de todo era que aun sabiéndolo, la afectaba. Su corazón latía como loco y tenía el estómago encogido.

Y cuando miró sus labios, casi esperaba que inclinase la cabeza para besarla…

Lily sacudió la cabeza para apartar tan ridículos pensamientos. Ella no quería besarlo, era absurdo. Ella sabía lo que pasaba cuando le dabas tanto poder a un hombre sobre tu vida y nunca cometería ese error. Su vida era justo como le gustaba: ordenada y absolutamente controlada por ella misma.

El resto de las preguntas pasaron como uno torbellino y Lily siguió sonriendo, su rostro sereno. Era una profesional proyectando una imagen de calma cuando, en realidad, sus pensamientos eran un barullo.

No quería pensar en la mano de Gage sujetando la suya o en el calor que la

hacía sentir.

–Gracias, no habrá más preguntas. Los dos tenemos mucho que hacer y no quiero tener que despedir a mi prometida.

Los periodistas rieron y ella apretó los labios para disimular una mueca.

En cuanto estuvieron solos en la limusina, Lily apartó la mano.

–La próxima vez, intenta no actuar como si mi proximidad te ofendiera.

Ella volvió la cabeza entonces, pero el impacto de sus ojos azules fue más intenso de lo que había anticipado. Después de trabajar con Gage durante varios meses debería estar acostumbrada… pero aquél era un nuevo Gage. Era absolutamente serio sobre su trabajo y se mostraba siempre seguro de sí mismo. No era la clase de hombre que se enfadase por pequeños detalles.

Sabía que quería mucho a su hermana, sabía que era muy protector con ella, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto.

–No he actuado como si tu proximidad me ofendiera –replicó, mirando por la ventanilla–. Me he mostrado serena y tranquila.

–Y tiesa.

–Lo siento, intentaré mirarte con ojos llenos de amor a partir de ahora.

–Muy bien –murmuró él.

–Nadie se ha dado cuenta. Y si fuera así, lo atribuirían a los nervios.

–Haces comunicados de prensa diariamente.

–Pero no informo a la prensa todos los días de que estoy prometida. Nunca hablo de mí misma.

–Sí, lo sé. Eres muy discreta sobre tu vida privada.

¿Su vida privada? Ésa sería una conversación divertida. El gimnasio cuatro noches a la semana, cena para uno y luego alguna película en televisión. Si no fuera alérgica, seguramente tendría un gato o un perro.

–Por eso se llama vida privada, Gage, aunque parece que tú no te has enterado.

–Entonces dime una cosa: ¿crees que serviría de algo intentar esconder mi vida privada? Tú sabes cómo son los medios y, si no eres sincero sobre lo que ocurre cuando se cierra la puerta, se lo inventan.

–Eso es cierto, pero tú tiendes a… jactarte de ello.

–No, salgo con mujeres conocidas y yo también lo soy. Eso se convierte en noticia, pero no es mi intención. No voy a quedarme en casa todo el día.

Su forma de decirlo, su voz ronca e íntima en los confines de la limusina, hacía que su corazón se acelerase. ¿Por qué?, se preguntaba Lily. ¿Por qué tenía el poder de llenar su cabeza de imágenes de cuerpos desnudos y sudorosos? Los demás hombres nunca le hacían eso.

Le gustaban los hombres, pero a distancia. Como en las páginas de las revistas o en las películas. Pero implicarse personalmente… la ponían nerviosa y por eso no se excitaba. Un orgasmo requería perder el control y ella no era capaz de hacerlo, o de querer hacerlo con otra persona.

Pero era como si Gage fuera capaz de saltarse todas sus normas y hacer que deseara cosas que no había deseado nunca. Las barreras parecían caerse por

voluntad propia, sin que pudiera hacer nada. Pero no podía ser, el trabajo era demasiado importante para ella como para tener una aventura con su jefe.

Tal vez a otras personas no les importaba arriesgar sus puestos de trabajo, pero ella no era así.

Su madre había sido el peor ejemplo. Cada hombre con el que se acostaba consumía todo lo que tenía; toda sus emociones, su tiempo, el respeto por sí misma… y eso había hecho que su infancia fuera un infierno. Entonces no podía hacer nada, pero ahora dependía de ella y había decidido mantener el control.

Fin de la historia. Así que sus hormonas tendrían que lidiar con ello.

–No, claro, supongo que no puedes quedarte en casa –murmuró, sacando el iPhone del bolsillo para entrar en Internet–. Parece que nuestro compromiso es una gran noticia.

–¿Y Maddy?

–No diría que la historia se ha enterrado, pero no hay nada nuevo.

–Muy bien.

Gage sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y llamó a su hermana, poniendo el altavoz.

–¿Estás bien, Maddy?

–Sí, estoy bien.

No parecía disgustada, pero él sabía que había estado llorando.

–Todo está arreglado, no te preocupes.

–He visto las noticias, pero no quiero que hagas nada por mí, Gage. Ya soy mayorcita y puedo solucionar mis problemas.

–Éste no. Callahan es un canalla muy listo, deja que yo me encargue de todo.

–Tienes que dejar que me defienda sola.

–Lo sé, lo sé –murmuró él, con el corazón encogido–. Después de esto, te lo prometo.

Sabía que Maddy era una adulta y entendía que quisiera librar sus propias batallas. Y, si era sincero, estaba más que dispuesto a no meterse en su vida, pero no iba a dejar que lidiara sola con aquello.

–Voy a enviarte al chalé de Suiza durante un par de semanas, hasta que se olviden del asunto.

–Gage…

–Maddy, deja que lo solucione.

La oyó suspirar al otro lado del teléfono.

–Muy bien, de acuerdo, iré a Suiza. ¿Vas a seguir adelante con tu falso compromiso?

–¿Cómo sabes que es falso? –Gage miró a Lily, que estaba mirando por la ventanilla de la limusina. Tenía los hombros rígidos y las piernas cruzadas… y menudas piernas. No era muy alta, pero tenía unas piernas largas y bien torneadas que parecían suplicar que las pusiera alrededor de su cintura…

Gage cerró la puerta a esas fantasías.

–Porque no es tu tipo –dijo Maddy–. Es demasiado… estirada.

Lily giró la cabeza y Gage pulsó el botón para desconectar el altavoz.

–Que lo pases bien en Suiza, cariño. Yo me encargaré de todo.

Cuando guardó el móvil en el bolsillo, Lily volvió a mirar por la ventanilla, con el ceño fruncido. Le gustaría tocarla, ver si podía soltarle el pelo o desabrochar el primer botón de su blusa. O todos los botones. Era fácil imaginarla desnuda… pensar en esa piel de porcelana en contraste con sus sábanas de raso negro era la fantasía más erótica que su subconsciente había creado nunca.

Dos cosas evitaban que explorase esa fantasía: primero, que era su empleada y segundo, que tenía «soy una persona seria» escrito en la cara. Y él no tenía relaciones serias ni románticas porque durante sus primeros años de juventud había tenido demasiadas responsabilidades.

Sus padres se habían portado más o menos bien con él, pero Maddy había sido una sorpresa de última hora y su madre no había querido dejar de trabajar. Por supuesto, su padre siempre había puesto su carrera por delante de todo lo demás y tampoco tenía tiempo para Maddy, de modo que sólo quedaba él, quince años mayor que su hermana.

A los veinticinco años, cuando ganó su primer millón como constructor, Maddy había llamado para decirle que llevaba tres días sola en casa y no había nada en la nevera. Atónito, Gage fue a buscarla y habían vivido juntos hasta que se marchó a la universidad. Eso había sido muy serio para un hombre soltero y joven que tenía su propia carrera en la que pensar. Afortunadamente, tenía buenos amigos que lo habían ayudado a llevar su trabajo y sus nuevas obligaciones.

No lo lamentaba y no lo cambiaría por nada, pero eso había terminado. Había criado a una niña cuando era demasiado joven para hacerlo y no tenía intención de pasar por algo así otra vez. Había lidiado con la adolescencia de Maddy, amenazando a los chicos que iban a buscarla si le ponían la mano encima, la había ayudado a encontrar un vestido para el baile de graduación…

Y a pesar de que Lily no parecía dispuesta a tener hijos de inmediato, seguía siendo una persona muy seria. Seguramente la clase de mujer a la que había que cortejar antes de mantener una relación física.

Él prefería mujeres divertidas, sin complicaciones. Y si eso lo convertía en un frívolo a ojos de la prensa, le daba igual. Él era quien tenía que vivir su vida y, mientras fuera feliz, la opinión de los demás le importaba un bledo.

Salvo en lo que se refería a Maddy.

–¿Y ahora qué? ¿Tendremos que ir juntos a galas y cenas? –le preguntó Lily, con sequedad. Lo que Maddy había dicho la había molestado, eso era evidente.

–Yo estaba pensando en un fin de semana romántico –dijo Gage, disimulando una sonrisa al ver que se ponía colorada.

–¿Y el trabajo?

–Será un viaje de trabajo, por supuesto. Pensaba ir a Tailandia para ver cómo va la construcción del hotel y éste es el momento más adecuado. Maddy estará en Suiza y los periodistas se olvidarán de ella.

–Pero no se van a olvidar de nosotros.

–Tenemos que seguir adelante, Lily. Si descubren que el compromiso es un mentira, tu credibilidad quedará destruida y tu carrera también.

Qué conveniente que a él no lo afectase el asunto, pensó ella. Pero había una fina línea entre una mentira y una verdad a medias. Ella evitaba las mentiras siempre que era posible, pero la imagen de su cliente o, en aquel caso, la imagen de Maddy era su única preocupación. Si descubrían que era mentira, los medios no volverían a tomarla en serio. La credibilidad, una vez dañada, era imposible de reparar.

–Entonces, imagino que tendremos que ir a Tailandia.

Capítulo 5

ERA tarde cuando el avión privado de Gage aterrizó en la isla de Koh Samui. Un coche los esperaba en la pista para llevarlos al resort, por supuesto. Lily no había esperado nada menos. Gage era muy eficiente… o al menos lo era la gente que contrataba.

Después de respirar la agradable brisa del mar, Lily subió a la limusina y Gage se sentó a su lado. Llevaba el primer botón de la camisa desabrochado, la corbata en el bolsillo de la chaqueta, las mangas subidas hasta el codo revelando unos antebrazos musculosos y morenos. Seguía oliendo bien a pesar de las horas de viaje.

–¿No te parece que la limusina es un cliché? –le preguntó.

–A mí me parece más bien algo práctico. Tengo un conductor, sitio para trabajar… –Gage la miró a los ojos– o para hacer lo que quiera.

Lily levantó una mano.

–No me apetece saber nada sobre tus conquistas.

Gage alargó una mano apara quitarle el prendedor con el que sujetaba su pelo, dejando que cayera sobre sus hombros. Deslizó los dedos entre los mechones, dándole un ligero masaje en el cuello… la presión de sus dedos era muy agradable y le gustaría inclinar la cabeza y dejar escapar un gemido de placer.

Pero en lugar de hacerlo, se apartó.

–¿Qué haces?

–Puede que tú no quieras hablar de mis conquistas, pero hay periodistas en el hotel y no nos vendría mal dar la impresión de que estamos enamorados –Gage pasó un dedo por su mejilla–. Te has puesto colorada.

–Hace calor.

–Sí, es verdad –asintió él, apartando la mano.

–¿Cómo va el proyecto? –le preguntó Lily. Cualquier cosa para romper la tensión, tan real que parecía una fuerza física. Y lo peor era que estaba segura de que también él la había sentido.

–Va bien –respondió Gage–. La mayoría de las villas individuales están terminadas. La parte principal del resort sigue en construcción, pero la villa en la que nos alojaremos está preparada. Incluso tendremos servicio a nuestra disposición.

–Yo no necesito servicio. ¿Cómo crees que me manejo en la vida diaria?

–Pensé que tendrías una señora de la limpieza.

Eso significaría dejar entrar a una extraña en su casa. Tal vez la gente podría pensar que era una exagerada, pero durante su infancia había tenido que vivir con su madre y el hombre del mes, sin privacidad alguna, y por lo tanto era algo que valoraba muchísimo. Había tenido que esforzarse para mantener su inocencia en un entorno como ése.

–No todos somos multimillonarios, Gage.

–Pero yo sé lo que te pago. Podrías contratar a una persona que limpiara tu casa.

–No sabes los gastos que tengo. Tal vez haya comprado una casa en la playa.

–No, tú eres demasiado sensata.

Lily sonrió.

–Pues resulta que tengo un apartamento en la playa.

La Costa Oeste, el mar, había sido su sueño desde que era pequeña. Había visto el mar por primera vez cuando tenía diecisiete años, cuando se mudó a California, y su objetivo era poder verlo algún día desde su dormitorio. Había tardado algunos años, pero dieciocho meses antes por fin le habían dado la llave de su nuevo dúplex frente al mar, una casa por la que había trabajado sin descanso. Y había sido la mejor sensación del mundo.

La recompensa para ella después de años de trabajo era su independencia. En todos los sentidos.

–No pareces ese tipo de persona.

–¿Ah, no?

–¿Haces surf? ¿Te gusta nadar?

–No –respondió Lily.

–Por eso no pareces ese tipo de persona.

–Solía soñar con el mar –dijo ella entonces, sin pensar–. En Kansas tenemos campos de maíz, pero no hay mar y pensé que, si podía verlo todos los días… sería como si el mundo se abriera para mí, con infinidad de posibilidades.

En cuanto terminó la frase deseó no haberla dicho. Nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a sus amigas. Su sueño era algo propio, de nadie más. Tenía un buen grupo de amigas pero no les contaba cosas profundas y así era como le gustaba relacionarse con la gente. Ahora se sentía horriblemente expuesta… y con Gage precisamente. Gage, que siempre parecía capaz de ver en su interior, como si supiera cosas que ella no sabía.

–Es un bonito sueño. Y lo has conseguido, ¿no?

–Sí, una parte de él.

–Quieres tener éxito.

–Quiero tener la agencia de relaciones públicas más importante del país, sí.

–Lo entiendo –dijo Gage–. También yo quiero conseguir más, completar mis ambiciones. Eso es lo que me da energía. En los negocios no puedes pararte, el dinero no espera a nadie. Si no estuviera construyendo este hotel, lo haría otra empresa y yo me habría perdido una gran oportunidad.

La limusina entró por una carretera recién asfaltada flanqueada por palmeras y otras plantas tropicales.

Forrestation no las había destruido como temían algunos. Con la excepción de la carretera, Lily apenas podía ver signos de civilización.

El resort, parcialmente construido, estaba en la cima de una colina, con una fabulosa panorámica del cristalino océano y sus playas de arena blanca. Varios caminos de tierra partían del edificio principal perdiéndose entre los árboles. Seguramente llevarían a las villas privadas, pensó.

La limusina se detuvo y ella bajó sin esperar a que Gage le abriese la puerta.

–La casa tiene vistas al mar, espero que te guste.

Lily se aclaró la garganta. Le molestaba haberle contado que su sueño había sido tener una casa frente al océano.

–Muy bien. ¿Y dónde me alojaré yo?

–Nos alojaremos en la casa que he construido para mi uso personal.

Eso sorprendió a Lily.

–¿Vamos a alojarnos juntos?

–El consejo de administración vendrá de visita y debemos parecer una pareja de enamorados.

–¿Pero es una casa grande?

–Tiene seiscientos metros cuadrados, así que no tendrás que verme siquiera. A menos que desees hacerlo, claro.

La mirada de Gage era tan ardiente que su temperatura corporal se puso por las nubes.

–No –consiguió decir, sabiendo que sonaba antipática.

–¿Y si tuviéramos que hablar de algo?

–Entonces te buscaría.

–¿Me buscarías? –repitió él, con un tono que dejaba claro lo que estaba pensando.

–Para hablar, quiero decir. No te hagas ilusiones.

–¿A qué creías que me refería, Lily?

–Sé perfectamente a qué te referías, no soy tonta.

Gage se limitó a mirarla de arriba abajo, haciendo que sintiera como si estuviera desnudándola. Como si ya estuviera desnuda y él pudiera verlo todo.

–Muy bien, ¿dónde está la casa?

–Al final de ese camino.

Gage la sorprendió abriendo el maletero de la limusina y sacando él mismo las maletas… pero el camino no estaba hecho para los tacones y, cuando Lily perdió el equilibrio, él la sujetó con una mano. Estaban muy cerca y su corazón latía violentamente. Era como la noche de gala, cuando estaban bailando. Gage era tan sólido, tan masculino. Le gustaría apretarse contra él, dejarse ir, descubrir por fin lo que era el placer sexual con un hombre.

Lily se apartó, nerviosa, respirando agitadamente. Cuando lo tocaba se olvidaba de todo salvo del deseo que sentía por él. Gage era el último hombre en la tierra con el que tendría una relación pero algo, probablemente su innegable atractivo, la afectaba más de lo que era aconsejable.

Era algo elemental, primitivo y absurdo.

–Lo siento –murmuró.

–Ten cuidado –le advirtió él.

Su voz sonaba más ronca de lo normal y Lily se dio cuenta de que también lo afectaba su proximidad. Y eso no solucionaba nada, al contrario.

Nerviosa, empezó a jugar con el anillo de compromiso, recordándose a sí misma por qué no podía tener una relación con Gage o con cualquier otro

hombre. No quería ser de nadie. No quería que nadie la controlara o manipulara sus emociones. Había visto lo que el amor podía hacer, lo que exigía de uno, y no era algo que estuviera dispuesta a entregar.

Lo siguió sin decir nada, con mucho cuidado para no volver a tropezar, hasta que llegaron a la casa, construida sobre cuatro pilones de madera, directamente en el mar.

La tradicional arquitectura tailandesa había sido mezclada con un toque de modernidad y el porche que daba la vuelta a la edificación ofrecía una panorámica de 360 grados. Parecía rústica pero Lily sabía que tendría todas las comodidades, algunas reservadas sólo a los mortales más poderosos.

–Me encanta.

–A mí también me gusta. Yo mismo la diseñé.

–¿Ah, sí?

Gage se encogió de hombros.

–La arquitectura era lo que me interesaba cuando decidí ser constructor. Me gusta construir hoteles funcionales y hermosos que se mezclen con el paisaje.

–Tienes que decir esas cosas públicamente, Gage.

Ahora sabía algo sobre él y él sabía algo sobre ella. Y eso provocó una extraña opresión en su pecho.

–Entonces tu trabajo sería demasiado fácil.

Lily puso los ojos en blanco.

–Ah, claro, y eso no puede ser.

El interior de la casa era precioso, la decoración sencilla y tradicional, con una paleta de colores claros que hacía que la vista se concentrase en el exterior, en los vívidos colores de la playa y el mar, con los que ninguna construcción humana podría rivalizar.

El salón estaba unido a la cocina y, como había imaginado, esta última contenía todos los electrodomésticos necesarios.

–¿Dónde está mi habitación? –le preguntó, desesperada por tener un poco de espacio.

–Por aquí –dijo él, señalando un arco en el salón.

No había puerta, sólo una pared inteligentemente colocada para que la cama no se viera desde el salón. El dormitorio tenía un cuarto de baño enorme, pero sólo privado en parte porque tampoco tenía puerta.

–¿En esta casa no hay puertas?

–No, eso comprometería la integridad del edificio.

–Compromete la decencia –replicó Lily.

–Prometo que me quedaré en mi zona y no pasaré por aquí.

–Mira, yo vivo sola por una razón. No me sentiría cómoda aquí, me gusta la privacidad.

–Lo entiendo.

Y era cierto, entendía su deseo de privacidad. Haber vivido con su hermana durante ocho años había limitado seriamente la suya, dictando lo que podía o no podía hacer en casa. Por supuesto, ahora que Maddy no vivía con él podía llevar

mujeres a su apartamento, pero se había acostumbrado a los hoteles cuando quería sexo.

Y ahora que tenía la privacidad que necesitaba, la casa a veces le parecía solitaria, pero no quería compartirla con nadie. No quería que ninguna mujer dejara su cepillo de dientes en el cuarto de baño. Era un compromiso que no deseaba. No tenía nada que ofrecerle a una mujer salvo el mutuo deseo de pasarlo bien en el dormitorio.

Aunque Lily no lo molestaba en absoluto. Claro que Lily no era su amante.

–Yo también vivo solo.

–Necesito darme una ducha –dijo ella abruptamente.

Gage no pudo evitar imaginarla desnuda, el pelo mojado cayendo por su espalda… y de inmediato sintió que su cuerpo despertaba a la vida. Tal vez no iba a ser tan fácil convivir con ella, pensó, si quería que su relación siguiera siendo exclusivamente profesional. Le resultaba un poco feo acostarse con una mujer a la que pagaba un sueldo, pero la decencia empezaba a parecerle cada vez menos importante.

Y Lily no sería un pasatiempo, pensó, viendo que se ponía colorada. No, sería mucho más que eso. A pesar de su aire de confianza en la oficina, sólo hacía falta un roce, un comentario con doble sentido para que su confianza despareciera. O se ponía tensa o se apartaba y se ponía colorada como una cría. Y él no quería lidiar con eso. No podía hacerlo. Él no quería amor ni matrimonio.

Su carrera era demasiado importante y la había retrasado durante ocho años. No lo haría otra vez, por nadie. Maddy y él habían sido algo secundario en casa de sus padres, para quienes sus carreras eran lo más importante, y él no quería hacerle lo mismo a otra persona. No obligaría a nadie a preguntarse qué podía hacer para llamar su atención, para despertar su interés.

De modo que el matrimonio no era una opción para él.

–Nos veremos a la hora de la cena –le dijo, con voz ronca.

Lily asintió con la cabeza.

–Muy bien.

Gage se dio la vuelta, luchando contra el deseo de abrazarla y besarla, de descubrir si le devolvía el beso o se apartaba.

La deseaba más de lo que recordaba haber deseado a ninguna otra mujer. Daba igual que supiera que era la mujer equivocada para él, su cuerpo la deseaba.

Intentó imaginar a Penny, la última de una larga lista de conquistas, de la que se había despedido unos meses antes. Pero no podía hacerlo. La única mujer a la que deseaba era Lily.

Cuando Lily apareció de nuevo una hora más tarde iba ataviada como solía hacerlo. Había vuelto a sujetarse el pelo en un moño, su carmín era de un rosa pálido, a juego con el color de sus uñas… y sus zapatos de tacón.

Su interminable colección de zapatos nunca dejaría de fascinarlo. La ropa que llevaba al trabajo siempre era de colores neutros, negra, marrón o beis, pero

llevaba un arco iris en los pies. Él había salido con otras mujeres que llevaban zapatos originales, pero siempre combinados con joyas y vestidos llamativos. Lily sabía vestir y con una figura como la suya todo le quedaba bien.

–Tengo hambre –anunció.

–Servirán la cena enseguida.

–Pensé que íbamos a reunirnos con el consejo de administración.

–Mañana –dijo Gage–. Acaban de llegar y quieren descansar en sus habitaciones… y yo no he querido insistir.

–Ah, qué considerado por tu parte –dijo ella, burlona–. Aunque de haber sabido que íbamos a cenar aquí no me habría arreglado –parecía enfadada pero seguramente no era por su atuendo, sino por estar a solas con él.

–Yo creo que te habrías arreglado de todas formas –dijo Gage. Incluso se habría puesto otra capa de ropa. Estaba claro que no era inmune, que también ella sentía esa atracción. Y también estaba claro que pensaba luchar contra ella con todas sus fuerzas.

–Bueno, supongo que si cenamos juntos es en cierto modo una cena de trabajo.

–No, no es una cena de trabajo –la contradijo Gage.

–Si estuviéramos en un restaurante, me quedaría con la cuenta y la incluiría en mi lista de gastos.

Era un reto y Gage lo sabía. Lo deseaba pero no iba a dejarse llevar y estaba dejándoselo bien claro.

Le encantaría soltar su pelo de nuevo, acariciar los suaves mechones y desabrochar los botones de su blusa…

No debería, pero la tentación que representaba era casi imposible de resistir. Ya ni siquiera quería hacerlo.

–Siéntate, Lily.

Ella se sentó en el sofá mientras Gage sacaba una botella de pinot gris y dos copas.

Unos minutos después, una camarera apareció con un carrito que dejó frente al sofá. En él había una variedad de pescados, ensaladas y platos de arroz y durante unos minutos cenaron en silencio. Otra sorpresa, ya que era raro que Lily permaneciese callada. Siempre se le ocurría algún comentario irónico y ésa era otra de las cosas que le gustaban de ella.

Pero aunque solía llenar los silencios, apenas habían tenido conversaciones personales. Sólo hablaban de trabajo, que era como a él le gustaba. Le había sorprendido que le contara que vivía frente al mar y enseguida se había dado cuenta de que lamentaba habérselo contado.

No debería importarle si vivía frente al mar y, sin embargo, le importaba.

Era fácil mirar a Lily y ver a una persona unidimensional, casi un accesorio en su vida, y estaba seguro de que también ella lo veía así en cierto modo. Ninguno de los dos había intentando nunca conectar. No veía para qué, sería absurdo. Cuando estaba en el trabajo, estaba en el trabajo, cuando estaba con una mujer, quería disfrutar. Sólo Maddy y algún amigo íntimo lo conocían bien.

Pero, de repente, parecía haber un cambio en su relación con Lily.

«Es porque quieres verla desnuda».

Eso era todo. El sexo estaba nublando su buen juicio y aunque generalmente solía pensar que estaba por encima de eso dada su experiencia, Lily era extremadamente excitante y una parte de él, la parte que había bajo el cinturón evidentemente, quería explorar aquella nueva situación. Mientras otra parte, la del cerebro y el sentido común, le decía que no hiciera nada.

–¿Has hablado con Maddy? –le preguntó ella mientras tomaba un sorbo de vino.

–Hemos hablado mientras tú te duchabas –respondió él–. Lo está pasando bien en Suiza, sin fotógrafos.

–Siento mucho que tenga que pasar por todo esto. No es justo. Si una mujer tiene relaciones sexuales con un hombre, él lo utiliza contra ella. Y si lo rechaza, sigue encontrando la manera de usarlo contra ella.

–No te gustan mucho los hombres, ¿no?

–Me gustan los hombres a los que conozco personalmente. El hombre como especie… a veces no me cae muy bien. O, más específicamente, las tradiciones culturales que les permiten hacer cosas que a una mujer no le perdonarían nunca.

–¿Hablas por experiencia?

Lily pasó la mano por el borde de la copa. Lo hizo de una manera tan sensual que Gage sintió el impacto en la entrepierna. Irónico e inapropiado considerando el tema de conversación. Pero él era un hombre y ella era una mujer.

–Nada que ver con lo que Maddy está sufriendo, pero sé lo que es que un hombre suponga lo que no debe suponer.

–¿Jeff Campbell hizo suposiciones de ese tipo?

Ella asintió con la cabeza.

–Así es. En parte me alegré de cancelar el contrato porque no quería tener otra conversación incómoda ni tener que explicarle que un amistoso saludo sólo es un amistoso saludo y no una invitación al sexo.

–A mí me llamas sexista por decir lo mismo de las mujeres con las que he trabajado.

Lily frunció el ceño.

–No hubo repercusión alguna para ti cuando despediste a tu ayudante.

–¿Crees que es agradable llegar a la oficina y encontrarte a tu ayudante desnuda? ¿Y si hubiera sido al revés?

–Sí, lo sé, tanto los hombres como las mujeres pueden ser horribles, pero lo que te pasó a ti no ocurre normalmente. Lamentablemente, lo contrario ocurre a menudo –dijo ella–. Pero estábamos hablando de Maddy…

–Vino a vivir a mi casa cuando tenía diez años. Mis padres no podían cuidar de ella, así que lo hice yo. Estuvo conmigo hasta hace cuatro años, cuando se fue a la universidad.

–¿Tú la has criado?

–Sí –respondió Gage–. Bueno, más o menos. Entonces tenía veinticinco años y no sabía cómo hacerlo, pero no tuve más remedio. Sé que no fui el mejor sustituto de unos padres, pero hice lo que pude. El chico que la llevó al baile de graduación tenía bien claro que no podía tocarla o se le caería el pelo, por ejemplo. Una increíble cantidad de jóvenes pierden la virginidad en el baile de graduación, ¿lo sabías?

Era raro oír a Gage hablando así, como un padre preocupado. Siempre había pensado que era un poco frívolo, un tipo sin preocupaciones serias aparte del trabajo, la clase de hombre poderoso que sabía que nadie lo miraría con desprecio por hacer cosas que otros hombres no podían hacer.

Pero, como esa reserva natural que aún no había compartido con el público, había mucho más en Gage Forrester de lo que se veía a simple vista. Había criado a su hermana, había estado a su lado cuando más lo necesitaba.

–Maddy volvió a casa a las diez esa noche –siguió Gage.

–¿Eso significa que a su cita no se le cayó el pelo?

–Si le hubiera hecho algo, no habría vivido para contarlo.

–¿Vas a matar a Callahan también?

–Podría ser. Quiero mucho a Maddy y pensar en lo que le está haciendo sufrir ese canalla hace que me hierva la sangre.

–Lo entiendo. En cierto modo eres más un padre que un hermano para ella.

Lily sentía que sus defensas se debilitaban poco a poco. Si no fuera más que un playboy sin corazón, sería fácil olvidar la atracción que sentía por él. Pero también era una buena persona, una persona responsable. Siempre le había gustado Gage, pero ahora le gustaba más y eso complicaba las cosas de una manera extraordinaria.

Nerviosa, tomó otro sobro de vino, pero enseguida se dio cuenta de que fortificarse con alcohol no era la mejor idea.

–Estoy cansada… debe de ser la diferencia horaria –le dijo–. Debería irme a la cama.

Gage asintió.

–Buenas noches, Lily.

Más tarde, en la cama, mientras intentaba conciliar el sueño, no podía dejar de escuchar su voz ronca dándole las buenas noches. Y era demasiado fácil imaginar que estaba a su lado, abrazándola.

Lily se abrazó a la almohada, intentando contener esa extraña sensación de vacío. Un vacío que, aparentemente, sólo Gage podría llenar.

Capítulo 6

EL DESAYUNO con el consejo de administración fue relativamente agradable. Eran hombres de negocios y no esperaban que Gage y ella intercambiaran gestos de afecto, pero sí querían saber cómo les iba a afectar el escándalo de Maddy.

–En absoluto –dijo Lily–. El incidente apenas ha interesado a los medios internacionales porque William Callahan no es famoso en el mundo entero. Además, hemos decidido publicitar la reserva natural que Gage ha creado en Koh Samui.

–Los cínicos podrían decir que he comprado esas tierras para no tener competencia –le dijo Gage cuando los miembros del consejo se fueron a jugar al golf.

–Sí, es posible –asintió ella–. Pero tus motivos no son lo importante.

–¿De verdad lo crees?

–En este contexto, sí. Pueden especular sobre tus motivos, pero lo importante es que lo has hecho. Al menos, así lo verán los que están preocupados por el impacto medioambiental.

–¿Te apetece dar un paseo?

Lily levantó las cejas.

–¿No tenemos trabajo que hacer?

–No, hoy no. He pensado llevarte a ver la isla. La idea de este resort es aprovechar la belleza natural de Tailandia, por eso no he construido un campo de golf ni hay bares en la playa. Y sería buena idea que te familiarizas con el hotel, ¿no crees?

–Ah, ya veo. Utilizas mi trabajo en contra mía, no tienes vergüenza.

–Podría ser –asintió Gage, burlón.

Los dos se quedaron en silencio y cuando Lily se pasó la lengua por los labios notó que él seguía el movimiento con los ojos. Que pudiera afectarlo de ese modo le daba una sensación de poder que no había sentido nunca. Ella no tenía experiencia mientras Gage se había acostado con la mitad de la guía telefónica…

Pero no lo estaba imaginando, también Gage lo sentía, estaba segura.

Apartando la mirada, intentó respirar con normalidad y pensar con cierta lógica. Eran adultos y eso significaba que la atracción sólo podía terminar en un sitio: en la cama. Muy bien para la mayoría de la gente, pero ella tenía menos experiencia que la mayoría de la gente y Gage era un hombre de treinta y siete años con toda la experiencia del mundo. Era una combinación incongruente, absurda.

–Lleva un bañador –dijo él, rompiendo el silencio por fin.

–No he traído bañador.

–¿No has traído bañador a una isla?

–Es un viaje de trabajo.

–Yo creo que es algo más que eso –dijo Gage, bajando la voz.

Lily negó con la cabeza.

–No digas eso. No hables de ello.

–¿Porque si no hablamos de ello no lo sentiremos?

–Porque es una estupidez. Trabajamos juntos.

Ni siquiera fingió no saber de lo que hablaba. ¿Para qué?

Por mucho que quisiera negarlo, había una atracción entre ellos. Una atracción que, si era sincera consigo misma, había estado ahí desde el primer día. Gage la afectaba como no la había afectado ningún hombre y no era algo con lo que estuviera preparada para lidiar.

–La verdad es que no tengo costumbre de nadar –dijo por fin.

–¿Entonces voy a tener que tirarme al mar para salvarte la vida?

–Sé nadar, pero no lo hago a menudo.

Gage esbozó una sonrisa.

–Le pediré a alguien del hotel que te consiga un bañador. Lo pasarás bien, en serio.

El viaje en barco por el sur de Koh Samui fue increíble. El agua era absolutamente transparente, los peces que nadaban cerca de la embarcación visibles desde la cubierta.

Lily consiguió relajarse, incluso delante de Gage, lo cual era extraño. Pero el paisaje era tan precioso y el mar estaba tan en calma que, sencillamente, era imposible no sentirse en paz.

Ni siquiera el biquini la ponía nerviosa. Claro que iba tapada con una camiseta y un pantalón corto.

No solía usar biquini, sino bañador, al menos desde los dieciséis años. El novio que tenía su madre entonces pareció pensar que eso era una invitación… afortunadamente, era más un imbécil que un canalla. Pero el recuerdo de un beso que olía a alcohol le había dejado claro que a veces los hombres veían invitaciones donde no las había.

No creía que Gage intentara aprovecharse, por supuesto. Él nunca haría algo así, pero el biquini era su mayor preocupación. Sin su ropa, que era como una barrera, temía olvidar que no podía dejarse llevar por la atracción que sentían.

«Así que no lo olvides».

Gage llevó el yate hasta una cala rodeada de rocas que creaban una barrera natural. El agua era cristalina allí también, Lily podía ver puntitos plateados nadando de un lado a otro.

–Ahora entiendo que hicieras el resort aquí –le dijo.

–Visité Tailandia por primera vez cuando estaba en la universidad y supe entonces que quería hacer algo aquí, pero estaba esperando el momento adecuado.

–¿Tú levantaste solo el negocio?

–Empecé con casas residenciales que reformaba, luego encontré una parcela que subdividí para hacer apartamentos y ése fue el principio. Después, empecé a buscar inversores.

–¿Y los hoteles?

–Son más ventajosos que los pisos. La industria es más estable porque hay mucha gente que sigue yendo de vacaciones haya crisis o no.

Era un buen razonamiento, el mismo que ella había hecho antes de abrir la agencia. No lo había hecho porque amase las relaciones públicas, sino porque se le daba bien y ganaba dinero. Así conseguía poner toda la distancia posible entre ella y la Lily que había dejado en Kansas.

–¿Y tú? –le preguntó Gage–. ¿También abriste tu negocio sola?

–Así es.

–¿Sin ayuda de nadie?

–Sin ayuda de nadie. Nadie en mi familia hubiera sabido cómo ayudarme… bueno, no es que tenga mucha familia, sólo mi madre y el hombre de turno.

Eso era más de lo que había pensado compartir con él. ¿Cómo lo hacía?, se preguntó. Tenía una manera de hacer que le desnudara su alma sin que ella se diera cuenta, de saberse comprendida cuando nunca antes lo había deseado.

–Hay que ser muy trabajador y muy decidido para llegar arriba sin ayuda de nadie –dijo Gage.

–Sí, lo sé –asintió Lily–. ¿Por qué no te ayudó a ti tu familia? Tus padres tienen dinero.

–Yo no habría aceptado su dinero después de lo que le hicieron a Maddy –respondió él, con un brillo de furia en los ojos.

Gage Forrester era mucho más de lo que había pensado. Lo creía un playboy frívolo y despreocupado… ¿de verdad era así como lo había visto sólo una semana antes? Siempre había intuido cierta intensidad en él y había pensado que era simple ambición. Pero era más, mucho más.

–Al menos Maddy te tenía a ti.

No había habido nadie para ella. Su madre estaba demasiado ocupada con su vida de telenovela y, desde luego, no había tenido un aliado en ninguno de los hombres con los que compartía su vida.

Entonces experimentó un extraño anhelo… ¿cómo sería tener a alguien que la apoyase, que estuviera a su lado pasara lo que pasara? Alguien a quien importase más que nada, que hiciera sacrificios por ella como Gage los había hecho por Maddy.

Pero no había nadie y ella no quería a nadie, se dijo a sí misma. Eso era lo que había hecho débil a su madre: la necesidad de tener un hombre a su lado. Necesitaba compañía, drama, peleas y sexo para sentirse viva. Lily se sentía viva por sí misma. Se empujaba a sí misma, se animaba, se hacía compañía. Si hacía algo que la defraudase, no tenía a nadie más a quien culpar.

Normalmente, esos pensamientos la fortalecían, pero en aquel momento… la hacían sentir sola. Había dejado de soñar con un gran amor tanto tiempo atrás que no sabía que aún tuviera aquel anhelo enterrado en alguna parte.

–Sí, claro que me tenía a mí –la voz de Gage interrumpió sus pensamientos–. Nunca la hubiera dejado sola.

«Qué suerte», pensó Lily.

–Vamos a nadar un rato –dijo entonces.

Lo había dicho sin pensar, para olvidar aquel extraño anhelo. Pero no quería estar en biquini delante de Gage. Valoraba mucho su imagen, el escudo que colocaba frente a ella todos los días, pero si no se apartaba de Gage, corría el peligro de hacer algo mucho más estúpido.

–Pensé que no te gustaba nadar.

–El agua es demasiado irresistible.

Después de echar el ancla, Gage se quitó la camiseta y Lily se quedó boquiabierta. Con traje de chaqueta era un hombre increíblemente atractivo, pero con esos vaqueros bajos de cadera revelando una línea de vello que se perdía bajo la cinturilla y el torso desnudo era una fiesta para los sentidos.

Tanto que tuvo que apartar la mirada.

Tenía un torso ancho y fuerte, de pectorales y abdominales marcados, cubierto de un suave vello oscuro…

Ella vivía frente al mar y veía hombres en bañador todos los días. Incluso le gustaba mirarlos, pero nunca había sido incapaz de apartar la mirada.

Ahora de verdad necesitaba lanzarse al agua y esperaba que estuviera lo bastante fresca como para sacarla de aquel absurdo estupor.

Cuando Gage empezó a desabrochar sus vaqueros, el provocativo gesto la devolvió a la realidad.

–¿Qué haces?

Él esbozó una sonrisa mientras se bajaba el pantalón… para revelar el bañador que llevaba debajo.

Sin pensar, Lily se quitó la camiseta y el pantalón, tirándolos sobre la cubierta y Gage la miró de arriba abajo con una expresión que debía de ser muy parecida a la suya.

No, él no parecía sorprendido. Al contrario, parecía saber muy bien lo que quería y cómo conseguirlo.

Lily habría dado cualquier cosa por tener esa seguridad, esa confianza, por creer que podía tener lo que quería.

Las barreras que ella misma se había impuesto nunca habían sido un problema; sencillamente, estaba trabajando para conseguir sus objetivos y haciendo todo lo posible para poner kilómetros de distancia entre ella y su pasado.

Pero ahora, por primera vez, empezaba a preguntarse si se habría perdido algo en el camino.

Una parte de ella querría decirle que no solía usar biquini pero otra parte, la más cabezota, se negaba a hacerle ver que se sentía incómoda a solas con un hombre en un paraíso tropical, llevando apenas un trocito de tela que cubría lo más imprescindible.

En lugar de eso, se soltó el pelo, dejando que cayera sobre sus hombros mientras se dirigía a la escalerilla.

Podía sentir los ojos de Gage clavados en ella, el calor de su mirada como una caricia. Sintió un escalofrío y supo, sin tener que mirar, que sus pezones se

marcaban bajo la tela.

Estaba en la escalerilla cuando Gage se lanzó al agua de cabeza.

–Estoy impresionada –le dijo cuando apareció a su lado, riendo.

–Yo también –dijo él, sin molestarse en disimular su admiración.

Lily apartó la mirada, avergonzada. Los hombres le habían dicho piropos desde que estaba en el instituto y su inmediata respuesta había sido siempre una frase que los desanimara.

Siempre estaba a la defensiva, pero aquello era diferente. Le gustaba que la mirase así, como si los dos estuvieran atrapados por esa atracción, incapaces de escapar. Tenía la sensación de conocer los pensamientos de Gage.

Lily se metió en el agua pero no soltó la escalerilla.

–Sabes nadar, ¿no?

–Sí, claro. Pero hace mucho que no lo hago.

Gage tocó el anillo de compromiso en su dedo.

–No lo pierdas. No quiero tener que enviar a un equipo de buzos a buscarlo.

Ella miró su mano. Había olvidado el anillo.

–Puedo dejarlo arriba.

–Espera, yo lo haré.

Gage le quitó el anillo y subió rápidamente a cubierta.

Mientras esperaba, Lily flexionó los dedos. Curiosamente, cuando le puso el anillo le pareció que sería una carga, una molestia. Ahora lo echaba de menos, como si le faltara algo. Una ironía que no le hacía ninguna gracia.

–¿Puedes ir nadando hasta la playa? –le preguntó Gage, en el agua de nuevo.

–Sí, creo que sí.

–A ver quién llega antes Lily tuvo que sonreír.

–Me conoces demasiado bien. Sabes que no puedo resistirme a un reto.

Riendo, Gage empezó a nadar hacia la playa y ella lo siguió, buceando para ir más rápido. Pero cuando por fin sacó la cabeza para buscar aire, Gage ya estaba en la playa, tumbado sobre la arena.

–Te has aprovechado, estoy desentrenada.

–Ah, entonces no deberías haber aceptado el reto.

–Yo siempre acepto los retos.

–Por eso pierdes algunos.

Haciendo una mueca, Lily se sentó sobre la arena, a su lado.

Gage tenía problemas para respirar, pero no era por el ejercicio, sino por la mujer que estaba a su lado. Había visto a Lily dispuesta a lidiar con la prensa y vestida para una gala, pero nunca la había visto así, con el pelo mojado cayendo por su espalda. No llevaba maquillaje y vio que tenía pecas en la nariz y en los pómulos. Parecía otra persona.

Y luego estaba su cuerpo, un cuerpo que lo había inspirado a lanzarse de cabeza al agua para que no pudiera ver la reacción que provocaba en él. Sus curvas eran siempre excitantes, pero bajo ese biquini rojo eran sencillamente irresistibles.

Sus pálidos pechos, altos y firmes, los pezones marcados bajo la tela mojada,

sus largas piernas desnudas… más perfectas de lo que había imaginado, lo tenían más excitado que nunca. La deseaba y todas las razones por las que se había dicho a sí mismo que no podía tenerla habían dejado de ser importantes.

Ella se echó hacia atrás, apoyando los codos en la arena.

–Debería tomarme unas vacaciones o ir a la playa de vez en cuando. Tú tienes tiempo para pasarlo bien y trabajas tanto como yo.

–Viví ocho años sin mucha vida personal y he aprendido a encontrar tiempo para pasarlo bien –dijo Gage.

–Yo necesito hacerlo. Antes de venir a Tailandia no me daba cuenta, pero ahora que estoy aquí…

Lily se puso de lado y el corazón de Gage dio un salto. En esa postura, sus pechos estaban a punto de salirse del biquini, pero ella no parecía darse cuenta.

Lily no era ingenua pero parecía totalmente inconsciente del poder que podía tener sobre un hombre. Del poder que tenía sobre él en ese momento.

–Yo creo que… mi vida está concentrada exclusivamente en el trabajo. Y me encanta, pero nunca salgo con nadie.

–No me lo creo.

–Bueno, he salido con algunos chicos –dijo Lily–. De hecho, últimamente he tenido una serie de desastrosas citas con hombres a los que mis amigas querían que conociera.

–¿Por qué sales con ellos? ¿Por qué que no sales con alguien que te guste a ti?

Lily soltó una carcajada.

–Para eso tendría que salir de mi casa o de la oficina en alguna ocasión.

–Podrías tener al hombre que quisieras –murmuró Gage.

El brillo de sus ojos oscuros lo excitaba como nunca.

–Nunca he deseado a ningún hombre.

–Me deseas a mí –dijo él. No tenía sentido seguir negándolo.

–Yo… a veces creo que sí –susurró Lily.

Pero enseguida apartó la mirada. Era raro verla tan insegura, tan vulnerable. Le gustaría que se mostrase más confiada, que le demostrase con algún gesto que estaba dispuesta a tener una aventura.

Pero no era así y eso hacía que quisiera abrazarla, protegerla, apretarla contra su pecho hasta que se relajase.

Conteniendo el aliento y sin pensar en las consecuencias, Gage inclinó la cabeza para buscar sus labios y esperó para ver cuál era su reacción. No era su estilo, pero Lily no se parecía nada a las mujeres con las que solía salir.

Ella lo miró con expresión insegura y Gage la besó de nuevo, de manera más insistente esta vez, acariciando sus caderas. Cuando deslizó la mano hasta sus nalgas ella dejó escapar un gemido y Gage aprovechó para apoderarse de su boca.

Lily puso las manos sobre sus bíceps mientras él besaba el pulso que latía en su garganta… pero luego capturó su boca de nuevo, empujándola hacia él hasta que casi estuvo encima de su cuerpo, los muslos femeninos apretando su

erección, la presión un placer y una tortura al mismo tiempo.

–Gage… –Lily apoyó la cabeza en su pecho, su corazón latiendo con tal fuerza que hasta él podía sentirlo–. ¿Cómo lo haces?

Gage rió, el persistente dolor en la entrepierna recordándole que aquello no había terminado.

–¿Hacer qué?

–Me haces olvidar que esto no puede ser. Me haces olvidar que he decidido que esto no pasara… no puedo pensar en nada cuando me besas.

–Eso está bien.

–No, no está bien. No sé lo que es…

Lily se apartó entonces para levantarse con piernas temblorosas. Se sentía mareada, como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Nunca la habían besado así, nunca nadie la había hecho olvidar quién era y dónde estaba.

Normalmente, cuando algún hombre la besaba sólo podía pensar en cómo iba a decirle que no cuando le preguntase si podía subir a su casa a «tomar un café». Pero tenía la impresión de que Gage podría haberle quitado el biquini y no se habría dado ni cuenta. Ni se habría enfadado. De hecho, tenía la sensación de que habría disfrutado tanto de sus caricias que habrían terminado haciendo algo que los dos lamentarían.

–Ya hemos dejado claro que a ninguno de los dos le gustan las cosas serias y eso significa que, si nos acostáramos juntos, sólo sería una aventura.

Gage se levantó, su erección marcada bajo el bañador. Lily intentó valientemente no mirar, pero fracasó. Nunca había visto algo así y era una tentación.

Y no necesitaba que la tentase. No necesitaba perder la cabeza.

–Así son todas mis relaciones, Lily.

–¿Y mi trabajo?

–Tu trabajo no está en peligro en ningún caso.

–Entonces, supongo que la cuestión es si yo me conformaría con tener una aventura.

–¿Crees que podrías querer algo más?

–No, no quiero nada más. Me gusta mi vida como es pero… –Lily había visto llorar a su madre cuando algún hombre no la llamaba, peleándose cuando la engañaban, gritando cuando rompían con ella.

Y se había esforzado tanto por no ser como su madre…

Había evitado las relaciones por miedo pero sabía que olvidaría todo eso si tenía una relación con Gage.

El sexo parecía ejercer un extraño efecto sobre las mujeres; un efecto que iba más allá del simple placer físico. Y ella no quería estar sometida a eso.

–¿Te preocupa que nos resulte incómodo trabajar juntos? –le preguntó Gage.

–Sí –respondió ella. Entre otras cosas–. Mi trabajo es muy importante para mí y no tengo intención de comprometerlo por una simple aventura.

Gage levantó una mano para acariciar su cara.

–Sería una aventura muy interesante.

Ella cerró los ojos, intentando controlar los latidos de su corazón.

–Estoy segura.

El deseo libraba una batalla contra el sentido común. Lo deseaba, pero tenía miedo. Miedo de que el deseo que sentía por él fuera superior a ella. Miedo de perder el control, de entregarle algo que se había ganado con mucho esfuerzo.

Pero eso no la había preocupado mientras estaba besándola. Entonces no le había preocupado nada.

Sentía como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de lanzarse al agua sin saber lo profunda que era. Si daba un paso atrás, nunca sabría lo que era, pero todo volvería a la normalidad, a la vida que ella conocía. O podía saltar sin saber lo que iba a pasar, sin saber si sobreviviría.

–No puedo… –dijo por fin. Era demasiado. La hacía sentir demasiado.

Había un brillo de frustración en sus ojos azules, pero Gage tomó su cara entre las manos con ternura.

–Si cambias de opinión, siempre puedes venir a mí –le dijo, con voz ronca–. Pero tendrás que venir a mí, Lily. Yo no fuerzo mis atenciones en mujeres que no las desean.

Luego se lanzó al agua y empezó a nadar hacia el barco y ella experimentó una abrumadora sensación de tristeza. Casi desearía que la hubiera seducido…

Ahora todo dependía de ella y sabía que nunca encontraría valor. Y lo odiaba. Odiaba ser tan débil; una debilidad que había podido ignorar o negar hasta que conoció a Gage. Una debilidad que aún tenía miedo de intentar superar.

Capítulo 7

LILY desapareció en su habitación cuando llegaron a la casa y reapareció dos horas después con el escudo puesto. Llevaba el pelo perfectamente peinado, el maquillaje ocultando sus pecas.

–¿Algún plan para esta noche? –le preguntó, sus tacones repiqueteando sobre el suelo de madera.

–Vamos a invitar a los miembros del consejo a una tradicional cena en la playa… con el baile tradicional.

–Ah, qué bien. ¿También lo harás para los clientes habituales?

Gage asintió con la cabeza.

–Sí, claro. La primera vez que visité Tailandia venía con unos amigos y no teníamos dinero. Vinimos con mochilas y comíamos en los mercados callejeros… quiero llevar ese elemento al resort. Lujo pero con la posibilidad de vivir la cultura del país.

Lily apretó los labios.

–Vamos a poner eso en el folleto digas lo que digas. No entiendo por qué no quieres contarle al público las cosas buenas que haces.

Gage dejó escapar un suspiro.

–Como tú misma dices, se llama vida privada por algo. No tiene sentido compartir mi vida privada con la prensa y no le cuento a nadie que yo crié a Maddy porque temo avergonzarla. Ella cree que no merecía el cariño de mis padres y no pienso contarle al público las circunstancias de su vida, no sería justo para ella.

–¿Y lo de la reserva natural o tu respeto por la cultura tailandesa?

–Es algo personal.

–Pero no lo es en realidad. Tiene que ver con tu negocio, con tu imagen. ¿Por qué no decirle a todo el mundo que eres una persona decente?

Gage soltó una carcajada.

–Mis padres hacían tantas donaciones benéficas que eran considerados la pareja más generosa de San Diego. Hay placas con sus nombres en hospitales y colegios… pero eso no los convierte en buenas personas.

Gage sabía mejor que nadie que la imagen pública y la privada eran dos cosas bien diferentes. Sus padres, por ejemplo, eran las personas más egocéntricas del mundo… incluso más que algunas de sus antiguas amantes.

Los grandes gestos significaban muy poco cuando lo único que había detrás era un deseo de publicidad. Él había trabajado sin descanso para levantar su negocio, decidido a impresionar a sus padres… pero ellos nunca le habían prestado la menor atención.

Había ganado su primer millón, sus primeros dos millones, y aun así esperó hasta que, por fin, dejó de importarle. Probablemente fue el día que Maddy lo llamó para decir que llevaba tres días sin comer, no porque sus padres fueran pobres, sino porque estaban tan ocupados con sus vidas que ninguno de los dos

se había molestado en recordar que tenían una hija pequeña.

–Que mis padres tuvieran tiempo de firmar un cheque para ser queridos por el público y conseguir así más negocios no los convierte en buenas personas. A mí no me gusta ese juego.

No sabía qué tenía Lily que le hacía contarle esas cosas tan privadas, cosas que no le contaba a nadie. Si fuera otra mujer o cualquier otra empleada, sencillamente habría dejado que pensara lo que quisiera sin darle ninguna explicación, pero no era otra mujer y tampoco era una simple empleada. Y no estaba seguro de lo que sentía al saber que no entraba en ninguna de esas categorías.

–Lo entiendo –dijo ella–. Entiendo que tus padres puedan motivar lo que haces o lo que no haces –añadió, mirándolo a los ojos por primera vez desde que se besaron en la playa–. Para mí… mi infancia también fue difícil. Las relaciones de mi madre con los hombres era lo único importante para ella. Yo odiaba verla controlada por una emoción que ella llamaba amor pero que no lo era en realidad.

–Por eso tú no tienes relaciones.

Lily asintió con la cabeza.

–Por eso no tengo relaciones. No quiero convertirme en mi madre, no quiero que nadie controle mi vida de esa manera.

–Yo no intentaría controlarte –dijo Gage–. No me gustan las relaciones tóxicas. Las mujeres con las que salgo son libres para hacer lo que quieran. No tengo intención de forzar a nadie a vivir como yo quiero porque no tengo intención de añadir a nadie a mi vida de manera permanente.

Lily se mordió los labios. Sentía la tentación de aceptar su oferta. Había salido de su dormitorio con el escudo puesto, decidida a resistirse y seguir adelante como siempre. Pero eso era imposible. Ahora lo sabía porque conocía el poder del deseo.

Desear satisfacción sexual no era lo mismo que desear a otra persona. No era sólo desear placer, era tocarlo, saborearlo, explorarlo. No era sólo desear un encuentro sexual… eso sería mucho más fácil. Era desear a un hombre específicamente, a Gage, a nadie más.

Pero el miedo no había desaparecido. Estar con él era complicado y no sólo porque fuera su jefe. Acostarse con él significaría tirar todas sus barreras, que no podría controlar todo el tiempo…

Lo sabía por el beso en la playa. Una ironía ya que siempre había pensado que cuando decidiera acostarse con un hombre su problema sería dejar de controlarlo todo.

Había imaginado que le sería imposible llegar al orgasmo porque estaría demasiado preocupada por ser vulnerable. No había anticipado que un hombre pudiera robarle el control como lo hacía Gage.

Cuando la tocaba quería rendirse, quería que la llevara en ese viaje que su cuerpo anhelaba. Y eso era aterrador.

Lily cerró los ojos y tragó saliva.

–Dame hasta después de la cena –le dijo–. Lo decidiré entonces.

Gage la miró con una expresión indescifrable.

–¿Decidir?

–Si estoy o no preparada para tener una aventura –dijo ella–. Contigo –añadió.

–Ya imagino que no te referías a uno de los miembros del consejo.

Lily rió.

–Quiero estar segura del todo. Sé cómo la gente puede darle la vuelta a las cosas, trabajo con los medios de comunicación.

Gage se echó un poco hacia delante, tan cerca que podía sentir su aliento en la cara. Lily cerró los ojos y sintió un escalofrío que empezaba en sus hombros y la recorría entera.

–Esto no es lo tuyo, ¿verdad? No estás acostumbrada a tener aventuras.

Ella abrió los ojos entonces.

–¿Eso es lo que crees?

Y era cierto. Era una virgen de veintisiete años, pero no pensaba decírselo. No quería que pensara que él era especial o que a ella le pasaba algo raro. O que iba a empezar a salivar cuando viera un anillo de diamantes. Aquello no era algo emocional para ella, era una necesidad física.

Confiaba en Gage en cierto modo, pero ésa era la única emoción. Había tenido oportunidad de observarlo con las mujeres con las que salía. No era manipulador o controlador, era sincero sobre lo que quería y cuando rompía con alguien, ambos quedaban satisfechos. Eso era todo lo que ella quería.

Y tenía que hacerlo. Tenía que controlar su vida, su cuerpo, su sexualidad. Parte de su vida había sido controlada por los actos de su madre, pero ahora sabía que debía dar un paso adelante. Era su oportunidad, si era lo bastante valiente.

–No he tenido tiempo de salir con nadie desde que empecé a trabajar para ti –le dijo, aunque no fuera toda la verdad.

–Pero no olvides que sería una aventura. Las mujeres pueden ser muy emocionales cuando se trata del sexo, y si ha pasado algún tiempo…

Lily lo miró a los ojos.

–¿Te parezco la clase de persona que no sabe lo que quiere?

–No, la verdad es que no.

–Deja que yo me preocupe por eso, te prometo que no tengo fantasías sobre el amor y los finales felices. Soy demasiado práctica. Además, sólo sería una aventura, ¿no? Seguramente se me habrá olvidado en unos meses.

Gage la miró con expresión intensa mientras la tomaba por la cintura, apretándola contra él.

–No lo olvidarás, Lily –le dijo con voz ronca, inclinándose para besarla.

Era un beso diferente al que habían compartido en la playa, lleno de fuego y de pasión. Lily abrió los labios para él, sus lenguas bailando mientras enredaba los dedos en su pelo y él apretaba sus nalgas, haciéndola sentir la dureza de su erección.

Pero entonces se apartó bruscamente, respirando de manera agitada. Y cuando lo hizo, Lily tuvo miedo de caer al suelo.

Nerviosa, se llevó una mano a los labios, que debían de estar hinchados.

–Después de cenar –dijo él–. Pero cuando lo decidas quiero que estés completamente segura.

–Sé lo que quiero –afirmó Lily, con una confianza que no sentía en realidad–. ¿Me deseas? Me refiero a mí, por lo que soy.

No sabía por qué, pero eso le parecía importante. No quería que imaginase a alguna de sus rubias modelos mientras estaba con ella en la cama, era una cuestión de orgullo.

Gage tomó su mano derecha y la puso sobre su torso para que notase los latidos de su corazón.

–¿Qué te parece?

–Creo que sí –murmuró ella.

Cuando miró hacia abajo pudo ver la marca de su deseo bajo el pantalón y tragó saliva. No había lugar para ser tímida si iba a tener una aventura con él. Gage no quería una tímida virgen en su cama, eso era evidente por el tipo de mujeres con las que salía, y por eso tendría que ser una virgen segura de sí misma, una virgen que pudiera fingir más experiencia de la que tenía. Bueno, no tenía ninguna experiencia, pero sí deseo.

Y, por eso, bajó la mano para tocar su erección. Gage echó la cabeza hacia atrás, apretando los dientes.

–Esto lo deja bien claro.

–Ten cuidado –le advirtió él–. O al final no iremos a cenar.

Lily experimentó un escalofrío de placer junto con una descarga de adrenalina. Aquél era un poder nuevo para ella, un poder que no había anticipado. Por el comportamiento de su madre en lo que se refería al sexo, había pensado que los hombres tenían todo el poder, pero ahora sabía que no era así. En aquel momento, acariciándolo, ella llevaba el control. Era ella quien lo volvía loco de deseo.

–Y eso no puede ser –logró decir, con voz temblorosa–. Estoy deseando cenar.

Gage se inclinó hacia delante para besar su cuello.

–Y yo estoy deseando probar el postre.

La luz de la hoguera y el calor del día combinado con la música lenta y seductora hacían que Lily sintiera como si estuviera bajo un hechizo. Tal vez era así, porque no sabía qué clase de embrujo la había hecho pensar que podría tener una relación sin ataduras con Gage Forrester. Pero incluso en aquel momento no tenía miedo, ni siquiera después de haber tenido tiempo para pensar en lo que significaría para ella. Lo que la haría sentir.

Lo deseaba, eso era todo.

¿Por qué su desastrosa infancia iba a impedir que tuviera lo que deseaba? Nunca se había dejado llevar por ello en otras áreas de su vida. De hecho, estaba decidida a superarlo como fuera. Pero en lo que se refería a los hombres había

dejado que la afectase.

No había ningún hombre con el que le hubiera gustado tener una oportunidad pero, si no descubría cómo era con Gage, sabía que lo lamentaría el resto de su vida.

Sería un romance de vacaciones… no, ni siquiera un romance, sólo sexo. Descubriría lo que era, satisfaría su curiosidad y seguiría adelante. Y él también.

Eran adultos, no había ninguna razón para que no se portaran como tales. Ninguna razón en absoluto.

Lily miró a Gage, recortado contra las llamas rojas de la hoguera. Era un hombre tan guapo y besaba de una manera tan apasionada, tan ardiente…

Pronto sabría cómo era sin ropa. Pronto, toda ella sería suya. Y él sería suyo.

–Creo que ésta es una inversión perfecta, señor Forrester –estaba diciendo uno de los consejeros.

–Sí, lo es –asintió Lily–. Y lo que Gage está haciendo aquí es más que simple turismo. Está ofreciendo una auténtica experiencia para los clientes.

El hombre sonrió.

–No es mala idea que tu relaciones públicas endulce el trato, Forrester.

Gage se acercó un poco más, pasándole un brazo por la cintura.

–Lily tiene más integridad profesional que nadie que haya conocido nunca. Incluido yo. Nuestra relación no tiene nada que ver con el trabajo. Se la recomendaría como relaciones públicas a cualquiera.

Lily se quedó sorprendida al escuchar el halago y se lo dijo cuando los miembros del consejo estaban demasiado borrachos como para prestarles atención.

–Es cierto, eres muy buena en tu trabajo. Mi atracción por ti no tiene nada que ver con eso.

–¿Y cuando nuestra relación termine piensas despedirme?

Odiaba la inseguridad que notaba en su voz. ¿Qué le importaba a ella lo que pensara hacer? Habría otros clientes, de modo que daba igual que siguiera en Forrestation o no. Había hecho un gran trabajo para la compañía y tenía muchas pruebas de ello.

–No, en absoluto. No tendré ningún problema en seguir trabajando contigo. Sigo llevándome bien con casi todas las mujeres con las que he salido y, si no es así, suele ser culpa de ellas, no mía.

–Cuando nos vayamos de Tailandia, todo habrá terminado –dijo Lily, con más seguridad de la que sentía. Pero era vital, absolutamente necesario poner un límite a esa aventura.

–¿Quieres que firmemos un contrato? –bromeó Gage.

–No creo que sea necesario, pero tampoco veo la necesidad de llevarlo a la oficina.

–Es una negociadora muy dura, señorita Ford.

–He aprendido del mejor, señor Forrester.

Gage se inclinó para besarla en la frente.

–Deberías llevar el pelo suelto siempre. Es mucho más sexy.

Sí, iba a hacer lo que quería hacer. Lo que debía hacer, pensó Lily, mientras Gage la besaba de nuevo. Quería aquello, quería algo para sí misma, algo que no fuera sólo trabajo.

Porque no podía controlar el deseo que sentía por él. Y no quería controlarlo.

–Creo que deberíamos ir a la casa –murmuró, besando su mejilla.

–Buena idea.

Lily estaba en la habitación de Gage, mirando la enorme cama… y no se sentía tan segura como en la playa. Seguía deseándolo, pero sus inseguridades habían vuelto.

Un conjunto de ropa interior sexy habría ayudado, pensó. La ropa siempre ayudaba a meterse en el papel, a crear la imagen que quería proyectar. La usaba en el trabajo y en aquel momento necesitaba urgentemente algo que la ayudase a mostrarse como una mujer segura de sí misma.

Pero no tenía ropa interior sexy porque no había imaginado que iba a ocurrir nada.

Gage se colocó a su espalda, envolviéndola con sus brazos y besando su cuello suavemente, haciéndola sentir la evidencia de su deseo en la espalda. Una evidencia muy clara.

–Apaga la luz –le dijo en voz baja.

Él le dio la vuelta para mirarla.

–Quiero verte. He fantaseado contigo tantas veces… quiero ver tus ojos cuando llegues al clímax.

Lily sintió que le ardía la cara y sabía que estaba ruborizándose como la virgen que era.

–¿Eso te molesta? –le preguntó Gage.

–No, no… me gusta oírte hablar así –respondió ella. Y era cierto.

Oírlo decir esas cosas la ayudaba a perderse, a olvidar quién era y a abrazar el deseo que se había apoderado de ella.

–Pero me sentiría mejor con la luz apagada.

Gage levantó su barbilla con un dedo.

–¿Siempre haces el amor con la luz apagada?

Hacer el amor. Era la primera vez que lo llamaba así. Tal vez le parecía demasiado crudo decir que era sexo, tal vez era una manera caballerosa de comportarse. Pero le gustaría que no lo hiciera, que no complicase las cosas haciéndola pensar que iban a hacer el amor cuando sólo iban a tener relaciones sexuales.

–Yo… –Lily intentó decir algo que no fuera una mentira–. Prefiero la luz apagada.

Gage apagó la luz. Las ventanas estaban abiertas y la luz de la luna sobre la cama era mejor que una bombilla.

El corazón de Lily parecía a punto de salirse de su pecho cuando Gage empezó a desabrochar su camisa, que cayó al suelo un segundo después. Podía ver la forma de sus músculos a la luz de la luna y tragó saliva, con la garganta seca de repente.

–Ven aquí.

Ella dio un paso adelante, temblando de deseo y de miedo. No debería ser algo tan importante, sólo era sexo. Todo el mundo lo hacía y luego se daban la vuelta como si no hubiera pasado nada. Ella haría lo mismo.

–Bésame –le pidió, porque cuando la besaba todo tenía sentido, todo parecía estar bien.

Él no se movió, ofreciéndole una media sonrisa que podía ver a la luz de la luna; el resto de su cara escondido entre las sombras.

–Te lo dije, Lily, tú tendrás que venir a mí.

Ella contuvo el aliento mientras daba otro paso adelante y se ponía de puntillas para besarlo en los labios.

Gage capturó su boca, el beso volviéndose apasionado de inmediato. Lily le echó los brazos al cuello, dejando escapar un gemido cuando él empezó a acariciar sus pechos por encima de la blusa.

–Te he deseado desde el día que te conocí –murmuró Gage, inclinando la cabeza para besar su garganta–. Te he querido desnuda, en mi cama, ardiendo de deseo.

–Y ahora me tienes –musitó ella, las palabras escapando de su garganta antes de que pudiera analizar lo que significaban.

–Sí, es cierto.

Gage desabrochó los botones de su blusa con dedos expertos. Lo hacía parecer tan fácil, tan natural que Lily olvidó lo nerviosa que estaba.

La blusa y el sujetador desaparecieron en un segundo y Lily echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un suspiro de placer. Lo único que podía hacer era disfrutar de lo que le hacía porque no había esperanza de hacer otra cosa.

Gage inclinó la cabeza para acariciar uno de sus pezones con la lengua…

–Sabes tan bien como imaginaba –musitó.

Le quitó el pantalón y las braguitas a la vez, poniéndose de rodillas para acariciarla con la boca, sus labios y lengua haciendo maravillas en su clítoris. Lily se agarró a sus hombros, intentando no perder el equilibrio, intentando no derretirse.

La tensión empezó a nacer en su estómago, tan potente que pensó que se le iban a doblar las piernas. Respiró profundamente, intentando controlar esa insoportable sensación de placer. Sabía lo que significaba: estaba al borde del orgasmo, todo su cuerpo temblando por el esfuerzo de contenerlo mientras Gage seguía dándole placer.

Echó la cabeza hacia atrás, luchando contra la marea que amenazaba con abrumarla. La había llevado tan arriba que temía lo que pudiera pasar. Lo que podría hacer. O lo que Gage podía hacerla sentir.

–Para, por favor –musitó, porque necesitaba un momento para recuperar la cordura.

–¿No te gusta? –preguntó Gage, incorporándose para quitarse los pantalones.

Ella negó con la cabeza, sus ojos clavados en el cuerpo masculino. Nunca había visto un hombre desnudo y su cuerpo era tan diferente al suyo. Era tan

masculino, tan musculoso, su erección dura y tentadora. La asustaba desearlo tanto, pero quería tenerlo dentro de ella, lo necesitaba.

Lily se sentó en la cama, todo su cuerpo temblando por dentro y por fuera, y Gage se inclinó sobre ella para deshacer el moño, extendiendo el pelo sobre sus hombros.

–He fantaseado muchas veces con ver tu hermoso pelo sobre mi almohada, pero es más sexy de lo que había imaginado.

Lily no sabía que hubiera tanta charla durante el sexo, pero Gage sabía decir las cosas apropiadas. Sus palabras eran como caricias que la llevaban a la cima de nuevo.

Y esta vez no había nada que pudiese pararla. Era como si su cuerpo le perteneciera a él, como si sólo él pudiese controlarlo. Como si tuviera el poder de despertar la respuesta que quería.

Lily cerró los ojos, olvidando todo lo que no fuera el deseo que recorría sus venas.

–Te deseo, Gage. Te necesito –murmuró, pasan do las manos por su espalda. Su cuerpo era perfecto, todo lo que el cuerpo de un hombre debía ser. Y era todo suyo, al menos por esa noche, para explorar y tocar a placer.

Gage alargó una mano para sacar un preservativo de la mesilla y se lo puso con un rápido movimiento. Luego la besó, abriendo sus piernas suavemente para colocarse entre ellas.

Le encantaba tenerlo así, tan cerca, sintiendo su cuerpo desnudo apretado contra el de ella, pensó Lily, abriendo las piernas un poco más y esperando poder acomodarlo.

Gage puso una mano en su espalda para levantarla un poco antes de empujar…

Lily experimentó un ligero dolor, pero pasó enseguida y, de repente, se sintió completa. Tan deliciosamente completa. Nunca en su vida se había sentido así. Tenerlo dentro era una sensación increíblemente satisfactoria y creaba una necesidad que sólo él podía responder.

–¿Lily? –su voz era ronca, los tendones de su cuello marcados, una prueba de lo difícil que le resultaba mantener el control.

Ella lo besó, sintiéndolo temblar en su interior.

–Gage…

Gage se apartó antes de volver a entrar en ella y Lily se arqueó hacia él, la sensación tan exquisita que pensó que iba a romperse. Agarrándose a sus nalgas, envolvió las piernas en su cintura mientras intentaba seguir su ritmo. El clímax empezó a crecer, la tensión dentro de ella llegando a niveles que había creído imposibles.

Si la cima a la que había llegado antes la había asustado, aquélla era completamente aterradora. Todo su cuerpo temblaba, el deseo de liberarse tan increíble que no podía luchar más, no quería hacerlo. Necesitaba terminar pasara lo que pasara. No había alternativa, le había entregado el control.

–Oh, Gage, por favor… –susurró, sin saber muy bien lo que estaba pidiendo.

Él acarició sus pechos, tirando suavemente de sus pezones, la nueva estimulación lo que necesitaba para enviarla al precipicio. El dique se rompió entonces y el placer amenazó con abrumarla por completo. Se quedó inmóvil un momento, arqueando la espalda, la boca abierta para intentar recibir oxígeno mientras Gage empujaba de nuevo, con más fuerza esta vez.

Con el placer llegó una oleada de emoción que la hizo abrazarse a él, escuchando los latidos de su corazón, sus jadeos. Temblando, Lily se llevó una mano a la cara y notó que una lágrima rodaba por su mejilla.

Capítulo 8

GAGE miró las lágrimas que rodaban por su cara y se asustó.

–¿Te he hecho daño? –le preguntó, angustiado.

Nunca había estado con una virgen, pero estaba seguro de que Lily lo era. Y eso provocaba en él una extraña emoción. Una con la que nunca antes había lidiado en su vida y con la que no quería lidiar en aquel momento.

–Yo… –Lily intentó respirar–. No, no.

Gage se tumbó de lado. Necesitaba un poco de espacio, una oportunidad de recuperar la cordura.

Pero luego la tomó entre sus brazos, dejándola llorar. Todo en él le pedía que saliera corriendo, pero sabía que debía quedarse y abrazarla hasta que se hubiera calmado un poco.

Lily se apartó, pasándose una mano por los ojos hinchados. Era raro verla perder la compostura, pensó. Claro que mientras se deshacía entre sus brazos no había mantenido la compostura. Y ahora, con la nariz roja y el cabello despeinado, seguía siendo preciosa. Posiblemente más hermosa que nunca.

–No pasa nada, estoy bien.

–¿Por qué no me lo habías dicho? ¿No crees que me habría gustado saberlo? –le preguntó, la angustia que sentía haciendo que la pregunta sonara más brusca de lo que pretendía.

–No, Gage, no lo sabía. Pero mi experiencia o falta de ella no es asunto tuyo.

–Te dije que esto era algo temporal. Lily lo miró, con los ojos brillantes.

–Y yo te dije que todo habría terminado cuando nos fuéramos de Tailandia. Nada ha cambiado, no te preocupes. No te conté que era virgen porque no tiene importancia para mí –le dijo, suspirando–. Creo que debería irme a mi habitación. Esto ha sido un error.

Pero cuando iba a levantarse, Gage sujetó su brazo.

–No, vas a quedarte conmigo, en mi cama.

No sabía por qué le importaba tanto, él no era la clase de hombre que abrazaba a una mujer después de hacer el amor con ella. De hecho, solía marcharse del hotel cuando su amante se había dormido. Si ella no se iba antes.

Pero no le parecía bien haberse llevado la virginidad de Lily y dejar que durmiera sola. Gage dijo una letanía de palabrotas en su mente. No quería que le importase haber sido su primer hombre, no quería que Lily fuera diferente en ningún aspecto. Tenía razón, era su decisión. Era una mujer de veintisiete años, no una cría a la que hubiera seducido.

–Estaría más cómoda en mi habitación.

–Una pena porque la cláusula cinco de nuestro contrato dice que compartiremos cama siempre que hagamos el amor.

–No recuerdo haber aprobado esa cláusula –bromeó Lily.

–Y yo no recuerdo que tú dijeras nada sobre ser virgen.

–Ya te he dicho que no tiene importancia.

Gage dejó escapar un suspiro de exasperación.

–Sí importa, Lily. No sabías lo que ibas a sentir, no sabías que llorarías.

Ella se encogió de hombros.

–Son lágrimas de alivio, de liberación… no lo sé. Pero no voy a mentir, ha sido un orgasmo fantástico.

Gage notó que apartaba la mirada mientras lo decía.

–Lo último que quiero es hacerte daño, pero no puedo darte más de lo que te he ofrecido.

–En serio, no quiero más de lo que me has ofrecido. ¿Por qué crees que era virgen a los veintisiete años? No porque estuviera guardándome para un hombre especial, sino porque no he querido hacerlo hasta ahora.

–Quédate conmigo esta noche –insistió Gage–. No quiero convertir esto en algo sórdido haciendo que duermas sola cuando estás… tan emocionada.

Lily se quedó un momento pensativa y, por fin, asintió con la cabeza.

Unos minutos después, Gage se levantó para ir al baño a tirar el preservativo. Su corazón seguía latiendo con fuerza por la potencia del orgasmo y cuando volvió a la cama la envolvió en sus brazos. Lily merecía eso, no significaba nada. Era su primera vez y merecía tener un buen recuerdo, pensó. De hecho, merecía algo más de lo que el podía darle.

Había contado con una segunda vez, pero no quería hacerle daño.

Y le preocupaba que fuera demasiado tarde para eso.

Seguía oscuro cuando Lily abrió los ojos, con el brazo de Gage sobre su cintura, sujetándola, la espalda apoyada en su torso.

Cuando miró el reloj de la mesilla comprobó que eran casi las cinco de la madrugada.

Pero no quería que Gage despertara y la viera así, despeinada y con los ojos hinchados. Necesitaba su armadura, algo que la ayudase a estar calmada cuando tuviera que enfrentarse al hombre en cuyos brazos se había deshecho unas horas antes. El hombre que ahora sabía que era virgen antes de estar con él, el hombre que la había abrazado mientras lloraba.

Intentando no despertarlo, Lily se levantó de la cama y fue a su habitación para encender el ordenador… y frunció el ceño al ver una noticia sobre Maddy.

Mientras se duchaba, intentó encontrar la forma de hacer que el público se olvidase de ese escándalo. Pero mientras el agua se deslizaba por su cuerpo, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Otra vez.

Estaba sentada al borde de la cama, poniéndose unos zapatos azules, cuando Gage apareció.

–Tienes un gusto muy original en calzado.

–Me gustan mucho los zapatos –dijo ella, con el corazón acelerado.

Gage estaba en la entrada de la habitación, con un pantalón vaquero y nada más.

–¿Por qué no estás en la cama, Lily?

–Me he levantado temprano.

–Pero nuestra noche no había terminado –dijo él entonces.

–Lo sé.

–Cuando despierte por la mañana espero encontrarte en mi cama y no quiero que estés vestida –Gage tiró de su mano para levantarla y Lily puso las manos sobre su torso desnudo–. Te quiero desnuda y dispuesta para mí.

–Yo espero lo mismo –lo retó ella, más confiada ahora que llevaba su escudo puesto.

Era más fácil encontrar confianza cuando todo estaba en su sitio. Se sentía en su elemento, como si fuera una negociación profesional.

–Me parece muy bien –Gage besó su cuello y ella cerró los ojos–. Ah, hay una ventaja cuando llevas ese moño, que puedo besarte en el cuello como me gusta.

–Tengo mucho trabajo que hacer esta mañana –dijo Lily–. Por lo visto, un «testigo» nos ha visto buscando sitio para celebrar la boda.

–¿Ah, sí? –Gage hizo una mueca.

–Lo sé, es un poco horrible, pero hay nuevos detalles sobre el caso de Maddy. Si los medios insisten en publicarlo sin pruebas, yo no me siento culpable por engañarlos.

–Son unos buitres. Lo único que quieren es alimentarse de las desgracias de otros, conseguir un beneficio por las miserias de los demás. Así que miente todo lo que quieras –dijo él–. Para eso te pago, además.

–¿Para que sea un demonio?

Gage sonrió.

–Entre otras cosas –murmuró, acariciando su cara–. Voy a comprobar mi correo. Nos vemos después, en el desayuno.

Lily asintió con la cabeza mientras salía de la habitación y luego se dejó caer sobre la cama. Cuando sonreía así… la hacía sentir como si su corazón fuera demasiado grande para su pecho.

«Sólo es sexo, nada más».

Suspirando, se levantó para mirar su ordenador, decidida a olvidarse de Gage y concentrarse en el trabajo. Después de todo, aquella aventura duraría sólo unos días más. Su trabajo, sin embargo, era una constante en su vida. Era lo que más le importaba y no estaba dispuesta a comprometerlo pensando que su relación con Gage era más de lo que era en realidad. Y ella no quería que fuera algo más. La nueva conexión física que había entre ellos era más que suficiente.

Seguía preguntándose por qué se había dejado llevar por la atracción que había entre ellos y una parte de ella desearía haberse alejado del precipicio en lugar de saltar a lo desconocido.

Gage tenía razón sobre una cosa: no sabía lo que iba a sentir. Había pensado que el sexo le daría placer, pero no sabía la conexión que forjaría entre ellos.

Por supuesto, no estaba pensando de manera racional cuando aceptó tener una aventura con él. Había seguido sus instintos, no lo que le decía el intelecto. Y ése había sido su primer error, pero ya era demasiado tarde. Ahora lo sabía. Ahora sabía que debía dejarlo llegar a su conclusión natural o siempre sentiría lo que sentía en aquel momento: algo misterioso, casi demasiado bueno para ser

real. Como si pudiera ponerse a llorar sólo con recordar lo que había sentido cuando Gage estaba dentro de ella.

Suspirando, se levantó de la silla, intentando llevar aire a sus pulmones.

Era demasiado tarde, pensó. Ya estaba hecho. Había tomado una decisión y asumiría las consecuencias. No tenía sentido lamentarlo. Lo único que podía hacer era seguir adelante. Y cuando terminase volvería a vivir como lo había hecho siempre, con el recuerdo de esos maravillosos momentos robados en los brazos de Gage Forrester.

Logró contener las lágrimas la segunda vez que estuvieron juntos… hasta que escapó a su habitación con la excusa de darse una ducha. Y allí se dejó ir, las lágrimas rodando por sus mejillas mientras estaba bajo el agua.

No sabía qué causaba esa emoción en una persona como ella, siempre tan controlada. Lily cerró el grifo y se secó a toda prisa con la toalla antes de volver a la habitación de Gage.

También esa noche había aceptado apagar la luz para hacer el amor. Incluso había bajado las persianas porque ahora sabía lo inexperta que era, pero había sido implacable dándole placer. La había llevado más arriba que la primera vez, hasta un punto que le parecía imposible.

Lily apretó los labios al recordar cómo había perdido el control. Siempre le hacía eso, en la cama o haciéndole hablar de cosas que normalmente se guardaba para sí misma.

–Eres preciosa –dijo él, alargando un brazo para tocarla.

Muchos hombres le habían dicho que era preciosa, pero nunca cuando estaba desnuda. Aunque Gage no podía ver mucho con la luz apagada, claro. Estaba acostumbrada a despertar la atención de los hombres, pero que le dijeran que era preciosa nunca la había afectado como la afectaba cuando lo decía él.

Le daba igual lo que pensaran de ella si no tenía interés. Pero con Gage… era como si lo deseara de nuevo, a pesar de la potencia del último encuentro. Físicamente, estaba lista para otra vez. Emocionalmente, no sabía si podría soportarlo.

–¿No te gusta que te digan que eres guapa? –le preguntó Gage cuando no respondió.

–Sí me gusta. Gracias.

–Estás muy tensa, Lily –murmuró él cuando se tumbó a su lado.

–No estoy acostumbrada a esto, ya lo sabes.

Gage no sabía qué lo hacía abrazarla, consolarla cuando le parecía que estaba angustiada o triste. No era lo que estaba buscando, pero no podía resistirse a la tentación.

Era la responsabilidad de estar con una virgen, pensó. Nunca lo había hecho y no lo habría hecho de haber sabido que una mujer tan aparentemente segura de sí misma podía tener tan poca experiencia sexual.

Lo creyera Lily o no, lo recordaría para siempre. Incluso él recordaba a su primera amante y habían pasado veintidós años desde entonces. Le gustase o no, dependía de él que tuviera un buen recuerdo ya que eso iba a afectar a su

relación profesional.

Pero cuando la abrazaba experimentaba un sentimiento protector, posesivo que no había experimentado nunca. No quería ni pensar en Lily con otro hombre…

Era suya.

Gage se apartó un poco, apretando los dientes. No era suya. No quería que fuera suya. No podía serlo.

Estaba teniendo una respuesta incontrolable por ser su primer amante. Algo que no había imaginado pudiera pasarle nunca. Él no era un hombre tradicional, le gustaba que las mujeres fueran tan liberadas como él mismo… a menos, claro, que esa mujer fuera su hermana. Pero siempre había buscado mujeres con experiencia y que lo afectase tanto que Lily no la tuviera no tenía sentido.

Pero después de la primera vez, después de esa explosión de emociones, había sentido que ella luchaba contra ese deseo cada vez que estaban juntos. Y no le gustaba. Quería que respondiera como él, quería llevarla a los límites del placer, quería robarle todas sus inhibiciones y que hicieran el amor a la luz del día.

No debería querer nada de eso y nada de eso debería importarle porque no tenía nada que ofrecerle. ¿Qué clase de marido sería él? Un hombre que ponía el trabajo y los negocios por encima de todo, un hombre que sería tan mal marido y padre como lo había sido el suyo.

Gage la apretó con más fuerza contra su pecho. Su virginidad, sus lágrimas durante el clímax… nada de eso debería importarle.

Pero le importaba.

Capítulo 9

SE MARCHARÍAN de Tailandia por la noche para volver a San Diego. Para volver a la realidad. De vuelta a ser jefe y empleada. A menos, claro, que estuvieran rodeados de periodistas. Entonces seguirían siendo una pareja cuando en realidad sólo eran dos personas que acababan de terminar una aventura sexual.

Lily suspiró mientras se apoyaba en el respaldo de la hamaca, intentando fingir que estaba relajada. Eso era lo que estaban haciendo, relajándose en la isla donde habían compartido su primer beso. Pero no estaba relajada en absoluto, al contrario. Ojalá no sintiera nada. Tal vez debería sentir cierta tristeza porque sus noches de sexo con Gage habían terminado, pero no aquel peso en el corazón que le impedía respirar.

Gage había estado nadando mientras ella lo miraba, estudiando los movimientos de su atlético cuerpo. Ahora se dirigía hacia ella y Lily no podía hacer nada más que admirarlo. Su amante. El amante cuyo cuerpo apenas había visto porque sólo hacían el amor en la oscuridad. Conocía el calor de su cuerpo, su sabor… se le encogió el corazón al pensar eso, pero intentó disimular.

–Nos vamos esta noche –dijo Gage.

–Lo sé.

–¿Sigues queriendo que todo termine en Tailandia?

–Es lo mejor. Hemos tenido una aventura de cuatro días y ya ha terminado. Cuando volvamos a San Diego seguiremos como antes. Así es como tiene que ser, especialmente con el asunto de Maddy todavía coleando. Yo no puedo distraerme y tú tampoco.

–La verdad es que me distraes mucho –le confesó él, inclinándose para darle un beso en la cara–. Eres preciosa. Me gusta cómo te vistes para trabajar, pero también me gustas en biquini… y sobre todo me gustan tus pecas –bromeó Gage, pasando un dedo por el puente de su nariz.

–Pues a mí nunca me han gustado.

–¿Por qué? Son parte de tu belleza.

Cuando iba a desabrochar el lazo del biquini, Lily sujetó su mano.

–¿Qué haces?

–Quiero verte –respondió él, mirándola con expresión intensa.

Lily apartó la mano y dejó que deshiciera el lazo.

–No necesitas nada para ser preciosa. Eres la mujer más guapa que he visto nunca.

Esas palabras le llegaron al corazón, tal vez porque sabía que era la última vez que estarían juntos.

Las otras veces se había mostrado tímida, había intentado esconderse en la oscuridad, tras el maquillaje o tras la armadura de su ropa, pero ya no quería esconderse. No necesitaba hacerlo. Iba a aprovechar aquel momento con Gage, el último momento, iba a dejarse llevar por el placer que él le daba.

De modo que se levantó para quitarse el biquini y dejarlo caer sobre la arena.

Gage contuvo el aliento, su mirada clavada en ella como una caricia. Había pensado que estaría dándole el poder si era vulnerable con él, pero era al contrario, era ella quien se sentía poderosa.

Sabía que Gage intentaba controlarse, lo veía en el brillo de sus ojos, en la tensión de su magnífico cuerpo.

–Quítatelo –le dijo, señalando el bañador, la erección marcada bajo la tela.

Gage esbozó una sonrisa mientras la obedecía, revelando su cuerpo desnudo a la luz del sol.

Lily alargó una mano para acariciar su miembro.

–Tú eres precioso –le dijo.

Estaba perdida en el momento, en la sensación, en los sentimientos. En Gage.

–Llevas un preservativo, ¿verdad? –le preguntó cuando pudo encontrar su voz.

Gage se inclinó para sacarlo del bolsillo del pantalón que había dejado sobre una hamaca.

–No he sido boy scout, pero me tomo mis promesas muy en serio.

–Y yo me alegro.

Ella misma rasgó el sobrecito, sin vacilar, esperando que la confianza que sentía en ese momento hiciera que su inexperiencia no pareciese torpeza. Pudo ponérselo sin ningún problema, la carne dura bajo su mano provocando una emoción de la que sabía no se cansaría nunca.

Y luego lo besó, apretándolo suavemente. Notó que Gage gemía de placer y eso fue más que suficiente parea alimentar las llamas de su deseo.

–Quiero estar encima –le dijo, sin saber muy bien si había dicho esas palabras en voz alta.

Pero era Gage y siempre había sido sincera con él, ¿no? ¿Por qué no iba a serlo ahora? Era su última oportunidad para estar con él y quería tener el control.

Gage temía estar al borde del infarto. Lily, su tímida amante, no estaba siendo tímida en absoluto. Sabía que era preciosa, admiraba lo que había podido ver de su cuerpo y no la había presionado por deferencia a su falta de experiencia. Pero ahora estaba gloriosamente desnuda delante de él, sus pezones tan rosados como sus labios. Una tentación a la que no pensaba resistirse. A la que no podría resistirse.

Después de tumbarse sobre la arena capturó uno de sus perfectos pezones con los labios y tiró de él, sintiéndola temblar entre sus brazos mientras la ayudaba a encontrar la posición adecuada. Lily echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido de placer.

Fue una batalla para él intentar controlarse en cuanto estuvo dentro. La increíble sensación, combinada con la visión de su glorioso cuerpo, lo tenía al borde del abismo.

Y cuando empezó a moverse, marcando un ritmo lento al principio y luego más rápido, más agresivo incluso, sólo pudo sujetar sus caderas para mantenerla

anclada a él.

Cuando el orgasmo se acercaba vio que se mordía los labios y echaba la cabeza hacia atrás, luchando contra él como hacía siempre antes de dejarse llevar. Y en cuanto ella llegó al clímax, Gage se dio permiso a sí mismo para dejarse llevar con un gemido que no pudo contener.

Lily apoyó la cabeza en su hombro, con la respiración agitada, y él pasó una mano por su pelo antes de envolverla en sus brazos, disfrutando del momento. Nunca había sentido nada así en toda su vida.

Siempre había disfrutado del sexo, pero había sido algo estrictamente físico. Cuando estaba con Lily era algo más. Algo que nunca hubiera imaginado.

Gage sintió una extraña presión en el pecho. Lily se había entregado a él, no sólo su cuerpo, sino algo más. Había dejado a un lado sus inseguridades por él…

Y ahora, sintiendo una ternura inesperada, lo único que podía hacer era agradecer que aquél fuera su último encuentro. No podía permitir que las cosas fueran más allá. ¿Cómo podía pedirle nada cuando él no tenía nada que dar a cambio?

Era imposible estar sentada al lado de Gage en el avión sólo unas horas después de haber hecho el amor en la playa. Él había vuelto a ponerse el traje de chaqueta y repasaba documentos sobre la construcción de su hotel en Inglaterra, totalmente concentrado. Había vuelto a ser su jefe y, sin embargo, Lily no podía dejar de recordar esos momentos en la playa, cuando se habían entregado el uno al otro.

Esta vez no había llorado. Se había sentido tan poderosa al principio, tan asombrada de dar el primer paso. Pero cuando sintió el orgasmo se dio cuenta de que, si ella tenía poder sobre Gage, también Gage lo tenía sobre ella. Pensaba que podría mantener el control, pero era una vana esperanza.

Había pensado que unos días en Tailandia serían suficiente para satisfacer su curiosidad, pero era mucho más complicado que eso. La realidad era que sentía algo por Gage, y desde luego, no era lo mismo que había sentido antes de llegar a Tailandia.

No sabía lo que era y no quería explorarlo, pero sentía algo…

–¿En qué estás trabajando? –le preguntó, sintiéndose como una tonta. Sabía en qué estaba trabajando y era muy triste que se viera reducida a hacer comentarios sin sentido para entablar conversación.

–En el hotel Hayden. Quiero ver si mi base de datos es la misma que la del informe que me envió el contratista.

–Ah.

–Se hace tarde y tenemos que ir a la oficina en cuanto aterricemos en San Diego. Deberías dormir un poco –dijo Gage.

Sola. Debería sentirse encantada, pero no era así. Se le encogía el corazón al pensarlo y no podía entender por qué. Pero tampoco podía evitarlo.

–Muy bien, tú también deberías dormir entonces.

No sabía por qué había dicho eso. Sonaba más como una esposa que una empleada o una amante.

Gage levantó la mirada del ordenador, con una sonrisa en los labios. Qué guapo era, pensó. Lo había sido antes de ir a Tailandia, por supuesto, y seguramente mejoraría con la edad. Y ella no podía dejar que la afectase de ese modo.

–Más tarde –dijo él entonces.

No había una promesa en sus palabras como la hubiera habido el día anterior. Significaba que dormiría más tarde, nada más.

Y eso era exactamente lo que ella iba a hacer.

Lily se levantó del asiento para ir al dormitorio del jet, al pequeño, no al principal, para no encontrarse con Gage por accidente.

–Una pena –murmuró.

Después de quitarse los zapatos se tumbó en la cama, vestida. Y se estiró, diciéndose a sí misma que le gustaba tener la cama para ella sola después de haberla compartido con Gage durante los últimos días. Pero no le parecía espaciosa, le parecía fría y solitaria.

Era terrible que después de cuatro días le resultara extraño estar sin él.

Capítulo 10

HE PENSADO que esto te vendría bien –dijo Lily, dejando una taza de café sobre el escritorio de Gage.

Los dos sufrían por el jet lag y menos horas de sueño de las habituales. Al menos, ella.

Él, por supuesto, parecía totalmente relajado mientras le daba las gracias. Sólo su ceño fruncido dejaba ver que también lo necesitaba.

–¿Qué tienes para mí esta mañana? –le preguntó, sin apartar los ojos del ordenador.

Lily respiró profundamente. Todo iba a salir bien. Sería fácil. Estaba de vuelta en su elemento, no en una isla tropical básicamente diseñada para que los clientes perdieran la cabeza.

–Nada que se refiera a Maddy, afortunadamente, pero no deberíamos romper el compromiso todavía. Sería demasiado obvio.

–Por supuesto –asintió él.

–La información sobre la reserva natural de Koh Samui está siendo muy bien recibida por los medios. Ha salido en todas partes esta mañana.

–Bien.

–No pareces muy entusiasmado.

–Ya te lo dije, Lily –Gage levantó la mirada–. La preocupación por mi imagen empieza y termina con lo que afecte a mi negocio. A nivel personal no es una prioridad.

–Eres un cabezota, Gage Forrester –murmuró ella, intentando contener los locos latidos de su corazón que la atormentaban desde que despertó por la mañana.

–No veo que eso sea un problema.

–¿Qué hay de malo en dejar ver que uno es una buena persona?

–¿A gente a la que no conozco y a la que no tengo el menor interés por conocer?

Ella miró la pantalla de su ordenador.

–No te convierte en tus padres que el público conozca esa otra faceta tuya.

–No tienes por qué mezclar a mis padres con esto –replicó Gage, enfadado–. Tú haz tu trabajo y yo haré el mío, Lily.

Sus padres y su pasado eran dos temas de los que Gage no quería hablar ahora que sólo era su empleada de nuevo, pensó ella. Cuando era su amante había compartido esas cosas, pero ya no parecía tener interés.

Daba igual, se dijo. Y tenía razón, además. Lo que había descubierto sobre él durante su breve relación, si podía llamarla así, no tenía nada que ver con su asociación profesional.

De modo que tendría que fingir que no sabía nada de su pasado, que no había sacrificado muchas cosas por su hermana, una hermana de la que él era responsable. Tendría que fingir que no sabía cómo era debajo de esa camisa…

Por supuesto, eso no era un problema para Gage. Tener aventuras temporales era algo que hacía a menudo, por eso había decidido acostarse con él, de modo que no podía quejarse.

–Muy bien, pero sería más fácil si siguieras mis consejos.

–Te he dado permiso para que anuncies lo de la reserva natural.

–Y ha ayudado mucho, como yo sabía. Dejar que la gente especule sobre ti e incluso que cuente mentiras no es bueno para la empresa.

–Por supuesto, tú no tienes el menor problema en contarle mentiras a la prensa.

Lily lo fulminó con la mirada.

–Ellos estaban contando mentiras y a ti no parecía importarte.

–¿Para proteger a Madeline? Claro que no. Y vamos a seguir así hasta el sábado.

–¿Ah, sí?

–La hija de un valioso cliente se casa y la boda se celebrará en el San Diego Forrester mañana. Me ha pedido que acuda y, por supuesto, eso significa que debo ir con mi encantadora prometida.

Lily miró el anillo que seguía llevando en el dedo. Una cosa era hacer de pareja enamorada en la isla, otra muy diferente revivir el idilio en San Diego.

Tendría que tocarlo, tomar su mano, incluso besarlo.

No habían ido de la mano en Tailandia, ni siquiera cuando los miembros del consejo de administración estaban con ellos. Y ése era un ejemplo de lo que había sido su relación. O, más bien, de lo que no había sido. Sólo era una relación sexual. Esos pequeños gestos de afecto de las parejas no tenían nada que ver con ellos.

–Muy bien, de acuerdo.

Tendría que acudir. Era su trabajo proteger la imagen de Gage y, si no iba con él, habría preguntas. De modo que tendría que ir y hacer el papel de su vida.

Y también significaba comprar un vestido. Lily compró un vestido negro con un volantito para ocultar el exagerado escote y en cuanto entró en el San Diego Forrester del brazo de Gage, con el anillo de compromiso brillando en su dedo, sintió que aquél era su sitio. Como si fuera lo más natural que estuviera allí con él.

Era un sentimiento peligroso, pero uno que debía aceptar, al menos esa noche. No había otra opción. Esa noche era la prometida de Gage Forrester. Intentaría no concentrarse en el hecho de que era en realidad la falsa prometida de Gage.

Lily respiró profundamente, intentando contener una punzada de dolor en el corazón.

El hotel estaba magníficamente decorado, todas las mesas con manteles de lino blanco y orquídeas blancas.

Gage puso una mano en su cintura en cuanto entraron en el salón y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no derretirse. Era tan raro lo natural que le parecía el gesto, lo fácil que era apoyarse en él.

Pero debía contenerse, por atractivo que fuera y por muy bien que oliese. Eso era algo que había notado desde el primer día, pero ahora era diferente, más íntimo. Ahora sabía que olía a un jabón especial…

No debería pensar esas cosas, se dijo. Debería concentrarse en lo que estaba haciendo y nada más.

Gage saludó al padre de la novia y a otros invitados que parecían interesados en celebrar algún evento en el hotel.

–Has sido muy inteligente –dijo Lily mientras se sentaban a la mesa.

–¿A qué te refieres?

–Sabes cómo hablar con la gente para despertar su interés por tus hoteles.

–Por supuesto. Eso es parte de mi trabajo.

–Y este hotel es muy bonito –Lily se pasó la lengua por los labios, nerviosa cuando Gage clavó en ella sus ojos azules.

–Sí, lo es.

Su mirada estaba clavada en ella, en su escote. Había elegido aquel vestido por esa razón, se avergonzaba de admitir. Una vez le había dicho que no compraba su ropa basándose en los deseos de los demás, pero había sido así aquel día. Sabía que el vestido se ajustaba a su figura y que Gage lo encontraría irresistible…

Pero era tan frustrante verlo en la oficina, ardiendo por él mientras intentaba mostrarse amable. No sabía lo que quería, no sabía qué esperaba de él o de sí misma. Sólo sabía que se sentía infeliz, que su cama le parecía fría y solitaria. Que ya no encontraba solaz en su apartamento frente a la playa o en su soledad.

–Gage…

Él tomó su mano, acariciándola con el pulgar, y Lily cerró los ojos.

–He pensado mucho en ti –dijo él–. En el tiempo que pasamos en Tailandia…

–No, por favor –lo interrumpió ella, apartando la mano.

–Has intentado negar la atracción que hay entre nosotros, pero no ha servido de nada.

Lily tragó saliva.

–No tenemos por qué hacer nada. De hecho, es lo que debemos hacer.

–¿Es lo que tú quieres?

–No –susurró ella.

–¿Entonces qué quieres?

Iba a hacer que lo dijera en voz alta. Por primera vez en su vida, desearía que alguien se lo pusiera fácil, que Gage la tomase entre sus brazos y la llevara a una de las suites.

Pero la estaba haciendo elegir, estaba dejando que asumiera las consecuencias y eso significaba que más tarde no podría culparlo a él.

–Te deseo –le dijo en voz baja–, pero no quiero desearte.

–Eso es muy bueno para mi ego, cariño –bromeó Gage.

El corazón de Lily se aceleró.

–Una noche más –dijo entonces.

–Una noche más –repitió él, levantándose de la silla.

–¿Qué haces?

–Nos vamos.

–¿No es una grosería marcharse ahora? –Lily miró a los camareros que estaban empezando a servir el banquete.

–No tan grosero como quitarte el vestido aquí mismo y hacerte el amor delante de todo el mundo.

–Tú no harías eso.

–¿No? –la retó él.

Un segundo después se dirigían a los ascensores.

–Nunca pensé que lo haría, pero tú me haces sentir cosas… –Gage se detuvo, empujándola suavemente hacia la pared para buscar su boca–. Me obligas a hacer cosas… cuando estoy contigo a veces no me conozco a mí mismo.

–A mí me pasa igual –le confesó ella, la pared y las manos de Gage lo único que evitaba que cayera al suelo.

–Mi apartamento está aquí, en el hotel.

–¿De verdad?

–Así es más fácil dirigirlo, especialmente al principio –dijo él, mientras subían al ascensor–. Pasa la noche conmigo, Lily.

–Gage…

Él no la dejó terminar la frase. La empujó contra la pared del ascensor, besándola con urgencia, y ella apartó su corbata para desabrochar los botones de la camisa con dedos temblorosos. Pero le temblaban tanto que no era capaz de hacerlo, de modo que la abrió de un tirón, enviando botones al suelo, para acariciar su estómago, los abdominales marcados. Era tan hermoso, pensó, con el corazón desbocado.

Gage levantó su vestido.

–¿Estás intentando matarme? –susurró, con voz ronca.

–No era mi objetivo. Si estás muerto, no me vales de nada.

Él rió mientras besaba su garganta, metiendo los dedos bajo la delgada tela de las braguitas… haciéndola gemir cuando rozó su clítoris.

–¿Te gusta? –murmuró.

Lily sólo pudo asentir con la cabeza mientras él seguía haciendo magia con las manos. Cuando deslizó un dedo en su interior sintió cómo se contraía de placer y supo que estaba a punto de llegar al clímax.

–Córrete para mí –susurró Gage. Y ella ya no pudo desobedecer la orden.

Agarrándose a sus hombros, las manos bajo la camisa destrozada, clavó las uñas en su espalda… y gritó su nombre.

Cuando por fin volvió a la realidad, se bajó el vestido, intentando arreglarse el pelo.

Se había olvidado de todo salvo de cuánto lo deseaba. Se había olvidado de su propia seguridad, de la decencia, de todo.

Y no podía lamentarlo. Aún no. Porque aunque su cuerpo seguía temblando

por el efecto del orgasmo, quería más. Lo quería a él.

–¿El ascensor está parado?

Sonriendo, Gage pulsó un botón y cuando llegaron a la última planta marcó un código que los llevó directamente a un moderno apartamento.

Lily salió del ascensor con piernas temblorosas, mirando alrededor. El apartamento era definitivamente Gage: muebles de líneas sencillas, colores neutros. Era un sitio precioso y, aunque opulento, sorprendentemente funcional.

Pero una cosa era tener una aventura de vacaciones, otra muy diferente ir a su casa y dormir en su cama.

Empezaba a asustarse, pero cuando Gage la tomó por la cintura e inclinó la cabeza para besarla dejó de pensar. Las relaciones, los sentimientos, el compromiso, todo eso la asustaba y la hacía desear salir corriendo. Pero Gage no. Por alguna razón, a pesar de todo, él no la asustaba.

–¿Quieres tomar algo?

Lily rió.

–No, aún no. Tenemos cosas a medias –le dijo, mirando los faldones de la camisa fuera del pantalón–. Me gusta ese aspecto.

–He sido atacado por una fiera en el ascensor –bromeó él, tomando su mano para llevarla por el pasillo.

Había fotografías en las paredes. Fotografías de Maddy en su época del colegio, fotografías del día que se graduó en la universidad, y Lily pensó de nuevo que Gage era un hombre maravilloso que intentaba esconder que lo era.

Una parte de ella quería descubrirlo todo sobre él, pero otra parte no quería saber nada más. Incluso querría olvidar lo que ya sabía.

Su dormitorio era una habitación muy masculina, con una cama grande, una pantalla de plasma montada en la pared y poco más. No era una guarida de iniquidad como había pensado. Estaba convencida de que tendría un jacuzzi y una barra para strippers en medio del dormitorio y fue un alivio ver que no era así. Aunque no debería importarle.

Gage se quitó la camisa y la tiró al suelo, seguida de los pantalones y los calzoncillos, mientras ella levantaba las manos para desabrochar la cremallera del vestido.

–Espera un momento –dijo él entonces–. Deja que lo haga yo.

Bajó la cremallera mientras Lily se apoyaba en su torso, con los ojos cerrados.

–Eres preciosa, la mujer más bella que he visto nunca. Nunca me cansaré de mirarte –murmuró cuando estuvo desnuda.

–Gage…

–Vamos a la cama –dijo él, su voz ronca, exigente. Lily intentó darse la vuelta para mirarlo, pero Gage se lo impidió llevándola hacia la cama y colocando dos almohadas para que se apoyara, de espaldas a él.

Sabía lo que iba a hacer y la emocionaba, la excitaba y la asustaba al mismo tiempo.

–¿Confías en mí, cariño?

Lily, con un nudo en la garganta, sólo pudo asentir con la cabeza. Confiaba en él. Estaba dándole más de lo que le había dado nunca a nadie y, aunque la asustaba, también le parecía tan necesario como respirar.

Lo oyó rasgar el sobre del preservativo y agradeció que siempre fuera tan concienzudo. Muchos hombres no lo eran, pero Gage jamás actuaba como si fuera un sacrificio.

Un segundo después, sintió la punta de su erección en la entrada de su cueva.

–¿Estás lista?

–Sí –murmuró ella, agarrándose al edredón, intentando contener un grito de placer cuando lo sintió dentro.

Gage sujetaba sus caderas, moviéndose adelante y atrás. Era algo tan elemental, tan primitivo. Estaba a su merced y, sin embargo, no tenía miedo. Sabía que nunca le haría daño, al contrario, estaba dándole placer, compartiéndolo con ella.

Gage alargó una mano para acariciarla y Lily sintió que se acercaba al orgasmo, más intenso, más fuerte que nunca. Gimió, apretando con fuerza el edredón, la tensión demasiado abrumadora porque sabía que cuando lo sintiera se rompería.

Sintió que sus músculos empezaban a temblar, que Gage clavaba los dedos en sus caderas. También él estaba cerca…

–Lily… –murmuró mientras se dejaba llevar.

Ella lo siguió, sintiendo que el miembro de Gage palpitaba en su interior. El orgasmo parecía interminable, uniéndolos hasta que estuvo segura de que ambos sentían lo mismo. Hasta que casi sintió que eran uno solo.

Gage le dio la vuelta y la tomó entre sus brazos para mirarla, apartando el pelo de su cara.

–¿Te ha gustado? –le preguntó. No había arrogancia en su voz, no se comportaba como si ya supiera la respuesta. Al contrario, como si necesitara saberla.

Y eso hizo que el corazón de Lily se encogiera dentro de su pecho. Gage no era la clase de hombre que se cuestionaba a sí mismo y que lo hiciera por ella… era imposible no sentir nada.

–Mucho. Ha sido increíble.

Gage la apretó contra su pecho mientras ella ponía la pierna sobre su muslo. Se quedaron en silencio un momento, esperando que sus corazones latieran a un ritmo normal.

–No es así como había imaginado tu dormitorio –dijo Lily por fin.

–¿Ah, no? ¿Y cómo lo habías imaginado?

–Con una barra de stripper.

Gage soltó una carcajada.

–Siento decepcionarte. Pero si quieres, instalaré una para ti. Las posibilidades son fascinantes.

Lily sonrió. Sorprendentemente, la idea de exhibirse delante de él no la hacía

sentir vergüenza. ¿Cómo iba a sentirla cuando habían compartido tantas cosas?

–No traigo mujeres aquí.

–¿Quién lo hubiera dicho?

–En realidad, eres la primera mujer que pisa mi apartamento desde que Maddy vivía conmigo. No suelo… no solía verme con mis amigas aquí, ni siquiera en alguno de mis hoteles.

–¿Por qué?

Gage carraspeó.

–Probablemente por la misma razón por la que tú vives sola.

–¿Entonces por qué me has traído?

Él se encogió de hombros.

–Tú eres diferente. A ti te conozco y estaba impaciente.

Se le encogió el estómago al escuchar eso. Ella era diferente, decía. La conocía. La había llevado a su apartamento, un sitio donde no había llevado a otras mujeres.

Pero ella no debería ser diferente. Supuestamente, sólo era una más en una larga lista de conquistas. Una mujer de la que no querría nada. Y supuestamente, ella debía sentir lo mismo. No debería importarle.

Le gustaba mucho Gage, pero no podía haber nada más.

Debería levantarse, vestirse y volver a casa. Y seguramente era lo que Gage esperaba. Era diferente cuando estaban en Tailandia, pero allí, en San Diego, los dos tenían sus propias casas, su propio espacio.

Pero él seguía abrazándola y, por alguna razón, aunque le daba miedo, ese abrazo también era una fuente de consuelo. De modo que apoyó la cabeza en su pecho y no se movió. Nada había cambiado, sólo era parte de la aventura que había empezado en Tailandia. No podía ser nada más.

Capítulo 11

HE PENSADO que te vendría bien –dijo Gage, dejando una taza de café sobre la mesilla. Lily se sentó en la cama, con las sábanas en la cintura.

–Gracias –murmuró, respirando el delicioso aroma. Era adicta, pero al menos Gage lo entendía. Lo entendía y lo compartía.

Estaban repitiendo la rutina de la oficina, pero al revés, pensó.

Gage se sentó al borde de la cama, con su taza en la mano. Y sólo llevaba un pantalón vaquero, el torso desnudo. Sí, ciertos aspectos de aquella nueva rutina habían mejorado.

–¿Qué planes tienes para hoy? –le preguntó, aunque lo lamentó de inmediato. ¿Qué le importaba a ella lo que Gage fuera a hacer en su día libre? Ellos no tenían una relación.

–Nada –respondió él–. Y eso es raro en mí. Normalmente visito a Maddy los domingos, pero está en Suiza pasándolo bien. Dice que allí nadie sabe nada del escándalo.

–Eso es genial, Gage –dijo Lily, aliviada. Ella sabía cuánto quería a Maddy, ahora más que nunca. A veces le parecía como si pudiera sentir las mismas emociones que él.

Gage estaba disfrutando de esa nueva Lily que no sentía vergüenza de estar desnuda. En aquel momento estaba tomando café con los pechos al descubierto como si no se diera cuenta. Pero él sí porque era la mujer más bella que había visto nunca. Y había visto muchas.

Normalmente, después de un par de encuentros, el misterio había desaparecido y ya no estaba cautivado por la belleza de su amante. Y en algunos casos, una mujer estaba más bella con ropa que sin ella. Claro que era lo mismo cuando se trataba de los hombres.

Pero no era el caso de Lily. Lo fascinaba por completo, desnuda o vestida, con un traje de chaqueta o con un biquini.

Seguía esperando lamentar haberla llevado a su apartamento y dejarla entrar en su espacio personal, pero no era así. Al contrario, le gustaba tenerla allí.

De no ser por esos años cuidando de su hermana, aquella habitación podría haber tenido una barra de stripper. Pero había criado a su hermana y eso lo cambió todo. Y seguramente para bien.

No sabía qué pensaba Lily. No sabía si se encontraba a gusto allí y no quería saberlo porque le gustaba tanto tenerla cerca… cuando nunca antes había querido llevar a otra mujer. Gage no quería saber qué significaba que no pudiera cansarse de ella.

La noche anterior había sido la más apasionada de su vida. Las únicas experiencias que se parecían eran las otras veces que había estado con Lily. Ella borraba el recuerdo de las demás mujeres… de hecho, ni siquiera podía recordar cuál había sido el atractivo de otras mujeres. Todas eran rubias, bronceadas, demasiado delgadas, demasiado operadas. No había nada genuino en ellas.

No eran como Lily, que era suave, natural y preciosa. Lily, a quien había abrazado durante toda la noche cuando nunca había querido hacer eso con otra mujer.

–Tengo que irme a casa –dijo ella entonces.

El primer pensamiento de Gage fue que no quería que se fuera. Definitivamente, nunca había sentido eso por otra mujer. Odiaba admitirlo, pero así era.

–¿Por qué?

–No tengo ropa aquí, sólo el vestido de anoche –Lily señaló el vestido negro a los pies de la cama–. Y cuando salga del hotel, todo el mundo se dará cuenta de que he dormido aquí.

–La solución más simple es que te olvides de la ropa por completo.

–No, gracias.

–Te llevaré a tu casa entonces. ¿Necesitas algo más?

–Normalmente voy al gimnasio los domingos.

No fue una sorpresa para Gage. Lily cuidaba mucho su apariencia, no hasta el punto de obsesionarse, pero sí lo suficiente como para dar una imagen perfecta a sus clientes. Por eso era tan divertido sacarla de sus casillas.

Si pudiera concentrarse en eso y olvidar todo lo demás, su aventura podría continuar durante el tiempo que ambos quisieran.

–Iré contigo. También yo voy al gimnasio los domingos.

Ella asintió con la cabeza, pero no parecía hacerle demasiada ilusión.

Lily Ford era muy reservada, pero cuando estaban en la playa o en la cama la barrera tras la que se escondía había empezado a caer. Y él disfrutaba de esos momentos. No debería. Su relación con ella no podía ir a ningún sitio. Aunque quisiera amor y matrimonio, Lily sería la mujer equivocada. ¿Qué podrían llevar ellos al matrimonio: una obsesión por el trabajo, por sus propias vidas?

En los negocios se entendían perfectamente, en la cama eran increíbles. Pero eso era todo. No podía haber nada más.

–Recuérdame que no vuelva a hacer ejercicio en mi vida –dijo Lily, frotándose el hombro mientras entraba en el deportivo de Gage.

–¿Demasiado para ti?

Suspirando, ella apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

–Normalmente no me gusta admitir la derrota, pero en este caso no me queda más remedio.

–¿Tienes hambre? –le preguntó Gage mientras maniobraba entre los coches.

–Mucho.

–¿Quieres que comamos fuera?

Lily hizo una mueca. Después de un ejercicio tan intenso no iba arreglada para estar en público.

–Yo puedo cocinar. Mi apartamento está cerca de aquí.

Gage vaciló un momento antes de cambiar de carril para tomar la dirección de su casa.

Lily no sabía por qué lo había invitado. Tenía la seguridad de que acabaría

quedándose, que terminarían juntos en la cama y no era eso lo que debía pasar. Debería haberle dicho que la dejara en casa, poner distancia entre ellos.

Pero no lo había hecho. Incluso ahora, reconociendo que eso era lo que debería hacer, no dijo nada. Porque quería estar con él. Tal vez debería dejar de analizarlo todo y, sencillamente, dejarse llevar por sus deseos.

–Tengo dos plazas de garaje –le dijo cuando llegaron a su casa.

Cuando Gage aparcó el deportivo al lado de su utilitario, por un momento le pareció extrañamente familiar… casi como si compartieran casa, como si vivieran juntos.

Lily sacudió la cabeza mientras bajaba del coche.

–¿Se ve el mar desde aquí? –le preguntó él cuando llegaron arriba.

–Desde el dormitorio.

–Tendré que echar un vistazo –Gage esbozó una sonrisa.

–Más tarde, ahora tengo hambre.

–Más tarde –repitió él, tomándola por la cintura para besarla.

No la había besado en todo el día. De hecho, había actuado como si no hubiera nada entre ellos. Y le sorprendía cuánto lo echaba de menos.

–Definitivamente –Lily se apartó y fue a la cocina para mirar en la nevera.

–No sabía que supieras cocinar.

–Tengo que comer.

–Mi madre no cocinaba.

Ella rió, pero no había humor en esa risa.

–La mía tampoco –murmuró, sacando una lechuga–. Aprendí a hacerlo cuando me fui de casa. Antes sobrevivía gracias a pizzas congeladas o a lo que me daban los padres de mis amigas cuando se compadecían de mí.

–¿Tienes familia en San Diego?

–No, me fui de casa a los diecisiete años y lo único que buscaba era un sitio donde no conociera a nadie –respondió Lily, con cierta amargura.

–Y querías estar cerca del mar.

–Así es.

–¿Los hombres que salían con tu madre te hicieron daño? ¿Es por eso por lo que evitas las relaciones?

Ella respiró profundamente.

–No me hicieron nada, pero mi madre dependía tanto de ellos… y la mayoría eran horribles. Ella dejaba que lo controlasen todo, incluida a mí. Siempre vivíamos en unas casas diminutas, sin ninguna privacidad, y yo los oía discutir o hacer las paces. No sé qué era peor.

Lily sacó un pollo asado de la nevera y lo partió, usado vigorosamente el cuchillo.

–No todas las relaciones son así –dijo Gage.

–Y tampoco como la de tus padres.

Él decidió cambiar de conversación entonces y Lily lo agradeció.

Sirvió la cena en el comedor y Gage se sentó a su lado, con una mano en su muslo, acariciándola distraídamente mientras comía. Era algo muy doméstico,

los dos cenando después de que ella hubiera cocinado. No seguía los parámetros de una aventura.

Y tampoco lo era compartir los tristes detalles de su infancia. Pero Gage siempre conseguía que le abriera su corazón.

Terminaron viendo una película en el salón antes de ir al dormitorio para hacer el amor. Y fue asombroso, siempre lo era. Y, como siempre, Lily sintió que la barrera tras la que escondía su corazón se rompía mientras se deshacía entre sus brazos.

Cuando Gage la abrazó, una lágrima rodó por su rostro de nuevo, la emoción que guardaba dentro buscando una manera de escapar.

No sabía por qué sentía aquello, no estaba segura. Sospechaba algo, pero esperaba con todo su corazón estar equivocada.

Fueron a la oficina juntos al día siguiente a pesar de sus protestas. Y aceptó llevar una bolsa de viaje, por si acaso. No debería. Debería cortar aquella aventura de una vez por todas. Habían llegado a un acuerdo y deberían cumplirlo.

La relación, porque se estaba convirtiendo en eso, empezaba a escapar a su control. Quería estar con Gage casi tanto como quería respirar, pero no debería desearlo.

Un día, estaba sentada en su despacho con el cuaderno en la mano mientras Gage le hablaba de su nuevo proyecto en Goa, India.

–¿Algún problema con el lugar de construcción? –le preguntó.

–Creo que no. Es un viejo hotel y básicamente vamos a reformarlo para llevar más turismo a la zona.

–Estupendo. Me encanta cuando me lo pones fácil –Lily levantó la mirada y su corazón se aceleró al ver el brillo de sus ojos.

Había pensado que Gage, su amante, podría ser alguien diferente a Gage, su jefe. Después de todo, siempre había sido capaz de concentrase en su trabajo olvidando todo lo demás. Pero con él no era posible. Cada vez que lo miraba recordaba esos días en Tailandia, haciendo el amor, Gage mirándola a los ojos con expresión tierna…

–Y no lo hago muy a menudo ¿verdad?

–Te esfuerzas, eso es lo importante.

–Que no se entere nadie.

Lily sonrió.

–Por supuesto que no.

Gage se levantó para darle un beso en el cuello.

–Eres una distracción.

Sabía que estaba bromeando, pero era cierto para ella. Gage la distraía. No podía pensar en el trabajo cuando estaba con él. De hecho, sólo podía pensar en él.

–Quiero invitarte a cenar esta noche –susurró Gage, acariciando sus hombros.

–Cenamos juntos hace unos días, en la boda de la hija de tu cliente.

–No, pero esta vez quiero que sea una cita de verdad.

–¿Por qué? ¿Para que nos hagan fotografías?

–Tampoco estaría mal.

Era importante, por supuesto. Gage siempre salía en público con la mujer del momento y su prometida no podía ser una excepción.

–¿Qué quieres hacer? ¿Necesito un vestido nuevo?

–Es una sorpresa, pero yo me he encargado de todo.

Lily se levantó.

–Entonces, será mejor que me ponga a trabajar. Tengo muchas cosas que hacer.

Gage levantó su barbilla con un dedo para darle un beso en los labios.

–Nos vemos luego.

Ella sonrió, intentando no mostrar sus sentimientos en esa sonrisa.

–Nos vemos luego.

No necesitaba comprar un vestido nuevo porque ya había uno esperando en casa de Gage. Sobre su cama, dentro de una bolsa portatrajes.

–¿Lo has elegido tú o David? –le preguntó.

–David no tiene sentido de la moda. Lo elegí yo a la hora del almuerzo, pero le envié una fotografía a Maddy para ver si había acertado.

Le parecía un poco extraño que Gage eligiera su ropa. Nunca le había gustado que sus amigas se vistieran para un novio o dejaran que ellos dictasen su vestuario. Por supuesto, ella misma estaba empezando a pensar en Gage cuando compraba algo y ni siquiera era su novio. «Novio» era una palabra demasiado insípida para un hombre como Gage. Amante sería más correcto… y más excitante.

–Quiero ver cómo te queda –dijo él, sin dejar de mirarla.

–No pienso ponérmelo contigo mirando.

–Te he visto desnuda muchas veces –le recordó él–. Espero que no sea una revelación chocante para ti.

–Sí, bueno, pero esto es diferente.

–¿Por qué?

–No lo sé…

–Está bien, me iré porque me enseñaron que debía ser un caballero. Pero prometo quitarte ese vestido más tarde, de modo que tanto pudor es totalmente absurdo.

–Da igual –Lily se dio la vuelta–. Espero que seas un hombre de palabra.

–Siempre –la puerta se cerró y ella se volvió de nuevo, sacudiendo la cabeza.

Pero cuando abrió la bolsa, soltó una carcajada al ver el vestido que había dentro. Era de satén rojo, todo lo contrario a lo que ella solía ponerse. Nada de negro, nada de azul marino, nada de gris. Debería haberse enfadado, pero apreciaba su sentido del humor.

Y el vestido era precioso, debía reconocerlo. El escote redondo era discreto, la falda llegaba por encima de la rodilla y en la cintura tenía unas jaretas que destacaban su figura.

También había zapatos, negros por supuesto, para desafiar su gusto por el calzado de colores. Y le gustaban tanto como el vestido.

Lily salió del dormitorio con el vestido rojo y el pelo suelto.

–¿Qué te parece?

Gage la miró de arriba abajo, sin disimular el deseo que sentía.

–Eres preciosa. ¿Te lo he dicho alguna vez?

Sí, se lo había dicho muchas veces y cada vez le parecía más real.

–Un par de veces.

–He pensado que te gustaría el color –dijo él entonces, esbozando una sonrisa.

–Está claro que tomaste en cuenta mis gustos para comprarlo –bromeó Lily–. Pero la verdad es que me gusta.

–Me alegro porque a mí me encanta.

Gage levantó una mano para acariciar su pelo.

–Tu pelo es precioso, me tiene cautivado.

–Es fácil cautivarte.

–No, eso no es verdad –dijo él, muy serio, inclinando la cabeza para besarla. Fue un beso suave, tierno, el gesto más romántico que si la hubiera besado apasionadamente.

–Ya casi estoy lista –dijo Lily, notando que su voz sonaba ronca–. Sólo tengo que maquillarme.

Gage la siguió hasta el cuarto de baño y tomó su maquinilla para afeitarse mientras ella sacaba una barra de labios roja, a juego con el vestido.

Él se afeitaba mientras Lily se daba los últimos toques, intentando que no le temblasen las manos. Aquello era lo que hacían los matrimonios. Al menos, lo que ella imaginaba que hacían los matrimonios.

–Estoy lista –anunció.

Cualquier cosa para alejarse de aquella escena tan doméstica que la hacía experimentar un anhelo nuevo para ella… un anhelo que no quería sentir.

Todos los ojos estaban clavados en ellos cuando entraron en el famoso restaurante. Era por Gage, estaba segura. Llamaba la atención de hombres y mujeres y era por algo más que su atractivo, aunque también era un factor a tener en cuenta. No, era el aura de poder que proyectaba.

Gage la llevó a una mesa al fondo del local, sin esperar al maître.

–Es mi mesa, la tengo reservada –le dijo, apartando una silla. Estaba separada de las demás, en una especie de pequeño reservado.

–¿Vienes aquí a menudo?

–Es uno de mis sitios favoritos.

Lily no sabía si le gustaba ir a un sitio al que iba con otras mujeres. No debería importarle, por supuesto. Estaban allí para llamar la atención de los medios y que fuera uno de sus sitios habituales era una buena elección. Todo lo demás era irrelevante.

Pero no se lo parecía. Le parecía vital.

–La cena llegará enseguida.

–¿Ya has pedido la cena, sin preguntarme lo que quería?

–Siempre que vengo me sirven lo mejor de la carta, lo más fresco del día.

El pánico de antes empezaba a desaparecer. Sólo era una cena, se dijo. Pero también estaban el vestido y los zapatos. Y que se vieran todos los días…

Gage apretó su mano cuando el camarero se acercaba y Lily se preguntó si lo hacía de corazón o para que los vieran. No debería preocuparse por eso cuando la miraba como si fuera la única mujer a la que deseaba en el mundo, pensó.

Él era el único hombre al que ella deseaba. No podía imaginarse con otro. Nunca había conocido a un hombre como él y dudaba que fuera a conocerlo en el futuro. Y eso era lo que le daba pánico. Hasta ese momento había estado fingiendo que encontraría a la persona adecuada cuando estuviera lista para hacerlo.

Era un pensamiento razonable. Si sentía una atracción física por Gage, ¿no le valdría cualquiera otro?

No.

–No es fácil disfrutar de la cena cuando lo único que quiero es llevarte a casa para hacerte el amor.

Lily se ruborizó, algo que Gage encontraba tremendamente atractivo. Que fuera capaz de hacerlo le parecía una novedad, pero era algo más que eso. Con Lily siempre era algo más. Lo atribuía a que hubiera sido virgen, pero no era tan sencillo.

Esa noche, cuando salió del dormitorio con ese vestido rojo, Gage había sabido que había algo más. No estaba seguro de qué iba a hacer al respecto pero sabía que no era sólo una diversión temporal. No era una distracción para la prensa o una simple aventura. Habían pasado ese punto tiempo atrás.

Ella lo miró, con expresión burlona.

–Yo tengo fantasías similares con tu camisa.

–¡Ya has destrozado dos de mis camisas favoritas!

–Es por tu bien –bromeó ella, con una sonrisa en los labios.

Le encantaba hablar con Lily, le encantaba su ingenio, su sentido del humor, su compañía. Ella entendía su negocio, era estupendo hablar con ella y en la cama… nunca había experimentado nada parecido.

Normalmente, después de unas semanas empezaba a aburrirse de la amante de turno, pero no podía imaginar que Lily lo aburriese nunca. Y no sabía qué significaba eso, de qué podía servir. El no sabía cómo dar amor ni cómo recibirlo. Adoraba a Maddy, pero era un cariño diferente y dudaba que pudiera sentir amor por otra persona.

Pero, por el momento, daba igual. Esa noche se perdería en su cuerpo otra vez. Esa noche estaría dentro de ella y, cuando eso ocurriera, nada más importaría.

Cenaron rápidamente, olvidándose de la prensa, y en cuanto pagó la cuenta salieron del restaurante.

Gage tomó su mano y Lily rió, caminando a toda prisa sobre sus tacones. Y

cuando la besó, sintió que se le encogía el estómago.

–Deberíamos darnos prisa –le dijo, con voz ronca.

–Estoy de acuerdo.

Capítulo 12

ESTAR con Gage, hacer el amor con él, era siempre asombroso. Pero nunca había sido así. La acariciaba casi con reverencia, buscando sus labios con ansia. Y cuando la hizo suya, de verdad sintió que no sabía dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Lily clavó las uñas en sus hombros, enredando las piernas en su cintura, arqueándose hacia él para dar y recibir placer. Pero era más que eso.

Gage se puso tenso sobre ella, los tendones de su cuello marcados, un gruñido sordo señalando su orgasmo. Lily lo abrazó, sintiendo los salvajes latidos de su corazón. Era mucho más que sexo, mucho más que una aventura.

Y no sabía si podía enfrentarse con ello.

Antes de que Gage y ella empezaran a acostarse juntos habían sido colegas, casi amigos, y luego se habían convertido en amantes. Pero había mucho más. Estar con él la hacía sentir más viva que nunca y eso la asustaba.

Cerró los ojos, esperando no ponerse a llorar otra vez. Porque ya no sería sólo una reacción provocada por el orgasmo, sino por los sentimientos que estaban explotando dentro de ella.

Gage la apretó contra su corazón y Lily apoyó la cabeza en su pecho. Aunque le parecía necesario mantener cierto control, cierta distancia, sencillamente no podía hacerlo. Quería estar con Gage.

Él enredó los dedos con los suyos y besó su hombro, el gesto lleno de ternura que la emocionó.

–Gracias por todo lo que has hecho por Maddy –le dijo, con voz ronca.

Lily sintió una opresión en el pecho. No quería que lo que acababa de pasar entre ellos, lo que estaba pasando durante las últimas semanas, fuera una forma de darle las gracias por ayudar a su hermana.

–De nada –murmuró.

–Maddy ha tenido suficientes problemas en la vida como para añadir uno más… nunca perdonaré a mis padres por lo que le hicieron –Gage apretó su brazo–. Y la peor parte es que yo sería un padre peor que el mío.

Ella levantó la cabeza para mirarlo.

–¿Por qué dices eso?

–Mi trabajo es mi amante. Y, como una amante, se interpondría con una familia.

–Pero tú has criado a Madeline.

–Y no lo cambiaría por nada del mundo –dijo Gage–. Pero dejé muchas cosas en suspenso por ella durante esos años y, si tuviera hijos, tendría que hacerlo de nuevo.

–Eso es verdad.

–Tú no quieres tener hijos, ¿no?

Lily se mordió los labios.

–No, yo tengo el mismo problema que tú con el trabajo.

No había pensado tener hijos, de hecho nunca había querido casarse pero, de repente, la idea le parecía muy triste. Que Gage dejase claro que no quería tener hijos con ella era tan definitivo… aunque tenía razón.

Pero, por un momento, deseó que no fuera así. Deseó que fueran dos personas diferentes, que supieran cómo tener una relación. No, era imposible. Si el trabajo no fuese un problema, sería otra cosa.

–Maddy y yo nos queremos mucho –siguió Gage–. Crecimos dependiendo el uno del otro por necesidad, pero creo que no tengo nada más que dar.

Ella lo miró. Tenía los ojos cerrados y parecía a punto de quedarse dormido…

Había dormido a su lado cada noche esa semana, escuchando el sonido de su respiración. Pero algún día ni siquiera tendría eso. Tenía que ser así, no había futuro para ellos.

Y, de repente, sintió una punzada de dolor en el corazón.

Lo amaba.

Lo amaba y no quería hacerlo. No quería aquella relación, no quería tener que sacrificar sus ambiciones, no quería desviarse del plan de vida que se había trazado. Era imposible que Gage y ella pudieran casarse cuando el trabajo ocupaba todo su tiempo.

Cuando ella temía estar enamorada.

¿Y si acababan odiándose el uno al otro? ¿Qué pasaría cuando Gage se cansara de ella?

Lily estuvo a punto de reír. Podría estar enamorada de Gage, pero Gage no lo estaba de ella. Le había dicho más de una vez que nunca tenía relaciones serias y que para él sólo era una aventura más. Y ahora le había dejado claro por qué no estaba hecho para el matrimonio o la paternidad.

Se había engañado a sí misma pensando que también quería una simple aventura, pero siempre había sido algo más. Había querido olvidar la influencia negativa de su madre y en lugar de eso había terminado con un hombre que no la amaba. Amaba a un hombre que no quería amar.

Con cuidado, Lily se levantó de la cama para ir al salón. Daba igual lo que sintiera por Gage, ahora que sabía lo que sentía tenía que romper con él. Había hecho lo que se había prometido a sí misma, y a él, que no haría nunca: se había enamorado de su primer amante.

Suspirando, se dejó caer en el sofá, con el corazón latiendo de tal modo que pensó que se le iba romper. El dolor era tan profundo que pensó que ya estaba roto.

No podía hacerlo, no podía quedarse.

Una lágrima rodó por su rostro.

Si se quedaba, se lo entregaría todo. Todo lo que había aprendido a guardarse dentro, todas las emociones que había aprendido a contener. Y no sería suficiente. Ella no era suficiente. Su cariño no había sido suficiente para su madre, ¿por qué iba a serlo para Gage?

Lily se tapó los ojos con las manos, intentando contener las lágrimas. Tenía

que ser fuerte, se dijo. Tenía que romper con él antes de que lo hiciera Gage.

Eran las cuatro de la mañana cuando Gage despertó y descubrió que Lily no estaba en su lado de la cama.

«Lily no está en la cama».

En cualquier otro momento le habría molestado pensar algo así, darle un sitio en su casa a otra persona, pero con ella le parecía natural.

No sentía claustrofobia cuando pensaba en seguir con ella durante un tiempo ilimitado. La deseaba y, por el momento, todo iba bien. Podían seguir juntos hasta que los dos quisieran separarse.

Después de ponerse unos calzoncillos oscuros, Gage fue al salón. Lily estaba sentada en el sofá con una taza de café en la mano. Se había hecho un moño y estaba vestida… ¿por qué estaba vestida?

–¿Le ha pasado algo a Maddy? –preguntó, alarmado.

–No, Maddy está bien.

Gage había pasado mucho tiempo con Lily en los últimos meses y la conocía lo suficiente como para saber que estaba disgustada. Evidentemente, había ocurrido algo grave.

Su primer pensamiento fue que podría estar embarazada, aunque habían usado protección. Un millón de imágenes pasaron entonces por su cabeza… Lily embarazada, Lily con su hijo en brazos.

La idea debería aterrorizarlo porque él nunca había querido ser padre. No porque no le gustasen los niños, sino porque no quería ser tan mal ejemplo como sus propios padres. Tenía la misma ambición que ellos y Lily también. Habían hablado del asunto esa misma noche. ¿Cuándo iban a atender al niño si estaban todo el día trabajando?

Pero si había ocurrido, no había nada que hacer. Si estaba embarazada, asumiría las consecuencias y sabía que ella lo haría también.

Un hijo.

De repente, la idea le parecía absurdamente maravillosa. Tal vez aquélla era su oportunidad de tener todo lo que había creído que no podría tener nunca.

–Lily, ¿qué te pasa?

–No puedo hacer esto, Gage.

Sus palabras lo golpearon como una tonelada de ladrillos. Porque sabía a qué se refería.

–¿No puedes hacer qué? –le preguntó.

–Eso, esta relación. Lo que hay entre nosotros. Acordamos que sería una simple aventura… –Lily señaló alrededor–. Pero dormir juntos, ir a cenar juntos, hacer planes, eso no es una aventura.

–Sí lo es. No es nada más, desde luego –el dolor que sentía en el pecho lo obligaba a ser más seco de lo que pretendía.

Era un golpe terrible pensar que podía tenerlo todo y descubrir un segundo después que Lily se había cansado de él. No tenía nada con qué retenerla, nada para hacer que se quedase.

Gage tragó saliva, intentando contener su angustia. Por eso no se dejaba

llevar por las emociones, por eso no se encariñaba con nadie. Había querido a sus padres y su cariño no había significado nada para ellos. Ni siquiera el éxito había sido suficiente.

Y tampoco era suficiente para Lily.

–¿Entonces por qué vamos a prolongar esta situación? –le preguntó ella–. Voy a pedir un taxi.

–¿Por qué? Dentro de unas horas tienes que ir a la oficina. Yo te llevaré.

–No, es mejor que no…

–Sólo es una aventura, Lily. Los dos sabíamos que terminaría tarde o temprano y aceptaste que seguirías trabajando para mí.

Ella contuvo el aliento.

–Mi trabajo es muy importante para mí. Otra razón por la que creo que no es inteligente prolongar esta situación. No quiero que afecte a mi trabajo.

Algo en su forma de decirlo hizo que se le encogiera el estómago. Su trabajo era importante para ella. Lo que había entre ellos no.

No podía creer que unos minutos antes hubiera estado imaginando que iban a tener un hijo. Pero Lily no era diferente a sus padres y, en realidad, tampoco lo era él. Podía haber pensado por un momento que podría ser otra persona, que podría tener otra vida, pero no era posible.

–Voy a vestirme –murmuró, antes de volver al dormitorio.

Una vez solo golpeó la pared con el puño, esperando liberarse así del dolor, pero no era posible. Quería volver al salón y tomarla entre sus brazos, decirle que no podían romper. Quería llevarla de vuelta a la cama y darle placer hasta que ninguno de los dos pudiera pensar, hasta que no pudiera dejarlo.

Pero no tenía sentido. Aquello tenía que terminar tarde o temprano, eso era lo que quería. Lo que siempre había querido. Él no tenía relaciones permanentes, no quería estar atado a nadie durante el resto de su vida.

Pero no experimentaba sensación de libertad alguna al pensar en romper su relación con Lily. Sólo sentía un agujero en su interior y no sabía cómo iba a llenarlo sin ella.

Lily estaba sentada frente a Gage en la oficina, tomando notas. Agarraba el bolígrafo con tal fuerza que le dolía la mano… pero no, en realidad le dolía todo. Estar con Gage sin estar con él era una tortura.

Ella había aceptado la aventura en Tailandia y luego había instigado su defunción.

Pero lo había hecho porque era lo que debía hacer. Gage había dejado bien claro que su relación no era más que una aventura, pero se había enamorado de él.

Necesitaba alejarse, no volver a verlo durante un tiempo… pero era imposible porque trabajaban juntos. No iba a destruir su carrera sólo porque hubiera cometido el absurdo error de acostarse con el jefe. Y enamorarse de él.

Ni siquiera quería estar enamorada, de modo que la situación era de risa.

Pero si no quería amor ¿por qué pensar que pudiera encontrarlo con Gage aceleraba su corazón? ¿Por qué su vida, la perfecta vida que se había esforzado

tanto en conseguir, de repente le parecía vacía?

La cama de Lily estaba vacía, como debería estarlo su corazón. Pero no era así; estaba lleno de amor, de dolor, de deseo.

Suspirando, se levantó de la cama para salir al balcón. Podía oír las olas golpeando la playa y respirar la brisa del mar.

Aquello era para lo que había trabajado tanto. Aquella vista, aquella casa, una casa que era suya, una vida que era sólo suya y no controlada por su madre.

Una lágrima rodó por su mejilla entonces. Había imaginado durante mucho tiempo que era libre. Había creído que al marcharse de casa, al dejar atrás a esa otra Lily había dejado atrás sus miedos.

Pero no era así. Los había llevado con ella. El miedo la había motivado, la había convertido en una triunfadora en la vida profesional, en lo que quería ser.

Pero también había dejado que la mutilara en cierto modo y seguía dejando que lo hiciera.

Lily cerró los ojos y respiró profundamente. Amaba a Gage. No sabía si él la amaba, si algún día podría amarla.

Su propia madre no la había querido como a la mitad de los hombres que habían pasado por su vida.

Le dolía pensar que lo que había evitado que tuviera relaciones sentimentales era el miedo a no ser digna de amor. Lo escondía concentrándose en cosas que se le daban bien e ignorando todo lo demás para no tener que enfrentarse con ello.

Pero no iba a seguir haciéndolo. Sentía como si estuviera al borde del precipicio otra vez, con el océano a sus pies. Podía darse la vuelta y salir corriendo como había hecho antes o podía enfrentarse con él. Lo había hecho en su vida profesional para ganarle la partida a sus competidores o lidiando con los medios de comunicación.

Era su vida personal, sus sentimientos, a lo que temía enfrentarse.

Respirando profundamente, Lily intentó aliviar el peso que sentía en el corazón. No sabía lo que diría Gage si le confesaba su amor, seguramente saldría corriendo, pero sabía que tenía que decírselo. No iba a seguir viviendo con el miedo a no ser una persona digna de ser amada, con el miedo a lo que podría pasar si se entregaba a una relación.

Gage le había preguntado una vez si confiaba en él y ella había dicho que sí. Pero era mentira. No había confiado en él. De ser así no habría sentido la necesidad de salir corriendo antes de darle una oportunidad a su relación.

Porque eso era lo importante. Estaba huyendo, había estado huyendo desde los diecisiete años.

Y no pensaba seguir haciéndolo.

Gage estaba frente a su escritorio a las seis de la mañana. No podía dormir sin Lily a su lado, sin tenerla entre sus brazos.

Y lo había dejado. Las mujeres nunca lo dejaban, era él quien rompía. Pero esta vez, Lily lo había dejado.

La quería de vuelta, pero si la tuviera no sabría qué hacer. Gage suspiró,

frustrado. Quería algo que no podía tener. Quería darle a Lily cosas que no sabía si podría darle. Quería que sintiera algo por él cuando sabía que no era así.

No era la primera vez que le ocurría. Si sus padres no lo habían querido, ¿por qué iba a hacerlo Lily? La había dejado ir porque en el fondo siempre había pensado que no era una persona a la que nadie pudiese amar. Y por eso se había convertido en un hombre que no necesitaba amor. Y cuando Lily se marchó, se dijo a sí mismo que era lo mejor que podía pasar.

Pero una guerra se libraba en su interior; una guerra en la que un bando defendía lo que siempre había creído de sí mismo y el otro se apoyaba en un deseo nuevo, desconocido para él. Fuera cual fuera el resultado, lo hacía querer arriesgarse, lanzarse de cabeza para tener todo aquello que nunca había esperado sentir.

Siempre había sido el hombre que se hacía cargo de todo. Cuando Maddy lo había necesitado, él estuvo allí. Siempre. Nunca había habido una situación en su vida para la que no hubiera encontrado solución, pero ahora no podía hacer nada.

Gage miró alrededor. Siempre había considerado aquella empresa como su mayor logro, pero ya no se lo parecía. Y no le importaría dejarla por Lily.

Había algo que podía hacer, pensó. Algo que había jurado no hacer nunca desde que le dijo a su madre que la quería cuando tenía cinco años y ella se limitó a mirarlo, en silencio. Podía contárselo a Lily. Podía arriesgar su corazón, su orgullo. ¿Qué significaba todo eso si no la tenía a ella?

Gage se levantó justo en el momento en el que se abría la puerta. Lily entró en el despacho con el pelo sujeto en un moño y su proverbial traje de chaqueta.

–Hola, Gage.

Él la miró, recordando la primera vez que entró en su despacho con paso seguro y voz firme. En aquel momento no parecía esa mujer. Parecía vulnerable, emocionada.

–No te esperaba tan temprano.

–No podía dormir.

–Yo tampoco.

Sus ojos se encontraron y Gage supo que no podían conciliar el sueño por la misma razón.

–Gage, he estado pensando… tengo que decirte algo. Pensé que no necesitar a nadie me hacía fuerte –empezó a decir Lily–. No quería ser como mi madre, que necesitaba tener un hombre cerca todo el tiempo, así que he evitado siempre las relaciones. Pero entonces te conocí a ti y pensé que podría arriesgarme porque, como sólo estabas interesado en una aventura temporal, no exigirías mucho de mí –Lily respiró profundamente antes de seguir–. Pero no ha sido así, Gage, me lo has pedido todo. Me has retado y no has dejado que me escondiera –le dijo, levantando las manos para quitarse el prendedor, dejando que el pelo cayera sobre sus hombros–. Sigo intentando esconderme. No quería exponerme ante ti, ante nadie. Siempre he pensado que la imagen era parte de mi trabajo, pero estaba usándola para esconderme –mientras hablaba, se quitó la chaqueta,

que tiró sobre una silla–. Mientras tuviera un escudo, podía hacer mi papel. Podía fingir que estoy segura de mí misma, que lo tengo todo controlado. Pero no es verdad. Tenía miedo… sigo teniendo miedo, pero no quiero seguir escondiéndome. He trabajado mucho, he sacrificado mucho para conseguir lo que tengo y me da miedo estar enamorada de ti porque temo no ser suficiente.

Con el corazón en la garganta, Gage atravesó el despacho y la tomó entre sus brazos.

–Tú lo eres todo para mí, Lily. Todo. No lo dudes nunca –empezó a decir, acariciando su pelo–. Te quiero cuando llevas un traje de chaqueta y estás dispuesta a comerte el mundo y cuando lloras después de hacer el amor. Te quiero a todas horas.

–¿Me quieres? –repitió ella, sorprendida.

–Sí, Lily, te quiero. Yo tenía tanto miedo como tú… creo que te he querido desde el primer día, pero no sabía qué hacer con ese amor. Me daba miedo no ser suficiente para ti, no poder darte lo que merecías. No poder darte los hijos que merecías. Temía ser como mis padres, pero lo dejaría todo ahora mismo si así pudiera tenerte.

–Yo también –dijo ella, con voz estrangulada–. Nada importa si no puedo compartirlo contigo.

–No tienes que abandonar nada por mí, Lily. Me encanta tu ambición, tu sentido del humor, lo trabajadora que eres. Nunca te pediría que fueras de otra manera.

–Yo tampoco te pediría que cambiases.

–El trabajo ya no es mi ocupación favorita –anunció Gage entonces, mirando sus hermosos ojos llenos de lágrimas–. Tú eres mi ocupación favorita y también lo serán nuestros hijos. Cuando me dijiste que no podías seguir así, estabas tan seria que pensé que ibas a decir que estabas embarazada y me sentí feliz. Me daba miedo porque pensé que no sería un buen padre, pero…

–Gage… –Lily puso una mano en su cara–. Serás un padre estupendo. Nuestros hijos te querrán y yo te querré también. No puedo evitarlo. Nuestros padres han sido un ejemplo espantoso, pero nosotros no tenemos por qué ser como ellos.

–No, es cierto.

–Por supuesto, si nos casamos, mi trabajo será más difícil porque tendré que esconderle tus defectos a la prensa… cuando los conoceré todos.

Gage rió mientras acariciaba su espalda.

–A ti te encantan mis defectos.

–Sí, es verdad. Y a ti lo mismo.

–Más de lo que puedas imaginar.

–Podemos hacerlo, Gage –dijo Lily, con voz temblorosa.

–Pues claro que sí. El amor no es lo que te dio tu madre, el amor no es lo que mis padres nos dieron a mi hermana y a mí, esto es amor, lo que siento por ti. Todo aquello por lo que he trabajado no es nada si no puedo compartirlo contigo.

–Eso es exactamente lo que yo siento. Todo lo que antes me hacía feliz ahora me parece vacío.

–¿Sabes una cosa? Creo que debemos firmar un contrato.

–¿Ah, sí?

–Uno que diga que vamos a estar juntos en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte nos separe.

–Lo firmaría ahora mismo –dijo ella, sonriendo entre lágrimas.

–¿Eso es un sí?

Se besaron entonces, un beso largo y profundo que contenía toda la pasión, todo el amor que sentían el uno por el otro.

–Es un sí –le confirmó Lily–. Pero no pienso sellar el acuerdo con un apretón de manos.

–Por supuesto que no –Gage rió, apretándola contra su pecho–. Se me ocurren muchas maneras de celebrar esta unión.

–Muéstramelas todas –le dijo ella al oído.

–Durante el resto de nuestras vidas, amor mío.